


Alison Roberts

# UN NUEVO CORAZÓN

Bianca™

# UN NUEVO CORAZÓN

Alison Roberts



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


Un nuevo corazón, n.º 1154 - septiembre 2019
Título original: A Change of Heart
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.



I.S.B.N.: 978-84-1328-417-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Capítulo 1

PARADA cardiaca!

David James supo que su corazón se había parado porque era médico y sabía algo de esas cosas. Un segundo después sintió el latido perdido y supo que su órgano había decidido recuperarse de su lapsus momentáneo. La fuerza del latido no logró sin embargo romper la magia del momento.

David James creía firmemente en el deseo a primera vista, pero pocas veces le había asaltado de aquella manera. Aquella era la mujer más impresionante con la que se había cruzado y solo la había visto de perfil. Alta, delgada, con el cabello rubio oscuro con mechas naturales de un oro más claro cayéndole sobre los hombros. No veía sus ojos pero tenían que ser azules… David comprendió de pronto que le estaban hablando. Con un gran esfuerzo logró desviar su atención del zumbido del deseo a las palabras de su acompañante.

–Hemos tenido que reorganizar un poco las oficinas. Este nos parece el lugar perfecto pues está al final de la planta de cardiología.

–Espero no haber echado a nadie –su voz ronca delataba su emoción ante la rubia, pero no creía que nadie se diera cuenta. ¿Se engañaba a sí mismo o sus palabras habían hecho que los gestos decididos de la mujer se paralizaran de pronto? En cualquier caso, la caja que llenaba estaba rebosante.

–Oh, no, a Lisa no le ha molestado.

Lisa. Perfecto. Se correspondía con aquel traje de chaqueta elegante, la falda negra con la provocativa abertura que iba desde la pantorrilla hasta enseñar parte del muslo. David dispuso su más

encantadora expresión mientras el director del servicio de cardiología se lanzaba a una presentación informal.

–Lisa, David James es nuestro nuevo cirujano –la sonrisa de Alan Bennet recordaba la de un padre orgulloso–. David, te presento a Lisa Kennedy, asistente de cardiología. Me parece que vais a tener que veros bastante a menudo.

Y llevaros bien, chicos, sugería su tono. La expresión de David aseguró a su colega mayor que no tenía ningún inconveniente en llevarse bien con aquella belleza. Por primera vez, la visión se volvió a mirarlo. Tenía los ojos negros, no azules. Mucho mejor.

–Será un placer –dijo David en voz alta y su sonrisa fue más amplia de lo que hubiera deseado. Se sentía exageradamente afectado y tuvo que carraspear–. Parece que he venido a molestarte, incluso antes de empezar a trabajar. Lo siento, Lisa. No sabía que estaba obligando a alguien a mudarse.

–Como dijo Alan, era el mejor lugar. Como el resto de los recursos en el sistema público de salud, el espacio es un premio. Y como también ha dicho Alan, no me importa.

El tono era dulce. Pero contrastaba con el brillo de descontento en los ojos aterciopelados y con la hostilidad de la barbilla. A Lisa Kennedy le había molestado mucho verse desalojada. Y no era de extrañar. Era un buen despacho con vistas al río Avon y a la hermosura verde del jardín botánico. ¿Dónde se instalaría ahora? Sin duda iría a algún cubículo sin ventilación detrás de los laboratorios. Tendría que compensarla por ello. La sonrió con comprensión y esperanza y dijo:

–Déjame que te ayude con las cajas.

–No, gracias, no hace falta –Lisa se apresuró a terminar la caja y la rodeó con sus brazos. David tuvo ocasión de observar las uñas pintadas y arregladas con gusto. Ningún anillo a la vista. Estaba dispuesto a repetir su ofrecimiento de ayuda cuando sonó el busca de su colega.

–Tengo que marcharme –les informó Alan Bennett–. Te dejo para que te pongas cómodo, David, y luego seguiremos con la visita. Encontrarás a unos cuantos de nuestra época por aquí, así que en seguida te sentirás como en casa.

–Ya me siento en casa –sonrió David–. Me alegra haber vuelto.

Alan le devolvió la sonrisa y se dio la vuelta, diciendo:

–Tu elección tuvo mucho respaldo popular. Me pregunto si la gente querría verme regresar si me marchara unos años.

David rio la broma, pero él mismo estaba sorprendido por la calidez del recibimiento que le habían dispensado antiguos compañeros. De hecho, el primer gesto de frialdad lo había encontrado en aquel despacho.

–Déjame que lo lleve, Lisa. Tiene pinta de pesar mucho.

–He dicho que puedo hacerlo sola –Lisa se giró para evitar que tocara la caja y un par de carpetas dispuestas en equilibrio inestable salieron disparadas hacia el suelo. Un corazón de plástico siguió la caída y se rompió en varios pedazos.

David soltó un taco, pero no pudo evitar una sonrisa.

–Parece que te he roto el corazón, Lisa.

Así que aquella mujer sabía sonreír. Incluso el breve destello de humor bastó para llenarle de una sensación deliciosa.

–Algo bastante fácil para usted, por lo que he oído, señor James. Claro que la velocidad merece un premio.

¿Qué quería decir? El tono no sugería un ataque, pero había un sarcasmo que alertó definitivamente a David.

–Estoy seguro de que lo que hayas oído es muy exagerado. Pura invención, como suelen serlo estos rumores –se agachó para recoger las piezas del corazón–. A ver si puedo arreglarlo. Se supone que soy médico y entiendo de estas cosas –sonreía de nuevo cuando se puso en pie. Había decidido no tomarse a mal las indirectas e intentarlo de nuevo.

–No se preocupe –dijo la mujer con ligereza–. Puedo asegurarle que mi corazón es prácticamente indestructible.

Esta vez el mensaje era claro. La sonrisa de David se congeló bajo lo que era una mirada fría y despectiva.

–Tengo una guardia que tendría que haber empezado hace diez minutos –le informó Lisa–. Volveré más tarde a por la otra caja.

David se encontró mirando las piezas de plástico del corazón una vez que Lisa hubo salido por la puerta. Tenía razón, claro. Las piezas encajaban y no estaban en absoluto rotas o deformadas. ¿Había querido insinuar con el juego de palabras que su corazón real era igualmente duro? Probablemente. Lisa Kennedy quería proyectar la imagen de una mujer segura y competente. Si el envoltorio no fuera tan bello incluso podría intimidar con facilidad.

Sin duda no era el tipo de mujer que solía atraer las atenciones de David James.

Debía admitir que su indiferencia ante él le había ofendido. No estaba acostumbrado al rechazo, sobre todo por parte de una mujer. Quitarle su oficina no había sido un buen comienzo, pero sin duda era un obstáculo que podía superar. Incluso los rumores sobre sus amoríos del pasado –y, debía reconocer que había habido unos cuantos rumores– podían olvidarse. Lo que era mucho más probable era que Lisa Kennedy tuviera una relación seria, incluso si no estaba casada, y que su corazón fuera efectivamente inmune a sus avances. ¿Era posible que una mujer así no tuviera un amante?

Con un suspiro de resignación, David dejó su maletín en la mesa y lo abrió. No importaba, se sentía feliz por su regreso. Mientras captaba el aroma que la mujer había dejado en la sala, David se dio cuenta de que sonreía. Podía ser muy dura, pero una mujer que se ponía chanel en la oficina tenía que tener una faceta sensual. Movió la cabeza para ahuyentar la imagen de Lisa mientras enchufaba su ordenador portátil y levantaba la pantalla, pero le hizo gracia comprobar que no lo conseguía.

Seguía sonriendo mientras se enviaba un correo electrónico a sí mismo para probar la conexión. De pronto, recordó el efecto que tuvo sobre él una recién llegada profesora de Ciencias cuando tenía unos quince años. La señorita Drummond. El pelo rubio hasta la cintura y unas piernas de escándalo. El recuerdo de las letras del libro bailando ante sus ojos y de la clase entera de adolescentes vibrando de deseo le hizo sonreír más ampliamente. Incluso él había estado a punto de perder su primer puesto en Ciencias, hasta que comprendió que la mejor manera de llamar la atención de la señorita Drummond era ser excelente.

Había sido una buena lección que había guiado a David a lo largo de los años, aunque ahora fuera un lejano recuerdo. ¿Tanto efecto había tenido sobre él Lisa Kennedy? Sí. Debía admitir que esa era la única explicación para el giro fantástico y juvenil de su memoria.

Con un gran esfuerzo, David regresó a la realidad y salió del despacho. Había luchado mucho para lograr aquella posición y no estaba dispuesto a que la falta de concentración lo echara todo a perder. Metió la cabeza en un despacho vecino.

–Hola de nuevo, Sue.

Su secretaria alzó la vista del teclado. Su sonrisa era invitadora.

–¿Puedo hacer algo por usted, señor James?

–De momento llamarme David –vio cómo el sonrojo cubría visiblemente el cuello de la joven–. Voy a salir a recoger mi busca. Podrías llamarme en cosa de media hora para comprobar si funciona.

–Puedo ir a buscarlo, si prefiere –ofreció Sue con entusiasmo.

–No, gracias, Sue, prefiero seguir explorando el terreno. Espero tu aviso.

La llamada llegó exactamente media hora más tarde y David sonrió tras colgar el teléfono. Una ayudante amable y eficaz le facilitaría mucho el trabajo. Como ocurría con la mayor parte de las enfermeras, Sue debía estar en el colegio cuando David entró a trabajar en el hospital.

Las caras familiares pertenecían al personal médico y David seguía disfrutando de su sorpresa y alegría cuando se cruzaban con él. Como Jane Maddon que había cambiado de apellido pero no de aspecto y era ahora la enfermera jefe de la planta de cardiología cuyas dos alas rodeaban la unidad de cuidados intensivos.

–Ya sabía que volverías un día –le dijo después de abrazarlo–. Tenías tanta voluntad.

–Amo este hospital –asintió David–. Y unos años fuera del país te sirven para apreciar lo que tienes.

–He tenido pocas noticias tuyas, pero la última vez que supe algo estabas en Washington.

–Estuve hasta hace unos dos años. Luego me fui a Europa y pasé unos meses en una unidad coronaria de trasplantes en Londres. Quizás fue esa experiencia lo que me valió el puesto aquí.

–Había muchos candidatos –explicó Jane–. Y unos cuantos con más años que tú. Pero me alegro de que lo lograras, David.

–Gracias –David sonrió con modestia.

–Las fiestas perdieron mucho cuando te fuiste –añadió Jane con una sonrisa, seguida de un gesto de duda–. ¿No te habrás casado o algo así?

–Ni hablar. Tenía la esperanza de que me esperarías.

–¡Claro! –la expresión de Jane era irónica–. Pues me alegro de que llegues tarde –se echó a reír–. Se me había olvidado lo mono

que eres. Con esos rizos y esos ojos tan azules. Las chicas van a hacer cola para estar contigo. No has cambiado mucho, ¿verdad, David?

–Soy mayor y más sabio –David sonrió, pero sintió cierta ansiedad ante su reputación. Era cierto que se había divertido. Pero no tanto como se decía y sin permitir que sus aventuras estorbaran su trabajo. Con treinta y tres años, David sabía que era excepcionalmente joven para ser cirujano en aquel hospital. También sabía que lo merecía y que tenía ganas de mostrar su talento y su compromiso con su profesión, haciendo olvidar su fama de juerguista.

–Voy a dar una vuelta por la sala de recuperación –comentó a Jane–. Oficialmente, no empiezo hasta mañana.

–Te va a impresionar. Es un gran equipo –Jane Maddon pasó al tono profesional sin pestañear–. La unidad de cuidados intensivos para operados está detrás y no dejes de mirar la sala de control. Es lo último en nuevas tecnologías.

Jane tenía razón. La sala de guardia era impresionante y David se interesó por las pantallas de televisión en circuito cerrado que mostraban a los pacientes más graves. El grupo de médicos parados ante la cama número ocho era liderado por una figura inolvidable. No podía escuchar lo que decía Lisa Kennedy, pero su examen parecía muy completo. El equipo había avanzado y Lisa se quedó a charlar un momento con el paciente que seguía sonriendo cuando la médico se alejó. David echó un vistazo a los demás monitores que reflejaban las constantes vitales del paciente de la cama ocho.

–Tenéis lo último en tecnología –comentó David mostrando un botón rojo–. ¿Supongo que esto permite imprimir los electrocardiogramas?

Jane asintió.

–Lo hace automáticamente cuando reconoce una arritmia.

–Su presión sanguínea es baja –David estaba mirando la pantalla y su gesto se hizo más serio–. De hecho, sigue bajando.

–A ver.

David miró de nuevo la pantalla de televisión. Las cortinas del paciente número ocho estaban descorridas y David podía ver la espalda de Lisa que examinaba al enfermo de la cama siete. Oyó la maldición ahogada de Jane que salía rápidamente del centro de

control y observó por el rabillo del ojo el cambio en el ritmo del paciente, pero no dejaba de mirar a Lisa. ¿Cómo había podido darse la vuelta precisamente en aquel momento?

Una mirada al monitor confirmó que el electro reflejaba el ritmo descontrolado propio de la fibrilación ventricular que anunciaba un infarto y la impresora se puso en marcha unos segundos antes de que sonara la alarma.

En pocos segundos, Lisa apretó el botón que convocaba al equipo en caso de parada, colocó la cama en posición horizontal y retiró la almohada del paciente, apartando la mesilla para que el equipo de reanimación tuviera sitio. Jane Maddon corrió las cortinas para ocultar el espectáculo a los ojos horrorizados de los demás enfermos, pero David seguía viéndolo todo gracias a la pantalla de televisión.

El grupo trabajaba rápido y bien. David, nervioso por su obligada inacción, observó cómo colocaban las almohadillas de reanimación sobre el pecho del paciente, tras apartar la ropa de cama y el pijama. Lisa había tomado el mando y David casi podía escuchar su orden de alejarse de la cama mientras soltaba la descarga. Se estremeció al percibir las convulsiones del paciente, mientras los expertos en reanimación llegaban corriendo. A pesar de su aparición, Lisa siguió dirigiendo las operaciones para resucitar al paciente, y David, reteniendo la respiración, vio cómo le entubaban y seguían con la desfibrilación. Por fin, suspiró al comprobar en la pantalla el regreso a la normalidad de su ritmo cardiaco.

–Demasiado lento –murmuró y le sorprendió el murmullo de aprobación a sus espaldas. No se había dado cuenta de que otros miembros del personal se habían unido a él para observar la crisis. Nadie había detenido la impresión del electro y el papel se amontonaba ahora a sus pies. Todos miraban a Lisa inyectar las drogas que había pedido, y se produjo un alivio evidente cuando comprobaron que el paciente recuperaba la conciencia.

–Hemos ganado, creo –comentó una enfermera mientras salía para volver a su trabajo.

Ha ganado Lisa, pensó David, sin dejar de mirarla. La vio reír y bromear y reconoció la euforia que seguía a los momentos de tensión máxima. Le hubiera gustado estar con ellos, pero tuvo que

limitarse a felicitar a Lisa cuando ella y sus compañeros pasaron por la puerta.

–Muy bien hecho, Lisa –dijo con amabilidad–. Estoy impresionado.

–Gracias –la sonrisa no alcanzó los ojos negros–. Pero debe ser muy impresionable. Aquí es pura rutina.

–Estoy seguro de que el señor Steel no estaría de acuerdo.

David disfrutó de la sorpresa que cruzó los ojos de Lisa ante la mención del nombre del paciente. Después, miró de reojo la sala de control con los monitores y pantallas y su expresión cambió al comprender que David había vivido todo el incidente de cerca. Fascinado por su rostro, David se preguntó si la mujer era consciente de cómo se leían sus sentimientos en sus hermosos rasgos. Casi podía verse el esfuerzo que hizo para mirarlo de nuevo con neutralidad.

–Creo que no conoce al residente, Sean Findlay. Sean, te presento a David James.

–Llámame David –tendió la mano–. No me gusta que me traten de usted –su mirada incluía a Lisa, pero únicamente Sean sonrió. David suspiró involuntariamente. ¿Siempre era una batalla llevarse bien con Lisa Kennedy o tenía algo personal contra él?

Quizás no hubiera debido aceptar la oferta de Jane de dar una vuelta por las salas de cardiología, pero no se le ocurrió que coincidiría con la ronda de la doctora Kennedy. Tampoco tenía la intención de quedarse mirando a la mujer cada vez que se cruzaba con ella. Debía ser una coincidencia que siempre se cruzaran sus ojos. O a lo mejor ella sentía la misma atracción y también había perdido el control sobre la dirección de su mirada. Si era así, era muy buena disimulando. Su expresión mostraba que los encuentros la exasperaban y David se sintió mucho más cómodo cuando salió de la sala.

Hasta para perderla de vista eligió mal el momento. Pura mala suerte. Lo último que quería era irritarla más con su presencia. Pero, ¿qué podría haber hecho? La mujer que avanzaba por el pasillo tenía el tamaño de un elefante. Las patas de su andador parecían puestas a prueba seriamente y David comprendió que tenía

que apartarse si no quería ser arrollado. Pero no podía haberlo hecho en peor momento, pues al retroceder, cerró el paso a Lisa Kennedy.

–Perdona.

No sabía cómo apartarse. Lisa estaba delante y detrás Jane. La montaña que avanzaba por el corredor se había detenido entre suspiros y jadeos, bloqueando la salida.

–Tiene que usar el inhalador, señora Judd –ordenó Lisa con calma.

La cabeza, incongruentemente pequeña, asintió lentamente. Unos dedos como salchichas soltaron la barra para buscar el bolsillo del vestido rosa que más parecía una colcha de cama. David sonrió a su pesar y buscó la mirada de Lisa para ver si esta compartía su diversión. Pero Lisa miraba a Jane por encima de su hombro.

–¿Tienes idea de dónde está el doctor Benson?

–Creo que haciendo una eco.

La señora Judd no encontraba su bolsillo. Se echó hacia un lado lo que obligó a David a retroceder, empujando a Lisa. Esta parecía enfadada.

–¿Y la señora Chisholm?

–Estaba en la lista para un escáner, pero creo que sigue duchándose.

La señora Judd había encontrado el inhalador, pero parecía no tener fuerzas para llevárselo a la boca. Respiraba tan mal que David tuvo la horrible visión de tener que resucitarla en mitad del pasillo. Tomó aire y se dio cuenta de que estaba respirando chanel. Pero Lisa Kennedy parecía cualquier cosa menos sensual.

–Estaría bien, aunque solo sea de vez en cuando, que pueda encontrar a los pacientes en la cama cuando hago la ronda.

Jane se echó a reír.

–Muy bien, Lisa, veré qué puedo hacer.

La señora Judd reinició su tambaleante marcha y David se encontró solo. Vio cómo Lisa desaparecía con Jane y se alejó con un pequeño gesto de indiferencia. ¿Por qué le daba la sensación de que él había contribuido a lo que debía ser un mal día para Lisa Kennedy? ¿Y por qué seguía pensando en ella horas más tarde, terminada su ronda en el ala de enfermedades respiratorias, mientras comía con algunos colegas?

Sin duda era la novedad de una mujer guapa que no le hacía caso, pensó sin vanidad. Le costaría ganarla para una amistad profesional, pero lo lograría. Lisa parecía muy buena en su trabajo y pronto tendría que reconocer que el nuevo médico era más que competente. Y entonces, al menos le respetaría. ¿Y después?, susurró una vocecita. David ignoró la pregunta. Después todas las posibilidades estaban abiertas. No era más que cuestión de tiempo.

Y el tiempo pasaba más rápido con algo de ayuda. Cuando logró descubrir dónde estaba el cubículo de Lisa y decidió hacerle un pequeño presente para disculparse por su intromisión, no había esperado encontrarla dentro. De pronto se había sentido incongruente con una rosa roja en la mano.

–Me siento mal por lo del despacho –se explicó. La rosa parecía completamente inapropiada, pero la tendió. La expresión de Lisa era ilegible, aunque había cierto humor en sus ojos.

–Gracias –tomó la rosa y señaló con ella la caja que David llevaba–. Veo que también has arreglado mi corazón.

–Ha sido un placer. Para eso estamos.

La sonrisa de Lisa era un regalo, pero David tenía la desagradable conciencia del chirriar de un carrito acercándose por el pasillo. Sean Findlay entró llevando los informes semanales, algunos de los cuales dejó sobre la mesa antes de marcharse sin dejar de sonreír. El ruido de las ruedas se perdió a lo lejos. David miró por la pequeña ventana para comprobar que daba directamente a una sala con pacientes. La señora Judd estaba mirando por la ventana. Se había quitado su colcha vestido, pero llevaba un camisón desafortunadamente diáfano. Lisa siguió su mirada.

–Es una suerte que no te dieran este despacho –comentó–. No sería bueno distraer de esta manera a los cirujanos.

Algo en su tono hizo que David la mirara.

–¿Tienes algo contra los cirujanos?

–Nada personal –dijo Lisa con una sonrisa mecánica–. Estoy segura de que encuentras muchas satisfacciones en tu trabajo –jugó con la rosa que tenía en la mano.

David se apoyó en la ventana. Así que allí estaba la razón de su hostilidad. Sonrió para animarla a continuar.

–¿Qué hay de malo en los cirujanos?

–Oh, nada malo. Es más bien lo contrario –las cejas de Lisa se alzaron con expresividad–. No hay nada mejor. Pregúntale a cualquier paciente. Reconocerás esa mirada de entrega y devoción hacia el verdadero médico –su risa tenía un tono sincero–. Adoran ser operados. Dios con un cuchillo. La posibilidad de una curación real.

David siguió sonriendo, pero con creciente dificultad.

–De acuerdo, tiene más glamour que otras especialidades. No es culpa mía.

–Más glamour, más prestigio, más formación, más dinero. Mucho más dinero.

–Ah, así que es eso –David olvidó sonreír–. ¡Es envidia! –Estaba molesto porque le hubiera hecho perder su buen humor, pero no pudo evitar alzar la voz–. ¿Y qué te impide ser cirujano? ¿El curso es muy difícil?

–¡Qué típico! –la rabia llenó el cuarto de manera casi visible–. Como no eres lo bastante bueno para ser cirujano te limitas a ser cardiólogo. Esa es la actitud de todos los cirujanos que conozco y de gran parte de la gente. Lo que no pareces comprender es que vuestro trabajo requiere el nuestro.

–¿En serio? –la ira de David había sido barrida por una emoción muy diferente. Nunca había tenido la tentación de pronunciar la frase «estás muy guapa cuando te enfadas», pero es que no solía hacer enfadar a las mujeres. Y aquella estaba apasionadamente enfadada, a juzgar por su expresión. Tiró la rosa a un lado.

–En serio –Lisa habló con dureza–. ¿Quién hace el diagnóstico? ¿Quién los mantiene con vida y toma la decisión de operar?

David no podía dejar de mirarla. Su actitud fría había desaparecido por completo. Nunca había visto un rostro tan lleno de vida.

–Creo que nosotros también participamos un poco en eso –sugirió con calma, pero Lisa lo ignoró.

–¿Quién sigue cuidándolos después de la operación? Es verdad que necesitamos un poco de ayuda técnica para arreglar cañerías, pero eso es todo. Ponemos las condiciones de vuestro trabajo y nos hacemos cargo de sus resultados. Incluido cuando la intervención no ha salido bien. ¡Envidia! Yo sé quién es aquí el médico.

El final de la tirada coincidió con la interrupción de un ruido de

motor en el cuarto vecino. El silencio era tenso. David miraba a Lisa. Miraba su boca con fascinación, aquellos labios suaves y móviles que se habían detenido de pronto. Contempló sus ojos y comprobó con pesar que el fuego se había extinguido. David alzó una ceja con elocuencia, pero no dijo nada. No esperaba ver sonrojarse a aquella mujer.

–Perdona –dijo y su voz cayó hasta el susurro–. No debí desahogarme contigo.

–¿Desahogarte de qué? –David sentía más curiosidad que ofensa. Quizás hubiera algo más que una intolerancia profesional arraigada.

–No tiene importancia.

–Parece ser bastante importante –David ladeó la cabeza con interés–. Si estoy entrando en un campo minado, me gustaría saber por dónde no debo meterme. Aunque ya haya metido la pata con algunas personas.

–¿Ah, sí? ¿Con quién?

–Contigo. No te hizo ninguna gracia que te desalojaran. Y menos un cirujano.

–Me da igual el maldito despacho. Sabía que era un lujo temporal. No es que fuera –movió la cabeza y se apartó un mechón del rostro–… No importa. Y no te preocupes por mí, David. Soy indestructible –su sonrisa de disculpa era encantadora y David se alegró de poder devolverla a pesar del ataque a que su especialidad había sido sometida.

–¿Como tu corazón?

–Eso es –Lisa asintió y descolgó el teléfono al escuchar el pitido–. ¿Cómo está la presión? Vale, no sigas. Voy para allá.

Salió corriendo. David la siguió, pero despacio. Ahora que no la tenía delante podía pensar con calma en lo que había dicho. Le había llamado fontanero enaltecido. Cosa curiosa, la definición no le había ofendido en el momento, pero de pronto sintió que algo resquebrajaba su seguridad. Si aquella era la actitud de todo el departamento de cardiología, obtener su respeto profesional iba a ser una tarea mucho más compleja que la de disipar los rumores sobre su pasado de rompecorazones.

Agradeció ver un rostro cordial. En realidad había esperado

aquel encuentro todo el día, pero solo lo consiguió al final de lo que había sido una jornada difícil.

–¡Mike! ¿Dónde te habías metido?

–En el laboratorio toda la mañana. Y luego hemos tenido una operación de emergencia por la tarde. Algunos tenemos que ganarnos la vida, colega.

David sonrió, esperando que la mala opinión de Lisa sobre los cirujanos no fuera una plaga.

–Me alegro mucho de verte. Has sido un pésimo corresponsal estos años.

Michael Foster apretó la mano tendida de su amigo y le dio un abrazo.

–¡Mira quien habla! Tenemos que ponernos al día desde hace unos cinco años. ¡Qué alegría verte, Dave!

–¿Tienes tiempo para tomar un café?

–Claro que sí. ¿De qué sirve tener plaza aquí si no puedes tomarte un café?

–Pensé que ya serías el jefe del departamento de cardiología.

–Dame tiempo. He tenido unos años un poco duros.

–¿De verdad? –el rostro de David mostró preocupación mientras seguía a su amigo a la sala de descanso–. ¿Qué ha pasado?

–Anne y yo rompimos hace unos seis meses. Pero lo peor fueron los años anteriores –Mike echó azúcar en su café, pero alzó la vista para captar la expresión de David. Al verla se echó a reír–. Tú tenías razón, colega. El matrimonio es el camino más rápido para arruinar una buena relación –tendió una taza a David–. Debí hacerte caso cuando lo decías.

David sonrió, pero le preocupaban las sombras de dolor en los ojos de su amigo. Intentó aligerar el ambiente.

–Tenías que haberme escuchado –rio–. Yo siempre digo que para qué comprar un libro cuando hay toda una biblioteca donde elegir.

El chasquido de desprecio a sus espaldas hizo que David se diera la vuelta. En su preocupación por Mike no había observado la figura sentada junto a la puerta. Mike siguió su mirada.

–¿Has conocido a mi asistente, Dave? Es Lisa Kennedy.

–Nos conocemos –David hizo un guiño a Lisa–. En realidad ya he roto su corazón.

Mike se echó a reír.

–Muy veloz, incluso para ti. Pero no te creo. Lisa es la que va dejando un rastro de corazones rotos por aquí. Tiene el puesto oficial de rompecorazones.

–Oh, por favor –Lisa descruzó sus largas piernas y se puso los zapatos–. Estoy segura de que a David James no le interesa en absoluto mi vida amorosa.

–Bueno, yo no diría tanto –murmuró David, observando con aprobación los zapatos de tacón de Lisa. Muy elegante, concluyó, y a juego con el traje de chaqueta.

–Pues a mí no me interesa en absoluto hablar de ello –se puso en pie. Con los tacones, era casi tan alta como David.

Mike se echó a reír de nuevo.

–Ese es el problema. Pero no bajes la guardia, Lisa. Sin duda estarás incluida en la lista de lecturas de David.

Lisa dejó su taza en el fregadero y se volvió para mirar al cirujano a los ojos.

–Mis lecturas no incluyen folletines, lo siento. Ni otra literatura popular. Prefiero algo de más calidad, y duración.

El gesto de Mike mostró un temor humorístico ante la salida de Lisa. Para alivio de David, eso bastó para que Lisa rompiera el contacto visual directo. Su risa fue breve y seca.

–Me marcho, Mike, tengo trabajo.

David no había sido incluido en el saludo. Se sintió vagamente herido y comprendió que algo había cambiado en su interior. Se había sentido atraído por la belleza de Lisa, pero estaba despertando. La mujer no tenía ningún compromiso serio, y entendía por qué. Era dura, altiva y completamente fría. ¡Por no hablar de sus sentimientos hacia los cirujanos! David James no era hombre que necesitara mendigar atenciones y no pensaba seguir intentándolo. Lisa Kennedy no estaría en su lista por nada del mundo.

Mike no había dejado de observar la mirada intensa de David.

–¿Guapa, verdad?

–Mmm –dijo David sin emoción–. La pena es el carácter.

# Capítulo 2

A LO MEJOR no era tan bueno estar de vuelta, al fin y al cabo. Sentirse con pocos recursos era una experiencia inusual en la vida de David. La falta de sueño no ayudaba a mejorar su humor. Si no hubiera pegado ojo por una emergencia médica, no se sentiría mal. De hecho, la adrenalina de la acción podía mantenerle despierto otras doce horas. El problema había sido su habitación. Instalarse temporalmente en el mismo hospital, en la zona reservada para personal, le había parecido una buena idea. Solo que las paredes eran de papel, y el joven residente que dormía en la habitación contigua se había pasado la noche de juerga con una chica que claramente encontraba su actuación divertidísima. Los chirridos de la cama no habían sido tan molestos como sus gritos y risas nerviosas. Aunque finalmente logró quedarse dormido, la experiencia le había agotado.

–He tendió una pesadilla –relató solemnemente a Mike Foster–. Estaba en una cama del hospital, con dolor en el pecho, lleno de tubos y electrodos y Lisa Kennedy, al pie de mi cama, sonreía –insistió en la última palabra con un gemido.

Mike sonrió.

–Lisa es una chica estupenda. No la juzgues por un mal día –señaló una salida de incendios a su derecha–. Vamos por un atajo. Si alguien me ha ayudado a no volverme loco el año pasado, ha sido Lisa –miró a su compañero de reojo–. De hecho, me recuerda mucho a ti.

–¡Qué idea tan desagradable!

–Trabaja como una fiera y se divierte con la misma entrega. Tiene un gran sentido del humor –Mike contuvo el aliento–. Y tiene

un cuerpo de impresión.

–No me siento impresionado –mascullo David.

–Estáis hechos el uno para el otro.

–Lo dudo. Ella piensa que soy un fontanero engreído. Un tipo que maneja una navaja con complejo de dios. Odia a los cirujanos.

–Ah, bueno, hay una pequeña historia.

–¿Ah, sí? –a su pesar, David sentía curiosidad. Por mutuo acuerdo, los dos hombres se detuvieron en el descansillo, antes de empujar la puerta que daba a los corredores–. Cuéntame.

–¿Has conocido a Lewis Tanner?

David negó con la cabeza. El tercer cirujano de cardiología no había dado señales de vida durante su ronda del día anterior.

–Lewis llegó hace año y medio, casi al mismo tiempo que Lisa. El sexo encarnado, como dijo una enfermera. Guapo, rico, seguro de sí mismo, seductor y… soltero.

–Y la señora Kennedy se enamoró –propuso David, sintiéndose decepcionado.

–No exactamente. Él se encaprichó de Lisa. Ella salió con él un par de veces.

–¿Y?

Mike miró a su alrededor y bajó la voz.

–Lewis se presentó con una anillo de compromiso. Una roca que la hubiera destrozado la mano de haberla llevado mucho tiempo encima.

–Un hombre generoso.

–Mmm –Mike ahogó una sonrisa–. Por desgracia, su asistente le oyó contarle al otro cirujano, tu predecesor en el puesto, que no tenía la menor intención de casarse con Lisa. El anillo era el precio que estaba dispuesto a pagar para llevársela a la cama. Incluso comentó que con suerte recuperaría el anillo –Mike se aclaró la garganta–. Se supo, ¿te haces cargo?

–Ya veo –David miró a Mike con curiosidad–. Lisa se enteró de lo que se proponía y no lo aceptó, ¿verdad?

–Oh, sí que aceptó el anillo. Lo devolvió un par de días más tarde.

David esperó. Suponía que había más. Mike soltó una risita y miró detrás para estar seguro de que nadie los oía.

–Lisa hizo valorar el anillo. Luego lo metió en un sobre de

plástico transparente, junto con el resultado de la tasación y una lista de servicios de una casa de citas de altos vuelos. Después lo envió por el correo interno del hospital.

David silbó en voz baja. Medio hospital lo habría visto y leído antes de que llegara a su destino.

–Todavía circulan de vez en cuando fotocopias de la lista de servicios –añadió Mike soñadoramente–. Fue la broma favorita del personal durante meses. Incluso Lewis terminó viendo el lado gracioso, o intentándolo. Incluso creo que admira más a Lisa Kennedy desde entonces, pero no lo ha mostrado, que yo sepa.

–Claro –murmuró David–. No me extraña que le tenga manía a los cirujanos.

–No lo tomes como algo personal.

–Qué gracia, eso mismo dijo ella.

–Ahora sale con Alan Bennett.

–¿Qué? –David estaba asombrado–. Pero si podría ser su padre.

–Es un mero acuerdo profesional. Se acompañan a las reuniones y fiestas médicas. Lisa es una gran compañía.

–Eso parece –el tono de David era irónico–. ¿Hay alguien con quien no salga?

Mike rio de nuevo.

–Sí, Lewis Tanner.

–Estoy deseando conocerlo.

–No esperarás mucho –prometió Mike. Empujó la puerta y comentó–. Veamos si por una vez ha llegado a la reunión puntualmente.

Lewis Tanner rozaba los cuarenta, calculó David. Tenía encanto, sin duda. Sus saludos y excusas por no haber recibido a David el día anterior sonaban sinceros. David evaluó con ecuanimidad la alta figura, el traje de chaqueta impecable, el cabello canoso de hombre maduro, los ojos azules y la sonrisa mecánica. David cuidaba su apariencia, pero aquel hombre le hacía parecer casi zarrapastroso. Quizás fuera el pañuelo de seda, o los gemelos de oro. O puede que el brillo poco natural de los zapatos italianos y las mejillas rasuradas. Desde el primer momento le disgustó aquel hombre, y se pasó los primeros diez minutos de la reunión intentando comprender por qué.

El equipo médico tenía una reunión semanal. Los cardiólogos

presentaban los informes sobre operaciones pendientes y establecían la lista de prioridades. David escuchaba vagamente a Lisa que relataba el estado de una paciente de sesenta y dos años.

–Tiene una enfermedad grave de tres arterias coronarias –decía Lisa–. El flujo de la izquierda es normal, pero tiene un ochenta por cien de estenosis en la arteria descendente anterior izquierda.

David observaba a Lewis Tanner que no quitaba los ojos de Lisa mientras esta seguía relatando con precisión la naturaleza de las lesiones. No había ni rastro de animosidad en su mirada. Le interesó comprobar que Lisa podía mantener una relación profesional correcta con alguien con quien había tenido una aventura personal tan penosa. Así que David aún tenía esperanzas. Lewis asentía de vez en cuando y su expresión mostraba que estaba impresionado por el rigor en la exposición de Lisa. Sin embargo, era evidente, desde el punto de observación de David, que su mirada y su aprobación tenían otro objetivo.

Lisa había cruzado las piernas y David tuvo que admitir que la visión del muslo que desvelaba la raja de su falda larga era impactante. Lisa hizo una pausa en su lectura y al alzar la vista, David se encontró con su mirada despectiva. Pero apartó los ojos al instante y continuó leyendo, sin que su boca dejara de mostrar un ligerísimo desprecio. De pronto David comprendió la causa de su disgusto y se sintió incómodo. Se ajustó el nudo de la corbata como si de pronto le faltara el aire y maldijo su mala suerte. La mujer había asumido que David llevaba toda la presentación mirándole las piernas.

–Angina con fuertes dolores en reposo –terminó Lisa–. La ecografía muestra que las funciones del ventrículo izquierdo siguen bien. Recomendamos una revascularización urgente.

–Por supuesto –murmuró Lewis–. Pongámosla en la lista para esta semana.

Aquello era. David se olvidó de Lisa, sus piernas, su actitud altiva e incluso su capacidad para humillar a los cirujanos en público. Se dio cuenta de que estaba asintiendo a las palabras de Tanner, sin ni siquiera haber pensado en la paciente. Por eso no le gustaba el cirujano. El hombre había asumido la dirección del grupo, sin importarle que los dos jefes de los departamentos de corazón y pulmones estuvieran sentados a la mesa. Rezumaba

confianza en su propio criterio y una autoridad sin límites.

David miró a Alan Bennett. El rostro del cirujano mostraba impasibilidad, pero David podía sentir que algo sucedía. Maldijo en silencio su suerte. ¿En qué clase de guerra oculta había ido a meterse? Decidió mantener silencio hasta comprender mejor lo que sucedía en aquel grupo.

No tuvo que esperar mucho. Mike Foster inició una crítica de Lewis Tanner en tono muy correcto que no ocultaba su antipatía personal.

–No hemos resuelto los problemas de comunicación entre los departamentos, Lewis. El grupo de angioplastia necesita a un cirujano de guardia para emergencias. Ayer tenías que cubrir ese turno.

Lewis alzó las manos y la luz brilló en la piedra de su gemelo.

–Lo sé y debo disculparme de nuevo. Estaba…

Mike le interrumpió.

–Pudo haber sido un desastre. Teníamos a la mujer en la camilla, sedada, y convencida para hacer la intervención. Y no sabíamos si podíamos dar contigo.

–Es que no estaba disponible.

–Precisamente. Lo único que sabíamos era que tu busca estaba apagado.

–Tuve una emergencia en Greenpark, como sabes –la ceja alzada de Lewis parecía indicar que no creía necesario dar explicaciones. Greenpark era un hospital privado. David había declinado la oferta de realizar operaciones para privilegiados en aquel centro.

–Nuestra paciente se puso muy nerviosa por el retraso y las dudas sobre el procedimiento. Tuvo un infarto de miocardio por la tarde y tuvimos que operarla de emergencia. Por fortuna no necesitamos apoyo de cirugía.

El gesto indiferente de Lewis fue imperceptible.

–Se llevó a cabo la operación, ¿no es así? –se apartó un mechón con gesto de hastío–. Tengo un día muy cargado y estamos perdiendo el tiempo. Si esto es todo por hoy, podríamos dejarlo.

–No, no es todo por hoy –replicó Lisa fríamente.

David disfrutó de la mirada irritada del cirujano, un gesto que desapareció al momento.

–Quisiera volver sobre el caso de Desmond Knight. Ayer

volvimos a readmitirlo con una angina de pecho. En el último mes, ha pasado dieciocho días en la unidad de cuidados intensivos. Necesita una intervención con urgencia.

Esta vez Lewis se encogió de hombros.

–Lo vi la semana pasada. No corre ningún riesgo. Lo que pasa es que es hipersensible y está demasiado gordo. Y sigue fumando. Como le dije, debe tomar cierta responsabilidad sobre el resultado de una operación. No estoy preparado para intervenir hasta que no me demuestre que ha dejado de fumar y se ha puesto a régimen.

–Su estado prohíbe que haga ejercicio –Lisa estaba claramente enfadada–. Y fuma un pitillo al día. El estres que le causó tu comentario de que igual no podía ser operado le hizo empeorar. Tiene cuarenta y tres años y cuatro hijos que mantener. Lleva seis meses de baja. Estoy segura de que la esperanza de vivir le hará cambiar de hábitos después de la operación.

–Pues de momento no le ha incentivado lo más mínimo.

La decisión de David de guardar silencio se evaporó ante el comentario.

–¿Es esto una política del departamento? –preguntó.

–No, en absoluto –Alan Bennett rompió su tenso silencio–. Los principios de Lewis no son compartidos por todos. Desmond Knight es paciente de Lewis, pero creo que ha llegado el momento de apuntarlo con otro cirujano.

–Tengo turno mañana por la mañana –anunció David–. ¿Está ya lleno?

–No –sonrió Alan–. Pensamos que era mejor que te adaptaras poco a poco.

–Prefiero empezar a operar cuanto antes –se ofreció David y sonrió a Lewis–. Siempre que no te moleste que me ocupe de uno de tus pacientes.

–Claro que no, colega –sonrió Lewis a su vez–. Puedes quedártelo. Operar a personas sin esperanza como Knight puede echar al traste tus estadísticas.

–Me arriesgaré –David sintió que la sonrisa se le congelaba en la cara. La mirada de su colega lo retaba. Claramente no le gustaba aquel hombre. No le extrañaba que Lisa Kennedy odiara a los cirujanos, sobre todo si manifestaban su atracción por ella. La idea le hizo mirar a los otros. La expresión en los rostros de Lisa y de

Mike le compensaba por todos los riesgos, políticos o médicos. Si había una línea invisible dibujada en la arena, parecía que David había elegido bando, aún sin quererlo. Le sorprendió comprobar lo bien que se sentía.

–¿Has oído el del cirujano que le dice a su paciente que tiene buenas noticias y malas noticias?

–Probablemente –David sonrió–. Creo que ya los conozco todos– Desmond Knight era todo un personaje y habían establecido una buena relación durante la consulta–. La buena noticia es que le quedan veinticuatro horas de vida y la mala que tenía que habérselo dicho ayer.

–No –Desmond rio con ganas–. La mala noticia es que solo le queda una semana de vida.

–¿Y la buena?

–El cirujano señala a una enfermera que está…

–¿Como un tren?

Desmond asintió con entusiasmo.

–Le dice al paciente: ¿ves a esa mujer impresionante? El paciente la mira y asiente con una mirada de esperanza y entonces el cirujano añade: la buena noticia es que sale conmigo el sábado por la noche…

David rio de corazón. Incluso miró en la dirección que señalaba Desmond, pero no había enfermera, ni guapa ni fea. Lo que había era una extensión inmensa de color rosa, la espalda de la señora Judd detenida ante la puerta. David captó la mirada del señor Knight y ambos sonrieron.

El color rosa pudo traspasar la puerta, dejando paso a la figura delgada y elegante de Lisa. El rostro de Desmond se iluminó al verla.

–Hola, doctora.

–Hola, Des. Veo que has conocido al nuevo cirujano.

–Me ha dicho que nunca volveré a tocar el violín.

–Tampoco lo tocabas antes –la sonrisa de Lisa era solo para el paciente, pero David pudo sentir su calidez y se sintió tontamente excluido.

–Le he explicado la intervención a Desmond. Tenemos cita a las

ocho de la mañana.

Lisa asintió.

–Me preguntaba si has tenido tiempo de revisarlo todo. He traído todos mis apuntes y la película del catéter está en la sala de proyección por si quieres verla.

–Claro, iba a llamarte –David se volvió hacia el paciente–. Descansa lo que puedas y nos vemos por la mañana –se inclinó hacia él y susurró–. Tengo que revisar la película casera de tu interior para estar seguro de que hago fontanería fina.

–Asegúrate de ajustar bien las cañerías.

David podía sentir su temor bajo las bromas. Se inclinó y tomó la mano del hombre un instante.

–No te preocupes. Pronto estarás al cien por cien y sin goteras.

El leve sonrojo en la nuca de la doctora Kennedy le hizo pensar que no había apreciado el tono bromista tanto como Desmond, pero David no había podido evitar la tentación de provocarla. Nunca reconocería lo mal que le habían sentado sus comentarios sobre su oficio, pero lo cierto era que entre eso y los paroxismos amorosos del cuarto de al lado, David había estado a punto de hacer las maletas y largarse de nuevo.

–¿A qué hora llegó Desmond ayer?

Lisa estaba colocando radiografías en las pantallas luminosas del laboratorio.

–Hacia las dos –colocó una placa en el proyector–. ¿Por qué?

–Curiosidad –David se sentó y apoyó la barbilla en una mano. La admisión se había producido un poco antes de que él entrara en el despacho de Lisa con la caja de pertenencias y aquella rosa estúpida. Por eso estaba de tan mal humor. Había descargado en él su frustración al no poder procurarle a su paciente la ayuda que tan desesperadamente necesitaba. Era comprensible. Incluso admirable. Pero no excusaba su actitud antipática hacia cualquiera que fuera nuevo y que fuera cirujano.

–Tienes la hipertensión bajo control –comentó mirando las notas–. Y la perfusión coronaria no tiene mala pinta.

–Sorprendentemente –asintió Lisa. Encendió el proyector–. Estas son de esta mañana.

Ambos miraron la pantalla, la sombra del corazón, el dibujo de las arterias y la filigrana de venas oscurecidas por el colorante.

David gruñó:

–No está muy bien.

–No –asintió Lisa con calma.

Volvieron a mirar la película y David fue comparando con el diagrama que documentaba qué arterias estaban dañadas y hasta qué punto.

–Lo tengo casi todo –murmuró–. En principio no debería equivocarme mañana.

–¿Te molestaría si asisto a la intervención? Si es que tengo tiempo.

–No me molesta –David habló deliberadamente con tranquilidad. Esperaba que vigilaran sus primeros pasos y no le molestaba tener público cuando operaba. El día anterior su pulso se hubiera acelerado ante la idea de ser observado por Lisa, pero le encantó comprobar que ya no lo afectaba. Sin duda la mujer era atractiva, pero su reacción ante ella había sido ridícula. Era una colega. Una colega que había mostrado su capacidad para ser hostil y que debía ser tratada con ciertos miramientos. No le interesaba nada más, a pesar de los comentarios de Mike sobre la buena pareja que formaban. El ataque de deseo adolescente había sido parte de la excitación de un nuevo trabajo y del placer de conocer a gente. Era asombroso lo rápido que había dejado paso a la indiferencia.

El equipo de quirófano era fantástico. David se alegró al comprobar que el anestesista era Gerry Greene, amigo de las antiguas juergas, ahora casado y con niños. Las enfermeras eran amables y eficientes y la selección de música perfecta. Cuando Alan Bennett se introdujo en la sala de observación, David ya había abierto el tórax, separado el esternón, apartado las costillas y estaba disecando la membrana pericárdica que envolvía el corazón de Desmond Knight. Su asistente estaba haciendo un trabajo muy competente cortando las venas del muslo que eran necesarias para realizar los injertos.

–Estoy listo para realizar el bypass –informó a Alan.

El traspaso del enfermo a la máquina que operaba como corazón artificial se llevó a cabo sin problemas. David puso en parada el corazón del enfermo y empezó a disfrutar de la operación. Le

gustaba mucho la cirugía. No había política ni conflictos. El objetivo era claro, todos trabajaban juntos y tenía la habilidad suficiente para enfrentarse con cualquier crisis. Era una tarea llena de dramatismo, con momentos terribles, sobre todo cuando sucedían cosas inesperadas, pero David se crecía ante la dificultad.

–Muy bien –dijo David terminando de suturar una vena–. Veamos si funciona.

Al retirar la pinza, se produjo la entrada de sangre en el injerto y David sonrió con satisfacción, antes de unir el otro extremo a la pared de la aorta.

Al terminar con la primera, se echó hacia atrás y se estiró, pero inmediatamente volvió a la tarea.

Lisa no llegó al quirófano hasta que el último injerto estuvo unido a la aorta. Hubiera sido fácil no darse cuenta de su llegada, dada la actividad que reinaba en el quirófano, pero algo obligó a David a alzar la vista. Los ojos negros parecían más grandes al estar cubierto el rostro. Por sí mismos eran maravillosamente expresivos. David ignoró el sobresalto que le produjo su presencia, pero la saludó brevemente con un gesto de barbilla.

–Vamos a retirar las pinzas y comprobar la fontanería –sugirió con la sonrisa oculta por la mascarilla. David sabía que había hecho un trabajo excelente. Incluso Lisa debía estar impresionada. El resto del personal y Alan lo estaban sin duda. Desmond Knight fue retirado del corazón artificial y su corazón comenzó a funcionar espontáneamente.

El ambiente en el quirófano fue relajándose progresivamente mientras David cosía el pecho del paciente. Gerry Greene empezó a planear una fiesta mientras los otros miembros del equipo hablaban de un congreso de médicos en Queenstown.

–¿Vas a ir, David? –preguntó alguien.

–No creo que tenga tiempo para conferencias.

Alan se echó a reír.

–Olvidé decírtelo. Te hemos apuntado como ponente. Solo es un fin de semana.

David sonrió. Hablar en un congreso nacional no le preocupaba y sería bueno para su prestigio profesional. En realidad estaba encantado. Sin quererlo, buscó la mirada de la cardióloga, preguntándose si ella también asistiría. Pero Lisa se había

desvanecido y David se encogió mentalmente de hombros. No era tan importante.

–¡No! No debes hacer eso, Donald.

David y Jane Maddon se volvieron a la vez al oír la enérgica protesta. La ya familiar colcha rosa, enmarcada por el andador, temblaba y amenazaba con desplomarse.

David observó la escena con asombro.

–No me digas que ese es el señor Judd –preguntó David ante el hombre delgado como un lápiz que había a su lado.

–Claro que lo es –susurró Jane, divertida–. La adora. Viene todos los días a verla. Y le hace la colada.

–Ya veo –David estaba asustado por el tamaño de la ropa interior que la señora Judd recibía de manos de su marido. Su voz seguía siendo perfectamente audible.

–Si las metes en la secadora, encogen, ¿y qué haré entonces?

David hizo una mueca a Jane. No merecía la pena comentar las alternativas.

Jane le devolvió la sonrisa.

–Tenemos una lavandería dónde pacientes y familiares pueden lavar su ropa. Donald Judd se pasa la vida allí.

Tras carraspear, cambió de tono:

–¿Qué puedo hacer por usted, señor James? ¿Estás buscando nuevos pacientes? Tengo entendido que el señor Knight está mucho mejor.

–Así es. Y me ha parecido muy bueno el trabajo de la unidad de cuidados posoperatorios.

Jane observaba a Donald Judd que seguía ansiosamente a su esposa mientras esta se bamboleaba camino de su habitación.

–La señora Judd necesita un retoque de sus arterias, creo –miró a David con gesto divertido–. Pero primero tenemos que controlar su diabetes y ver si reducimos su asma. Lisa piensa que el catéter puede hacerse la semana próxima.

David estaba retrocediendo.

–En realidad, vine a buscar a Mike. ¿Está por aquí?

–Bueno, parece que la señora Judd tendrá que esperar –rio Jane–. Mike estaba ayudando a Lisa con una admisión reciente.

Prueba en la sala del personal.

David sintió alivio al ver que Mike estaba solo. Pero su sentimiento se transformó al ver el desánimo con que Mike estaba bebiendo su taza de café.

–¿Qué ha pasado?

–Un paciente nuevo –Mike movió la cabeza con tristeza–. Un chico de catorce años con cardiomiopatía. Se llama Stephen Taylor y está en la lista de trasplantes desde hace seis meses. No tiene muy buen aspecto –Mike suspiró–. Stephen es uno de los favoritos de aquí. Un chico espléndido y listo. Está muy unido a Lisa, así que supongo que ella se pasará la noche de guardia, vigilando su estado.

–¿Piensas quedarte tú también?

–No –Mike tiró su café frío por el fregadero–. Lisa es más que suficiente y me llamaría si hiciera falta.

–¿Así que estás libre?

–Claro, ese es mi estado permanente.

–Bien –David estaba empeñado en animar a su amigo–. Gerry Greene nos invita a cenar. Supongo que quiere recordar los viejos tiempos. Puede ser bueno para ti.

–Puede ser –Mike ya parecía algo más animado–. Me parece estupendo. Gerry vive del otro lado de la ciudad. ¿Quieres que te recoja?

–No, gracias, me he comprado el coche y así lo estreno. Nos veremos allí a las siete.

El coche era de segunda mano, pero era lo mejor que David había podido adquirir sin complicarse demasiado la vida. Había comprado una casa para sus padres en la capital, como regalo por el retiro de su padre y los precios eran altos. Pero había valido la pena, pensó mientras encendía el motor. Sus padres se habían pasado la vida ahorrando para pagarle los estudios y nunca olvidaría sus rostros de felicidad cuando les había enseñado las llaves.

Había ido a casa para la ocasión, puesto que toda la operación había estado en manos de una inmobiliaria y de su joven hermana Melanie. Tenerla ocupada había logrado además que Melanie no se metiera en líos. Los James siempre habían vivido en casas

alquiladas y al retirarse habían perdido poder adquisitivo. Ahora podían permitirse pasarlo mucho mejor, puesto que ambos tenían buena salud y estaban muy unidos.

Cuando volviera a recuperarse financieramente, quizás les pagara un viaje a Europa. Él mismo se había pasado dos meses de vacaciones antes de regresar a Nueva Zelanda, lo que había terminado de minar sus ahorros.

David se unió a la corriente de coches que rodeaban el parque. En el primer semáforo, el motor se caló y David soltó un taco. Pero volvió a arrancar mientras el coche de detrás le pitaba. Empezaba a preocuparse por su adquisición, cuando el coche se detuvo del todo con un ronquido. David intentó arrancarlo una y otra vez, mientras los coches seguían circulando a su alrededor con gritos airados y golpes de claxon que contribuyeron a ponerle nervioso. Por fin salió del coche y con la portezuela abierta, se dispuso a empujarlo. Nadie se ofreció a echarle una mano.

Una vez en marcha, el coche ganó velocidad y David siguió controlando el volante hasta lograr retirarlo al arcén. Con una sonrisa de disculpa hacia el ciclista que pasaba en aquel momento, David cerró la puerta y miró a su alrededor. Su coche seguía molestando, pero no tanto como en medio de la carretera. Sacó el indicador de averías del portaequipajes, esperando que alguien se detuviera a ayudarlo.

Y al fin un coche se detuvo, aparcando con cuidado detrás de él. Un deportivo brillante color rojo. El coche que él hubiera comprado de haber tenido medios.

El conductor salió del coche. Zapatos de tacón alto, piernas delgadas, una falda estrecha con una raja hasta el muslo.

–No –suspiró David–. ¡No puede ser!

Era ella. Lisa Kennedy había cambiado su bata blanca por una chaqueta negra a juego con la falda. Tenía pinta de llevar un portátil y varios teléfonos móviles en el asiento de al lado.

–¿Problemas?

–¿No llevarás un teléfono, verdad?

–Claro que sí.

–¿Podrías llamar a algún servicio de averías?

–Veamos primero que ha pasado.

David se sentía tenso. Le molestaba llegar tarde y estaba irritado

con el coche y con el tráfico y con la actitud de los conductores de la ciudad.

–El coche se ha parado –dijo sarcásticamente–. Me parece evidente –observó la figura elegante–. Y creo que sería buena idea quitarme de en medio –suspiró–. Ahora.

–Claro –Lisa parecía muy divertida–. Pero una grúa tardaría mucho en llegar aquí. ¿En serio quieres esperar y seguir oyendo insultos?

–¡Busca un caballo! –le gritó un amable conciudadano en ese momento y Lisa estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se controló de maravilla.

David estaba lívido.

–No entiendo nada de coches.

–Entra –dijo Lisa amablemente–. Gira la llave y pisa el acelerador.

David no se movió.

–Sé cómo arrancar un coche –dijo con rabia–. Si eso hubiera funcionado no estaría aquí como un idiota. Y tiene gasolina.

Lisa no dijo nada, pero entró en el coche de David y encendió el motor. En el primer intento. David soltó un taco y pensó que su fama de imbécil iba a conocerse en toda la ciudad. El motor ronroneó unos minutos y luego murió. Lisa intentó arrancar de nuevo, en vano. David se sintió perversamente aliviado.

Lisa salió del coche y abriendo su maletero, sacó una caja de herramientas. Después encendió una linterna y ordenó:

–Entra, enciende el motor y pisa el acelerador con fuerza.

Mientras hablaba se inclinó sobre las profundidades del motor del coche.

Con un gemido de frustración, David hizo lo que pedían. Por lo menos estaba medio oculto, sentado en su coche. Los insultos e imprecaciones se habían convertido en silbidos de admiración cuando Lisa se había inclinado sobre el motor.

–Parece que pasa algo con la transmisión –dijo Lisa–. Quédate dentro.

Recogió varias herramientas de la caja, incluido un bote de plástico.

–Arranca un momento –gritó–. Y otra vez. Para.

David sacó la cabeza para observar cómo Lisa movía unos tubos

y vaciaba gasolina sobrante en la cuneta.

–Creo que está bloqueado. Prueba otra vez.

El motor arrancó, tosió y murió.

–Por Dios, Lisa –masculló David–. Te he dicho que llames a una grúa.

–Si es un minuto –replicó Lisa–. Voy a mirar las bujías.

David siguió sentado, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre el volante. Pasó un minuto. Y luego otro. Saltó fuera.

–Pensé que ibas a pasar la noche en el hospital –se negaba a dejarse intimidar por la manera competente que tenía la doctora de manejar las herramientas.

–Y así es. Voy a casa a cambiarme de ropa. Stevie se ha dormido –Lisa movió la cabeza–. Mira esto. ¡Negra! No las han limpiado y sueltan aceite, ¿lo ves? –le puso la bujía bajo la nariz–. ¿Cuándo has llevado este coche al garaje?

–Lo compré ayer.

La mirada de Lisa sugirió que era un ingenuo. Colocó las bujías y David la observó mientras trabajaba rápidamente.

–Necesitas nuevas bujías y la batería está corroída. ¿Miraste el motor antes de comprar el coche?

David sonrió. El aspecto gracioso de la situación se le había aparecido. Aquello era una conspiración feminista para destruir a los varones.

–¿Por qué sabes tanto de motores? –preguntó.

–Me gustan los coches antiguos –Lisa asintió y se limpió las manos con un paño–. No me puedo permitir usarlos si no sé arreglarlos sola. Me aficioné hace mucho tiempo –miró el coche de David de nuevo–. ¿Cuánto has pagado por esto?

–Dos mil dólares.

–Devuélvelo –sugirió Lisa–. Su valor es de quinientos –miró su reloj–. Tengo que marcharme. Prueba otra vez.

El motor arrancó al instante con un sonido saludable. Lisa escuchó un minuto.

–No creo que dure mucho –dijo–. Pero te llevará a casa –cerró la capota–. Te sigo un par de manzanas, por si acaso.

No podía negarse. Por algún motivo le ponía mucho más nervioso ver los ojos negros de Lisa Kennedy en el retrovisor que los mismos ojos mientras operaba un corazón a vida o muerte.

Entonces él era el protagonista. Tenía el control. David se obligó a mantener la vista fija en la carretera. La suerte se había invertido otra vez, y le molestaba profundamente. Un vistazo al retrovisor le mostró que había sido abandonado a su suerte. Aquello le molestó todavía más. Y entonces se dio cuenta de que ni siquiera le había dado las gracias.

No solo era una hombre cuya especialidad no tenía nobleza ni merecía respeto, y un juerguista con fama de romper corazones. Además era un imbécil que no podía distinguir un vehículo decente ni tenía la habilidad masculina de arreglarlo. La había acusado de ser antipática y era él quien se había mostrado rudo y maleducado. ¡Una pesadilla!

Aunque no le interesaba la doctora Kennedy. Ni en broma. Pero no era agradable ver el propio ego reducido al nivel de un pañuelo de papel. Si seguía comportándose así, ¿cómo iba a lograr que Lisa se diera cuenta de lo que se estaba perdiendo?

# Capítulo 3

EL PROBLEMA es que te gusta demasiado, amigo.

–¡Ni hablar!

–Entonces es una guerra de sexos. Te molesta que una mujer te enseñe algo.

–Me molesta que una mujer me humille. O un hombre. O un transexual, me da lo mismo. Lo único importante es si alguien es o no es buena persona.

–Lisa es una persona excelente –declaró Mike con firmeza.

Gerry asintió con entusiasmo.

–Aparece como un caballero de brillante armadura y te rescata. Y tú llegas aquí y te quejas de que has pasado un mal rato.

Mike y Gerry estaban pasándolo en grande. Mike se inclinó para dar una palmada amistosa a David.

–Está poniendo en duda tu virilidad, nada más.

Gerry le dio la razón.

–Y si no te gustara tanto, no te importaría.

–Ya vale, no es una cuestión de roles sexuales –protestó David–. Soy un hombre sensible, moderno. No tengo que ser el que lleva los pantalones en una relación.

Mike rio:

–Eso es. Lo mejor es quitárselos cuanto antes.

David alzó los ojos al cielo.

–Olvida el asunto sexual. Ella está poniendo en duda mi capacidad profesional.

–En absoluto. Se quedó impresionada con tu operación. Me lo dijo ella misma.

–¿De verdad? –David se distrajo un segundo, pero luego siguió–:

Y no solo eso. No le gusta mi personalidad.

–¿Cómo se atreve? –bromeó Gerry.

–Vale, vale –David alzó las manos–. A vosotros nadie os ha comparado con héroes de folletín de quiosco. Falta de calidad y de duración, me dijo. Os digo que me odia.

–Qué suerte –murmuró Gerry.

Mike seguía sonriendo.

–No porque pienses que te persigue estás necesariamente paranoico, colega. No te preocupes por tu salud mental.

Gerry simuló una profunda reflexión y luego exclamó:

–¡Igual es que le gustas tú a ella!

Los tres hombres se echaron a reír, aunque la alegría de David era la menos sincera. ¿Por qué les parecía tan gracioso que Lisa le encontrara atractivo? En realidad, nunca le había pasado por la cabeza que él pudiera ser poco atractivo. Observó cómo sus amigos se terminaban sendas cervezas.

No le gustaba nada la idea de resultar poco atractivo. En particular, odiaba la idea de parecerle poco atractivo a Lisa. El deseo de venganza era una emoción desconocida para David, pero jugó con la idea mientras bebía un trago de su lata. ¿No sería estupendo si a ella le gustaba realmente David y él podía ponerla en su sitio con una campaña sutil pero resultona? La idea de ver una mirada de deseo en aquellos ojos negros le hizo sentirse emocionado. Pero rechazó el absurdo plan mientras volvía a la conversación.

Los tres amigos pasaron una gran velada. Incluso los niños de Gerry no dieron la lata, puesto que ya se habían acostado cuando llegó David. La explicación sobre su retraso había llevado a la embarazosa conversación y más tarde volvieron al tema, cuando la mujer de Gerry ya se había retirado.

Mike abrió una lata nueva y murmuró:

–Pues sí, son un verdadero problema.

–¿Los coches? –inquirió David.

–Las mujeres.

David sonrió ante la expresión sombría de Mike.

–¿Qué diferencia hay? Hay que sacarlos para probar qué tal funcionan. Si están bien, hay que conducir hasta la primera avería o hasta que se vuelven muy caros y luego…

–¿Los vendes? –interrumpió Gerry–. No todos pensamos así. Algunos somos muy felices con el mismo modelo para siempre.

David gimió.

–Una maravillosa relación. Hipotecas, pañales, más hipotecas, colegios, comidas… una esposa demasiado cansada para hablar, no digamos para otras cosas, cuando al fin te metes en la cama.

–No puedes construir relaciones sobre la idea de pasarlo siempre bien –Gerry alcanzó otra lata–. No tiene ninguna importancia. Lo que cuenta son los momentos difíciles y cómo los vives.

Mike se inclinó hacia David.

–Lisa puede procurarte momentos realmente difíciles, Dave. Puede convertir tu vida en un infierno.

–Ya lo ha hecho, gracias –sonrió David–. ¿Por qué no la invitas a salir, Mike? Eres libre.

–Por desgracia –Mike oscilaba entre el humor y la melancolía–. Pero me parece una idea estupenda. Saldremos juntos. Olvidaré el matrimonio y las relaciones serias. Me conformaré con grandes cantidades de sexo.

David movió la cabeza.

–No es tan fácil –dijo, suspirando.

–¿De qué vas? Siempre has tenido mujeres a tus pies –reprendió Mike a David–. Debe ser porque eres cirujano.

–No, por favor, no empieces tú también. No, el problema es la edad. Tener treinta y tantos complica mucho las cosas. La mayor parte de las mujeres que conozco están casadas o tan amargadas por una mala experiencia que no quieren saber nada de ti. O tienen hijos. El resto son tan jóvenes que parecen niñas. Quieren compromiso y un bello romance. O únicamente les interesa el sexo.

–Me parece bien –bostezó Mike–. Dime dónde están.

–Te aburrirían –le advirtió David–. Y acabarás como yo. Feliz de irte a la cama con un buen libro.

Mike negó con la cabeza.

–Toda una librería de chicas. Estoy dispuesto a empezar ya.

–Estás listo para irte a la cama –dijo David–. Creo que vamos a compartir un taxi. Estoy seguro de que mi coche me dejará tirado de nuevo.

Los tres hombres salieron a la calle y se acercaron a mirar el coche en cuestión mientras esperaban un taxi.

–Tenía un coche mejor que este cuando estaba en el instituto –dijo Gerry.

Mike rio.

–Sin duda este era tu coche cuando estabas en el instituto.

–Es un carromato –reconoció David con calma–. Pero el tipo se dedicó a contarme que eran malos tiempos para los negocios y que por eso lo vendía tan barato. Y luego me habló de la ortodoncia de su hija.

Mike pasó el brazo por los hombros de David.

–Siempre has sido un alma sensible, amigo. Un día te va a traer problemas.

–Ya tengo problemas de sobra –reconoció David con sinceridad–. Estoy lleno de deudas.

–Si no te hubieras negado a hacer operaciones para ricos en Greenpark –comentó Gerry seriamente–, ahora estarías conduciendo un Porsche.

Mike estiró los hombros como si su borrachera se hubiera disipado.

–Es verdad, David. Ganarías diez veces más que en el sistema público. Y las mujeres te perseguirían.

David hizo una mueca de disgusto.

–Apuesto a que Lewis Tanner conduce un Porsche.

–Por supuesto –sonrió Mike.

David dio una patada a la rueda de su coche que parecía algo desinflada.

–Yo tengo cosas mejores que hacer. Como investigar. No puedes hacer eso en un hospital privado –miró a Mike–. Tenemos que hablar sobre el proyecto que me gustaría iniciar. Me interesa estudiar las nuevas técnicas de cirugía y sus efectos sobre los daños cerebrales durante las intervenciones a corazón abierto.

El taxi pasó ante ellos y se detuvo. Mike fue hasta la puerta.

–Tendrás que hablar con Lisa. Ella tiene su propio proyecto en un tema similar –sonrió–. Te dije que teníais mucho en común. A lo mejor no le importa colaborar contigo.

–A lo mejor no le importa quitarse de mi camino –dijo David rencorosamente mientras subía al taxi–. Yo no pienso interponerme en el suyo.

Tendría que haber sido relativamente sencillo mantenerse a distancia de los problemas que Lisa parecía provocar con su sola presencia. Las guardias del departamento de aparato respiratorio y de cardiología estaban separadas, había tres equipos de cirugía distintos y los comentarios e informes se hacían por escrito. ¿Por qué entonces la doctora Kennedy se las arreglaba para aparecer siempre en los lugares más insospechados?

Se la había encontrado visitando a Desmond Knight por la mañana. El paciente estaba mucho mejor. Las cicatrices se cerraban bien, el dolor era mínimo y las constantes vitales excelentes. A los siete días de la intervención ya se duchaba solo y podía pasearse. Pronto pasaría a manos de la doctora Kennedy para la etapa de observación. Pero la mujer parecía tener la costumbre de ocuparse de todos los pacientes personalmente, fuera cual fuera su turno y su destino. Admirable, pero un poco irritante, se dijo David.

¿Y por qué la gente siempre parecía estar riendo cuando estaba ella presente? O por lo menos sonriendo. David siempre se sentía excluido. Y era imposible no detectar su presencia. Reconocía inmediatamente su risa, contagiosa, risueña. Pero nunca se reía con él delante, y eso que David tenía la habilidad de distender cualquier ambiente con alguna broma.

Con Lisa, sus chistes caían como globos pinchados. Lo único que parecía divertirla era reírse de él.

Como el día anterior. David estaba leyendo las notas de un paciente y Jane había pasado a su lado y le había revuelto el pelo. Se había sentido obligado a reprenderle su falta de respeto y Jane se había limitado a reír.

–No puedo resistirme –se excusó la enfermera–. Es tan… –seguía buscando la palabra cuando Lisa entró en el cuarto con un electro en las manos. Lisa había mirado largamente el pelo de David.

–Hmm –había murmurado–. ¡Vaya permanente!

Jane había reído de nuevo.

–Siempre lo ha tenido así. Precioso, ¿verdad? Perfecto y con ese brillo metálico de los estropajos.

David simuló enfadarse. Sus rizos castaños con su brillo natural le hacían destacar y sabía de sobra que le hacían parecer más joven y menos profesional, pero su intento de cortarse el pelo había sido

una catástrofe. Con su cabeza pequeña y gran sonrisa parecía recién salido de unas sesiones desastrosas de quimioterapia. Así que estaba unido a sus rizos, pero odiaba que le dijeran lo «mono» que era. Le hubiera gustado más proyectar una imagen viril y sofisticada, como la del doctor Tanner. Pero en realidad, no era así. Le gustaban sus rizos

–La gente paga mucho dinero para lograr un peinado así –le explicó a Jane–. Resulta que yo tengo la suerte de tenerlo natural.

–Es tan natural –suspiró Jane–. Me encanta.

–A mí también –la técnica de las ecografías, Jenny, se había unido al grupo–. ¿Sigues dispuesto a lo de esta noche, David?

–No puedo esperar –David le dedicó una sonrisa encantadora–. ¿A las ocho, verdad?

–Ya estamos otra vez –comentó Jane mirando al cielo–. Otra que cae en la red.

Lisa había encontrado las notas que se correspondían con el electro, de manera que salió junto con Jane.

–A lo mejor Jenny necesita un estropajo –comentó en voz alta y las dos mujeres se alejaron riendo.

Quizás David era sensible en exceso a su actitud. El problema era que lo trataba de forma muy diferente a como trataba a los demás. Por ejemplo, era muy amiga de Mike. ¿Se sentía celoso de su complicidad? No, apreciaba demasiado a Mike. Recuperar su amistad había sido lo mejor de su regreso. Le alegraba que Mike tuviera buenos amigos que le habían ayudado a superar su crisis matrimonial. Lisa tenía una relación similar con otros miembros del personal y todos los pacientes la adoraban. Desmond Knight el primero.

–Es la mejor –le había dicho a David en más de una ocasión–. Se preocupa por la gente, ¿sabes?

Algunos asistentes mantenían cierta distancia o respeto exagerado hacia los médicos con más poder, pero no era el caso de Lisa. Trataba a todos de igual a igual, en particular a Alan Bennett. David los había visto juntos en la fotocopiadora cuando se dirigía a su despacho. ¡Besándose! En realidad, Alan besaba la mejilla de Lisa, pero el gesto había obligado a David a reducir la velocidad para no interrumpir el encuentro.

–Parece que te llevas bien con Alan.

Lisa lo miró. Las cejas alzadas y la expresión altiva le informaron de que no era asunto suyo. David bajó la voz.

–¿Cómo se lleva Alan con Lewis?

Lisa pareció sorprendida.

–¿Por qué lo preguntas?

–Tengo que trabajar con ambos. Tengo la impresión de que Lewis tiene una agenda personal más bien completa.

Lisa siguió mirándolo con cautela. Colocó una hoja en la fotocopiadora y dio al botón.

–Lewis Tanner solo se ocupa de sus intereses privados. El hospital no es más que una extensión de su carrera.

–¿Sí?

La mirada de Lisa se perdió unos segundos, lo suficiente para que David pudiera registrar la riqueza de tonos que poseían sus ojos. Aterciopelados. Oscuros. Como el chocolate negro. Un hombre podía ahogarse en aquellos ojos. David se contuvo. Un hombre, pero no aquel hombre. Lisa parecía dudar si podía o no confiar en él. Y estaba a punto de hablar cuando el flash de la fotocopiadora la sacó de su ensimismamiento.

–Pregúntale a Mike –sugirió–. Mi opinión es demasiado sesgada.

–¿Por qué lo soporta Alan?

–Alan es un mediador nato –dijo Lisa eligiendo las palabras–. Y tiene un pie en cada campo –recogió las páginas fotocopiadas antes de mirar a David–. Y es un gran diplomático. No quiere enfrentarse directamente con nadie. Desafortunadamente, pronto volverá a Australia. Vino aquí cuando murió su mujer, pero echa de menos a sus hijos y ahora tiene un nieto. Creo que se marchará cuando le ofrezcan algo.

–Qué pena –David se sentía incómodo. ¿Cómo podía Lisa hacer que la descripción de otra persona le pareciera una crítica hacia él? ¿O es que se estaba volviendo loco?

–Lewis se marchará pronto, seguramente –añadió Lisa–. Prefiere dedicarse en cuerpo y alma a la sanidad privada –lanzó otra mirada a David antes de marcharse–. Puedes ser director del departamento antes de lo que crees.

David la adelantó.

–¿No tienes muy buena opinión de los cirujanos torácicos, verdad?

–¿Debería? –la mirada de la mujer era retadora.

David tendría que haberla dejado pasar. Así no la hubiera rozado, ni hubiera tomado conciencia del efecto devastador de su cercanía. Se obligó a sonreír.

–Es tu decisión, doctora Kennedy. Quizás algún día cambies de opinión.

–Puede ser –dijo Lisa con una sonrisa helada–. Algún día.

Insultante, segura de sí misma y altiva. Tendría que haberla odiado. Sin embargo su admiración por ella era creciente y no dejaba de sentir que se perdía algo muy importante por culpa de su reserva. Tenía un deseo continuo de impresionarla. Solo quería una relación profesional. La misma que le permitía a todo el mundo, con la excepción evidente de Lewis Tanner. No estaba buscando una aventura con ella. ¡Ni loco! Incluso si Lisa se hubiera ofrecido a sus pies, no la habría tocado ni de lejos. Ni siquiera por el dulce placer de la venganza.

Mientras se hacía preguntas sobre su hipersensibilidad hacia la doctora, David se dirigía a la sala de enfermos del aparato respiratorio, donde lo habían llamado para una consulta. Un paciente no estaba respondiendo bien al tratamiento para un neumotórax y el médico se preguntaba si sería necesario operar.

David recorría los pasillos pensando que la razón de su obsesión era el orgullo. La aventura del coche había trascendido. Sospechaba que Gerry había entretenido al equipo del quirófano embelleciendo la historia. David tenía la horrible sospecha de que la gente compararía su relación con Lisa con la que había mantenido con Lewis Tanner.

Lisa era la clave. Si obtenía su respeto, la humillante asociación con el otro cirujano se rompería y su dignidad sería restablecida.

El médico le presentó al paciente, Wayne Drummond, de treinta y cuatro años, y David lo examinó con calma.

–Tienes razón –comentó luego, doblando el estetoscopio–. Me da la sensación de que el pulmón mejora, y que hay que seguir con el tratamiento. Yo no le operaría de momento.

–¡Aleluya! –exclamó el paciente–. Odio este lugar. Me recuerda lo que le pasó a mi padre.

–¿Qué fue?

–Murió a los cuarenta años –dijo Wayne–. Yo era un niño.

David miró al médico que alzó la ceja, con gesto preocupado. Aquello no estaba en el informe del paciente y podía ser un dato muy importante. Se volvió hacia Wayne.

–¿Algún otro miembro de tu familia tuvo una muerte repentina siendo joven?

–Mi tío murió cuando tenía treinta y tantos. No conocí a mis abuelos. No somos muy longevos en mi casa.

–No –sonrió David sin mostrar preocupación–. A lo mejor tengo que mirarte con un poco más de tiempo.

–No, por favor. En cuanto salga de aquí estaré bien. Ojalá hubiera tenido más cuidado en las escaleras.

–¿Recuerdas qué pasó exactamente?

–No muy bien. Sé que tropecé y me rompí las costillas. Todo lo que recuerdo es despertar en el suelo con mucho dolor.

–¿Despertar? –David llevó la mano al pulso de Wayne–. ¿Te golpeaste en la cabeza?

–No, no creo. No me duele.

–¿Es posible que te desmayaras y que eso causara la caída?

Wayne se encogió de hombros.

–No me acuerdo.

–¿Recuerdas haberte mareado con frecuencia o desmayado alguna vez?

–A veces se me va un poco la cabeza –reconoció Wayne–. Oiga, doctor, ¿no iré a morirme de pronto como mi padre?

–No, si podemos evitarlo –David había vuelto a sacar el estetoscopio y auscultaba atentamente el corazón de Wayne–. Muy bien, Wayne, sal de la cama un minuto –le quitó el drenaje y tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

–Apóyate en la cama con el brazo. Quiero que te levantes y te pongas de cuclillas.

Asintió cuando Wayne empezó con el ejercicio. Como había esperado, el murmullo anormal que había detectado disminuía cuando el paciente se agachaba y aumentaba al ponerse en pie. El médico y David ayudaron luego a Wayne a volver a la cama.

En ese momento sonó el busca del médico de guardia que se disculpó.

–No te preocupes –dijo David–. Me voy a quedar un rato más con Wayne. No tendrás una máquina de electro por aquí, ¿verdad?

–Claro que sí, te la enseño.

Hacía mucho tiempo que David no disponía él mismo los electrodos, ni hacia trabajo de cardiólogo. Lisa era famosa por ocuparse incluso de los pacientes que no caían en su especialidad. Quizás él también podía jugar al mismo juego.

Tras colocar los electrodos, se apartó y pulsó el botón de inicio. Wayne parecía nervioso, como si fueran a electrocutarlo, pero sonrió al ver la expresión satisfecha de David. Este arrancó la página con los resultados.

–Voy a hacer una llamada –le dijo a Wayne–. Vuelvo en un minuto.

Jenny, la experta en ecografías, pareció encantada al oír su voz.

–Tienes suerte –dijo la mujer–. Ahora mismo tengo un hueco. Tráele en la camilla. Puedes hacer la ecografía tú mismo.

–Genial. Después de tu clase de anoche, creo que podré hacerlo. Gracias, Jenny.

–Fue un placer. Me debes una botella de vino, no lo olvides.

–No lo olvidaré –prometió David–. Estaremos allí en cinco minutos.

Una hora más tarde, David llamó a la operadora para preguntar qué equipo de cardiología estaba de guardia.

–Michael Foster.

–Bien. ¿Puedes pasarle un recado, por favor?

Mientras esperaba que Mike llegara, David volvió junto a su paciente. Pero quien apareció diez minutos más tarde, fue Lisa. David sintió una leve decepción, pero se recuperó al momento. Aquello era todavía mejor. Ahora sí que tenía la oportunidad de impresionarla.

–Mike está con un marcapasos. Me ha dicho que luego te busca y que no olvides la cita de esta noche –Lisa le dio la información como si fuera la ficha de un enfermo–. Ha dicho que ha conseguido reunir a las dos enfermeras más guapas que has visto en tu vida.

David gimió sin querer.

–Mike quiere vivir de nuevo su juventud y cree que soy una especie de experto en la materia. Pero voy a defraudarlo.

–Eso creo yo –Lisa jugó con el estetoscopio que escapaba de su

bata blanca–. No por falta de experiencia por tu parte, claro está –lo miró a los ojos–. Sigue queriendo a Anne, lo reconozca o no. ¿Sabías que tienen un niño?

–No –David se sentía asombrado y enfadado. Mike era su mejor amigo. ¿Cómo era posible que Lisa supiera más de su vida privada que él mismo?

–Fue parte del problema. Anne tuvo un embarazo muy difícil y una pequeña depresión posparto. Mike tenía un montón de problemas, gracias a nuestro amigo Lewis. Fue demasiado –suspiró–. En fin, espero que lo paséis bien esta noche. ¿Cuál es el problema?

David quería seguir hablando de Mike, pero el tono de Lisa parecía prohibirle toda complicidad.

–Ven a conocerlo. Wayne Drummond, de treinta y cuatro. Llegó ayer con varias costillas rotas y un neumotórax. Como no respondía rápidamente al drenaje me llamaron y noté un murmullo al examinarlo.

Lisa asentía. Habían llegado a la cama del paciente.

–Hola, Wayne. Soy Lisa Kennedy. Soy cardióloga y me gustaría escuchar tu corazón. ¿No te importa?

Wayne asintió. David se apartó, limitándose a observar. Era mejor que el médico anterior, pues no tardó ni cinco minutos en reunir el historial familiar del joven. Le tomó la presión y le puso la mano en la garganta para tomarle el pulso. David podía imaginar lo dulce que era su roce.

Durante un segundo se preguntó cómo sería que aquellos dedos delicados tocaran su piel, y tuvo que retirar la vista ante el poco profesional ataque libidinoso. Quizás la cita con las enfermeras no fuera tan mala idea, después de todo. Llevaba demasiado tiempo sin ocuparse de su vida sexual.

–Me gustaría que salieras de la cama, Wayne, para escuchar tu pulso mientras te levantas y te agachas.

–¡Otra vez! Si ya lo he hecho con el doctor James.

Lisa pareció desconcertada. David ocultó su sonrisa, disfrutando mientras los dos se alejaban del paciente.

–Definitivamente hay un ruido sistólico –susurró Lisa mientras andaban–. Hay que llevarlo a cardiología y seguir con las pruebas.

–¿Cómo un electro? –David sacó el papel doblado y se lo tendió

a Lisa. Esta le dedicó una mirada recelosa antes de mirar el gráfico.

–Parece estenosis aórtica. Podría ser…

–¿Cardiomiopatía hipertrófica obstructiva? –David completó su frase.

–Puede ser. Pero necesitamos una ecografía.

David sacó los resultados de la ecografía de su otro bolsillo. Lisa miró el papel y a David de nuevo.

–Ya has hecho el diagnóstico y las pruebas –su tono se hizo irónico–. ¿También habrás dispuesto el tratamiento?

–Sí –David sonrió ampliamente–. Betabloqueantes.

Lisa lo miró con resignación.

–Supongo que me lo he buscado. Quieres demostrarme que los cardiólogos sobramos. Los cirujanos pueden hacerlo todo.

–Claro que no –David podía permitirse ser generoso–. Solo quería mostrarte que también podemos ser verdaderos médicos, de vez en cuando.

–Vale, estoy impresionada –no lo parecía. Parecía enfadada–. Pero me has hecho perder media hora.

–Necesito tu autorización para llevarlo a cardiología –le recordó David–. Y pensé que querrías ver por ti misma los resultados.

–Sí, y si necesita una intervención, te será devuelto –reconoció Lisa.

Había sonreído. No mucho, pero lo sufiente para que David se sintiera radiante de felicidad.

–¿Cómo has conseguido que Jenny te haga una eco en tan poco tiempo?

–Tengo este increíble poder sobre las mujeres –David se acercó a Lisa. Podía oler el perfume que de pronto le parecía magia pura–. Puedo lograr que hagan todo lo que quiero.

Lisa se apartó, exasperada, pero David hubiera jurado que su proximidad la había puesto nerviosa. Observó el leve sonrojo en sus mejillas y su alegría por la momentánea complicidad dejó paso a una tensión desconocida. Habló sin pensar.

–Cena conmigo una noche, Lisa.

–Sobre mí no tienes poder, doctor James –Lisa dio otro paso atrás–. Soy una cardióloga, no una mujer.

Era una invitación a dejar que su mirada siguiera la hermosa figura que tenía en frente. Lisa llevaba un vestido amarillo, muy

moderno y que le sentaba muy bien. David no podía ver más que a la mujer.

–¿Ser un médico de verdad significa que no puedes ser una persona de verdad?

Lisa lo observó en silencio. Durante un segundo, David pensó que le estaba autorizando a que entrara en la zona de seguridad.

–Podría ser verdad en mi caso –dijo en voz baja.

David tuvo ganas de alargar la mano y tocarla, para no perder aquel instante de intimidad. Pero se limitó a sonreír para ocultar su emoción.

–Por fortuna, yo solo soy un cirujano.

Lisa no se molestó en contestar. Se dio la vuelta y se alejó. David soltó el aire, aliviado. ¿Qué habría hecho si Lisa hubiera aceptado su impetuosa invitación? Una cena íntima con aquella mujer era lo último que deseaba en el mundo.

¿O no?

# Capítulo 4

A LA TERCERA va la vencida, se dijo David mientras se quitaba la bata verde de quirófano. Era la primera vez que había terminado de operar un miércoles a tiempo para asistir a la reunión del hospital. Tenía especial interés en llegar a tiempo, habiendo visto el orden del día y las intervenciones. Un turno de palabra permitía que todos los equipos expusieran sus casos de mayor interés. La reunión tenía por objeto mantener vivo el lazo entre los departamentos y mejorar las técnicas y la gestión. En algunas ocasiones, ofrecía la oportunidad de discutir abiertamente un caso especialmente complejo.

La presentación de Lisa fue diferente a lo que esperaba. David entró en la sala abarrotada y se quedó junto a la puerta, en el instante en que se apagaban las luces y una imagen aparecía en la pantalla. Era un chico joven, sonriendo con la clásica vergüenza adolescente ante la cámara, alzando un pulgar con gesto de victoria. Aquel comienzo anunciaba una exposición poco convencional. Normalmente los pacientes se presentaban como casos anónimos, con identidades protegidas.

Lisa esperó que se hiciera el silencio. Su voz, amplificada por un micrófono, era suave pero segura de sí misma.

–Tratamos a un número creciente de personas que necesitan nuestros cuidados. Algunos nos caen bien y a otros no podemos soportarlos, pero tenemos que hacer un esfuerzo para ofrecer terapias efectivas sin comprometernos demasiado emocionalmente –Lisa carraspeó delicadamente–… De vez en cuando nos enfrentamos a un caso en el que es imposible evitar el cariño. Este es el caso de Stephen Taylor.

David, como el resto del público, escuchaba con la máxima atención.

–Hace un año, Stephen era un joven típico de trece años, físicamente hablando. En otros aspectos, nada tiene de típico. Su cociente intelectual supera la media de muchos niños prodigio. Quiere ser médico y ya asiste a cursos de la Universidad y da clases por su cuenta. Y no es el clásico empollón…

Lisa esperó que las risas se callaran para proseguir:

–Stephen adora la música, los coches antiguos y a una novia de la que está enamorado desde la infancia. Tiene tres hermanas mayores que lo adoran y un ambiente familiar cariñoso y estimulante. Hace un año, Stephen Taylor lo tenía todo y sabía disfrutar de cada minuto. El último invierno tuvo un catarro –Lisa carraspeó de nuevo–. Nada grave. Volvió pronto al colegio, pero no terminaba de superar el virus. Estaba cansado, se quedaba sin aliento por el mínimo esfuerzo, tenía palpitaciones y algunos mareos –Lisa hizo una pausa–… Y le molestaban los zapatos.

Unas cuantas cabezas asintieron entre el público. Lisa miró a los oyentes para seguir hablando:

–Un día, en clase de Historia, Stephen se desmayó. Podría haber sido un caso de muerte súbita, pero seguía vivo cuando llegó la ambulancia. Y seguía vivo cuando lo ingresaron en urgencias un rato más tarde.

El rostro del joven desapareció y Lisa encendió las luces y se volvió hacia la audiencia. El silencio era completo. Nadie solía presentar un caso de manera tan personal y David se preguntó con ansiedad adónde quería llegar Lisa.

La mujer puso en transparencias los datos fundamentales del paciente, rayos X, electrocardiograma, etc. El diagnóstico era evidente, una cardiomiopatía provocada por una infección vírica. La amenaza era un paro cardíaco, pero Lisa y Mike tenían al muchacho bajo control mediante observación y fuertes drogas.

El busca de un médico sonó a su lado y este se levantó para salir. David tomó asiento en su lugar sin pensarlo. Aquello era tan emocionante como una buena novela policiaca y para David la protagonista era claramente Lisa Kennedy. ¿Estarían los demás igualmente fascinados por la delgada figura en el escenario? ¿Responderían los demás, como él, ante cada uno de sus

movimientos, las inflexiones de su voz, los cambios en su expresión?

–Stephen Taylor está en la lista para trasplantes desde hace seis meses –prosiguió Lisa–. Lleva siempre un busca, por si surge la llamada y debe emprender viaje. Lo lleva a clase y duerme con él. La llamada llegó hace unos cuatro meses. Una mujer de Wellington podía ser donante. El tamaño era perfecto e incluso el grupo sanguíneo coincidía. A las cinco de la mañana, Stephen, su madre y yo estábamos en camino hacia Aukland.

La atmósfera en el auditorio era tensa, casi podía cortarse.

–Prepararon a Stephen, que estaba nervioso pero emocionado, para el quirófano. ¡Allí estaba el milagro que todos habíamos esperado! El corazón había llegado en helicóptero casi a la vez que nosotros. El anestesista iba a comenzar su tarea cuando me dijo que había un problema.

El suspiro de pesar fue colectivo. El tono de Lisa se hizo más duro.

–El corazón no servía. El donante había sufrido hipertensión sin saberlo durante mucho tiempo y había evidencia de otros problemas coronarios. No pudo hacerse nada. Stephen y su madre fueron hospedados en un hotel, a la espera de que otro donante apareciera en escena. Pero Stephen se negó a quedarse. No quería vivir separado de su familia y sus amigos, ni perder clases.

El fallo en su corazón es cada vez más difícil de controlar. Stephen ha entrado tres veces en urgencias desde el viaje fallido a Aukland. Cada vez pensamos que es el último ataque y que no va a sobrevivir –Lisa bajó los ojos un instante y luego alzó la barbilla–. Os estaréis preguntando cuál es el motivo de esta presentación. Incluso si el donante apareciera mañana, Stephen está demasiado enfermo para viajar a Aukland. Todos vemos casos muy trágicos que nos conmocionan. ¿Qué tiene este de especial?

Lisa miró al público y David tuvo que admirar su control. Los tenía a todos en la palma de la mano.

–El motivo es que hemos llegado a un punto sin retorno en el tratamiento de estos casos en Christchurch. Gracias a un contrato reciente, estamos en disposición de realizar trasplantes de corazón aquí. Me gustaría presentarles al doctor David James, en caso de que no lo conozcan personalmente o por su reputación.

La risa colectiva fue amistosa, pero David sintió que se ponía rojo. Los ojos de Lisa lo localizaron con irritante facilidad. ¿Le había visto desde su entrada?

–¿Puede levantarse, por favor, doctor James? Estoy seguro de que todos deseamos darle la bienvenida a nuestro hospital.

A su pesar, David se puso en pie y recibió un breve aplauso. Se sentía molesto y vagamente traicionado. ¿Qué esperaba Lisa de él? ¿Que moviera la mano y lograra el milagro de salvar a Stephen?

Lisa estaba recogiendo las transparencias. De pronto dijo:

–Sé que no es fácil convencer a las familias de la necesidad de donar órganos –alzó la vista y David, como muchos otros, siguió su mirada hasta el equipo de la UVI–. Solo quería recordaros la otra cara de la moneda. La historia de un receptor potencial. La historia de Stephen –Lisa bajó la luz y terminó su dramática exposición con la foto del joven Stephen.

Hubo un momento de silencio completo y de pronto todo el mundo empezó a hablar. David miró su reloj y le asombró comprobar que era la una. La presentación de Lisa había ocupado toda la reunión y sin embargo, todos se habían dejado llevar por su dominio de la puesta en escena.

Mientras avanzaba entre los grupos que se iban dispersando, David se encontró inesperadamente frente a Lisa.

–Bravo –dijo–. Creo que te has equivocado de trabajo.

–¿Por qué?

–Has tenido a la audiencia cautivada. Deberías ser actriz.

–Oh –Lisa alzó la ceja–. En el próximo acto quizás. El cirujano entra en escena por la derecha. Es el héroe del día.

David frunció el ceño ante su ironía. Estaba un poco harto del tema.

–Mira, doctora Kennedy…

Lisa ignoró sus palabras pues miraba a otro lado.

–Entra por la izquierda, John Watson. Médico de cuidados intensivos. Hola, John, ¿conoces a David James?

–Claro que sí. Pero no he oído hablar de su reputación –la sonrisa de John era cordial, pero también levemente sardónica–. ¿Qué chisme he vuelto a perderme, Lisa?

–Pregúntale a una enfermera –rio Lisa–. A cualquier enfermera.

David dedicó una mirada helada a Lisa y suspiró, hastiado, pero

John le dedicó otra sonrisa.

–Tienes que contarme tu secreto, aunque creo que es un poco tarde para mí –de pronto se puso serio–. Me alegro de haberos encontrado a los dos. Tenemos a una mujer joven en la unidad. Tiene daños cerebrales muy serios por un accidente. Nos reunimos esta tarde con la familia –el médico mostró sus manos–. No quiero despertar esperanzas… pero existe la posibilidad. Aunque tengo mis dudas sobre la reacción del marido.

David observó la luz que había empezado a brillar en los ojos de Lisa. Hablando de no despertar esperanzas, la mujer parecía haberse encendido. Sintió que él mismo sonreía y que su enfado se había disipado. A pesar de su complejo de superioridad, alguien que se preocupaba tanto por un paciente no podía ser malo.

–Acto dos, escena tres –sugirió en voz baja–. Quirófano.

Lisa dejó escapar un largo suspiro.

–Ojalá.

La mirada que dedicó a David era casi tierna y David sintió un sobresalto inesperado. Se dio cuenta de que haría cualquier cosa que ella le pidiera. Molesto por su reacción, se dio la vuelta.

–Ojalá –dijo con calma–. A lo mejor logro cambiar mi reputación, gracias a ti.

–Tu reputación es asunto tuyo –replicó Lisa–. Yo no tengo nada que ver.

David hubiera jurado que la mujer añadió entre dientes «gracias a Dios», pero no pudo responder, pues ya se había retirado de su lado. Lisa le ponía nervioso, no había duda, pero sus reacciones ante ella eran desproporcionadas. Un caso de incompatibilidad de caracteres, concluyó apenado. Tendría que ser maduro y demostrarle a la doctora Kennedy que era capaz de ser un buen profesional a pesar de sus problemas personales con ella.

Su resolución duró tres horas. Hasta que volvió a encontrarse cara a cara con Lisa. Los ojos negros lanzaban llamas y David supo al instante que algo la había sacado de quicio. Por la manera en que entró en su despacho, dando un portazo, aquello tenía que ver con él. Una oleada de desconfianza hizo que David se pusiera inmediatamente en pie y agradeciera sus pocos centímetros de

superioridad.

–¿Qué he hecho ahora, doctora Kennedy? –no le costó que su tono sonara exasperado. Estaba harto de ser el objeto de la ira de aquella mujer.

–¿Has operado al señor Waugh esta mañana, no es así? ¿Douglas Waugh?

–Sí –David irguió su espalda un poco más–. Y creo que con éxito.

–Mike me ha dicho que usaste una cánula de la arteria femoral en lugar del método habitual.

–Es una alternativa aceptable. Sobre todo si el paciente es operado varias veces.

–El señor Waugh no ha sido operado varias veces. Esta ha sido su única intervención.

–Bueno, esperemos que así sea –dijo David con calma–. ¿A qué viene esto, Lisa? ¿Has venido a criticar una decisión técnica?

–¿Tenías alguna razón para modificar el método? –le interrumpió Lisa–. ¿O querías añadir un poco de variedad al procedimiento?

–Sí, tengo razones –replicó David enfadado–. Aunque no sé si es asunto tuyo. Estoy estudiando los efectos de las diferentes técnicas sobre los daños cerebrales. El señor Waugh es el primero de una serie de pacientes. Es una investigación en la que llevo mucho tiempo pensando, pero nunca he estado el tiempo suficiente en un hospital como para llevarla a cabo.

–¿Le pediste su consentimiento al paciente para hacer esa prueba?

–No es una prueba. Es un estudio basado en la observación. Y no hace falta pedir autorización cuando se modifica una técnica de una manera conocida y aceptada. No entiendo cuál es tu problema.

Lisa tomó aire, mirando a David. Parecía estar haciendo un esfuerzo para calmarse y habló con mayor dominio de sí misma:

–Llevo unos meses trabajando con un nuevo medicamento. He recibido la aprobación de la dirección, de la empresa farmacéutica, y del comité de ética. ¿Has oído hablar de Neurosil?

El nombre despertó algo en su memoria, pero no lograba recordar los detalles. Estaban continuamente apareciendo medicamentos que hacían maravillas, incluso años antes de que pudieran probarse efectivamente en la práctica.

–Actúa sobre el metabolismo celular, creo recordar.

–Consigue ralentizar el metabolismo de manera radical. Por lo que sabemos hasta el momento, preserva las funciones de las células cerebrales incluso en momentos de gran presión, como durante un bypass.

David mostró interés a su pesar. Miraba a Lisa con intensidad.

–El señor Waugh fue el primer paciente al que convencí. Le expliqué todo, le hice firmar una autorización e hice todas las pruebas necesarias. Por fin, le administré la dosis de neurosil o de placebo esta mañana.

–¿A qué hora?

–A las seis. Vine para eso. El protocolo exige que se administre dos horas antes de la operación.

–No vi ninguna nota ni comentario en el informe –dijo David en tono serio. Aquello era muy grave.

Lisa se sonrojó.

–Puse un papel en el informe, pero una de las enfermeras se lo llevó para pasarlo a limpio –se atrevió a mirar a David–. No te preocupes. Neurosil no tiene interacciones con otros medicamentos. Estaba muy emocionada con mi investigación, pero ya no sirve. Tu modificación de la operación produce una serie de datos que no he tenido en cuenta. Tengo que empezar de nuevo.

–Probar un medicamento nuevo puede confundir mis propios datos. Quizás deberíamos mantener nuestros proyectos separados –comentó David.

–En ese caso, tendré que abandonar el mío. Nunca conseguiré un número suficiente de casos.

–¿Por qué? Yo solo tengo el treinta por ciento de las operaciones.

–Lewis no quiere que trabaje con sus pacientes. De manera, que solo me quedan los de Alan y me llevará años tener evidencia suficiente. Para entonces, alguna otra persona lo habrá hecho.

Su decepción era palpable. David tenía que haberse sentido satisfecho al ver a Lisa hundida. Allí estaba su venganza, en bandeja. Pero no tenía el menor deseo de bloquear su investigación, todo lo contrario.

–Existe otra posibilidad –sugirió de pronto.

–¿Que tú renuncies a tu estudio? –bromeó Lisa, con un brillo de

esperanza en los ojos.

–No –la luz se apagó al momento–. Que tú y yo colaboremos.

Los ojos de la mujer se abrieron y su mirada se hizo intensa. David se preguntó si alguien le había escuchado alguna vez con tanta apasionada atención.

–Podríamos hacer un diseño que tuviera en cuenta varios factores. Cuatro, en realidad: medicación, nueva técnica quirúrgica, nada o ambos.

–No sería aleatorio.

–La parte del medicamento puede serlo. Y podemos intentar que la parte de cirugía tenga también validez estadística. Tendríamos un proyecto único con datos más ricos.

–Tendría que empezar de nuevo, volver a conseguir autorizaciones…

–Y tendríamos que trabajar juntos –Davis añadió en tono de amenaza–. Muy juntos. ¿Eres capaz de hacer eso? ¿Con un cirujano?

Lisa parecía no haber captado el aviso. Sus ojos brillaban de nuevo.

–Sería un proyecto fascinante –se mordió el labio–. Me gustaría hacerlo.

–Bien –David apartó la vista de sus labios–. A mí también. De manera que estamos de acuerdo –tendió la mano–. Chócala, socia.

Empezó como un gesto amistoso, el acuerdo entre dos personas que van a colaborar. Pero de pronto la excitación del proyecto cayó y ambos se miraron. Sus manos parecían tan pegadas como sus ojos. ¿Quién apartó la vista? ¿Quién hizo el primer movimiento para librarse del contacto?

Quizás fuera simultáneo. Tan simultáneo como la revelación de que aquel gesto había significado algo mucho más profundo que un acuerdo profesional.

La pila de documentación era impresionante. Lisa tenía que haber pasado mucho tiempo recortando artículos, referencias en congresos y bibliografía. Llenaba una caja entera que David se llevó a casa la tarde siguiente. Se había propuesto no comenzar aquella noche, pero pronto cambió de opinión.

El ocupante del cuarto vecino había vuelto a ligar. Esta vez la

chica no se reía, pero sus jadeos eran peores. Le hacía imaginar lo que estaba pasando con más certeza que si lo estuviera viendo. Con los dientes apretados, David puso un disco de música clásica y se dispuso a utilizar el insomnio para algo útil.

Mientras sacaba las primeras carpetas, se prometió tener unas palabras con su joven vecino. Era indecente que un médico tuviera el tiempo y la energía para una vida social tan vigorosa. No solía ser así. David se rio ante su propia hipocresía. Quizás él mismo había sido así, pero hacía tanto tiempo que no lo recordaba.

Acababa de descubrir que su vida de seductor había terminado. Mike había tenido la culpa con la idea de su doble cita con las enfermeras. Eran sin duda guapas, jóvenes y dispuestas a divertirse.

¿Por qué entonces ni Mike ni él se habían sentido remotamente interesados por aceptar sus claras indirectas? La situación había sido bastante graciosa, por su incongruencia, e incluso David se hubiera reído un rato de su fracaso como ligones, pero Mike se había mostrado reservado y grave. Toda la escena había terminado melancólicamente y David había comprendido que necesitaba algo más que diez años antes. No estaba seguro de qué era, y quizás debiera hablar de ello con Mike.

Olvidó el artículo que había empezado a leer y miró el reloj. No era muy tarde para llamar a su amigo. Ambos podrían salir solos y beberse unas cervezas, sin Gerry, demasiado feliz en su vida familiar para comprenderlos. Mike y él necesitaban una conversación profunda para descubrir qué buscaban realmente en la vida. Una conversación filosófica, imposible de mantener con mujeres delante. Debían olvidar las bodas, los niños, los divorcios. Olvidarse de las mujeres en general y de las cardiólogas en particular. Lo que ambos necesitaban era una buena juerga entre hombres.

# Capítulo 5

CÓMO que no puedes?

David sujetaba el teléfono con su hombro mientras se subía los pantalones.

–Lo tengo todo arreglado, la pizza, las cervezas. Incluso hay una competición de camisetas mojadas.

–No creía que existieran –rio Mike.

–Escasean –advirtió David–. Podría no volver a producirse.

–No puedo ir, lo siento Dave. La madre de Anne acaba de ser ingresada con un infarto.

–¿La tratas tú?

–No, pero Anne viene hacia aquí y no puedo moverme.

–Claro. ¿Está muy grave?

–Parece serio. Los enfermeros de la ambulancia tuvieron que reanimarla dos veces de camino –Mike vaciló–. Dios, David, ¿qué voy a decirle a Anne? Llevamos tres meses sin hablarnos y la última vez nos peleamos por…

–No importa por qué, Mike –le interrumpió David–. Lo importante es hoy. Ya verás cómo sabes qué decir. Estamos hablando de Anne, ¿recuerdas? La mujer que querías tanto como para casarte con ella.

–Sí, supongo –Mike no parecía convencido.

–Voy a verte –propuso David–. No pareces muy animado y para serte sincero me harté de las camisetas mojadas antes de los quince años.

La cama más cercana a la puerta de la unidad coronaria tenía una buena vista del pasillo y solía reservarse a los pacientes que más diversión necesitaban. David reconoció al momento el rostro

del paciente que ahora ocupaba aquella cama. Stephen Taylor, el adolescente en espera de su corazón. Había corrido la voz de que el primer acercamiento a la familia de la mujer en coma no había tenido éxito y que el marido hacía una guardia veinticuatro horas por temor a que alguien desconectara los aparatos que mantenían a su esposa con vida. El personal permitía la situación con la esperanza de que la familia terminara aceptando que la muerte de un ser puede transformarse en esperanza de vida para otro.

Junto a Taylor, Lisa Kennedy. A David no le sorprendió ver a la médica con su joven paciente. Lo sorprendente era verla con pantalones vaqueros y una camiseta amplia. Las revistas de coches antiguos se amontonaban sobre la colcha. Era evidente que Lisa estaba fuera de servicio y aprovechaba el tiempo libre para compartir con Stephen una de sus pasiones.

–¿Has visto este modelo del 67? –exclamó Lisa.

–¿De qué año es el tuyo? –Stephen se inclinaba sobre la fotografía.

–Del setenta y ocho. Pero es menos caro.

–Ya, mira, este es mío.

–¿Un Alfa Romeo? Ni en sueños, pequeño.

Se miraron, la joven doctora y el adolescente, y el corazón de David se encogió al captar el momento. Allí había más que amistad. Más que un enamoramiento adolescente. Stephen miraba a Lisa como a su tabla de salvación.

–¿Por qué no? Soñar es barato. Pero no creo que pases del Ferrari.

–Podrá si se convierte en cirujano –David no pudo evitar detenerse e intervenir.

Lisa giró rápidamente la cabeza.

–Ni los cirujanos ganan bastante para un Alfa Romeo –sus rizos se movieron graciosamente mientras Lisa se giraba de nuevo hacia el muchacho–. Stevie, este es David James. Te he hablado de él.

El chico pareció de pronto incluso más joven.

–Eres el médico que puede hacer trasplantes –dijo en voz baja.

–Sí –David puso una mano en el hombro de Stephen–. Espero que lleguemos a conocernos más en el futuro –miró a Lisa de reojo. Sentada en la cama, con vaqueros y el pelo suelto, parecía tan vulnerable como Stephen. La misma mezcla de temor y esperanza

tensaba sus rasgos y David tuvo el impulso ridículo de abrazarlos y ofrecerles su protección y cariño. Pero apartó la vista, dirigiéndola hacia una recién llegada.

–¡Anne! –exclamó.

La mujer se detuvo al oír su nombre y miró con gesto de confusión. El bebé que llevaba en brazos lloraba. David se disculpó y fue hacia Anne en el momento en que Mike emergía de la sala. Ambos se miraron y hablaron a la vez.

–Anne, lo siento tanto…

–Mike, ¿cómo está?

Se detuvieron. El rostro de Mike era la imagen de la preocupación.

–Está aguantando, pero es muy serio. ¿Quieres pasar a verla?

–Sí, claro, pero… –Anne miró al bebé que seguía llorando. De pronto ambos parecieron descubrir la presencia de David.

–¡David, me alegro de verte!

–Dave, ¿te importaría?

David sonrió y alargó los brazos. El bebé pesaba más de lo que había esperado. La criatura miró a David y protestó enérgicamente por haber sido abandonada en manos de alguien tan incompetente. David se apartó rápidamente. Una niña llorona no iba a ser apreciada por los pacientes de cuidados intensivos.

Lisa y Stephen le recibieron con grandes sonrisas.

–Te pega mucho –dijo Lisa–. Es una pena que a ella no le impresiones lo más mínimo.

–Parece que no impresiono a muchas mujeres por aquí –masculló David–. Lisa… Podrías echarme una mano. Me parece que tiene una fuga.

Esta vez Lisa se echó a reír, pero David no se sintió satisfecho.

–Creí que la fontanería era tu especialidad –bromeó la mujer–. Perdona, David, pero no me ocupo de bebés.

Aquello era demasiado. David salió de la sala y se dirigió hacia otra habitación, sintiéndose alarmado e inútil. La niña no paraba de llorar y él necesitaba una enfermera desesperadamente. Pero no había nadie a la vista, salvo… la señora Judd.

Era gracioso lo reconfortante que podía ser una colcha rosa.

–¿Señora Judd? ¿Sabe algo de bebés?

–Algo debería saber, querido –su voz era aguda, pero

inmensamente grata–. He tenido ocho hijos.

El sábado por la mañana resultó un buen momento para recuperar el retraso con el papeleo del hospital. Resultó también un buen momento para robar una inolvidable imagen de Lisa en la unidad de cuidados intensivos. Él y Mike habían pospuesto su noche de borrachera en favor de una comida. Mike lo había sugerido al final de la noche anterior, después de agradecerle a David que cuidara del bebé.

–No fue molestia –le aseguró David. Y no lo había sido después de descubrir el talento de la señora Judd. Mecida por los inmensos brazos, la niña se había quedado dormida al instante y no se había despertado ni al regresar al tenso abrazo de David, horas más tarde.

Ojalá Lisa hubiera visto su regreso triunfal. Pero allí estaba de nuevo por la mañana, sin vaqueros, con el impecable traje de chaqueta de mujer segura de sí misma y su sonrisa serena y fría. Estaba perdido. Incompetente con los coches y un inútil con los niños. Para colmo, su amigo Mike no lo ayudó a sentirse mejor.

–Perdona, pero no puedo comer contigo. He prometido ocuparme de Sophie para que Anne se quede con su madre. Ha respondido muy bien a los medicamentos. Llamé a Anne esta mañana y no se lo podía creer. Estaba emocionada.

Mike también parecía emocionado. David hubiera querido compartir su felicidad, pero su día iba cuesta abajo. Salió de la unidad, pensando que las cosas no podían empeorar, pero entonces se abrieron las puertas del ascensor y supo que ya lo habían hecho.

–¡Davey! Te estaba buscando.

Su hermana pequeña, Melanie, salió del ascensor y el corazón de David dio un vuelco. Si había venido a verlo tan lejos sin duda tenía problemas más graves que los habituales.

–¡Mel! ¡Qué guapa estás! –David se resignó a su suerte y tendió las manos. Su hermana estaba muy guapa. Melanie era tan alta como él y tenía el mismo cabello rizado, que en ella no era un handicap. Por el contrario, había sido su mejor baza en su breve coqueteo con la carrera de modelo. Una cabellera larga y desordenada, a juego con su gran sonrisa y una personalidad arrolladora. Mel se había separado ya de su abrazo y le había

tomado de la mano.

–¿Dónde está tu despacho, hermano? Tengo algo muy importante que contarte.

–Ya me lo imagino –David sonreía mientras se dejaba arrastrar–. Por aquí.

Tenía siete años más que Melanie y siempre le había encantado el papel de hermano mayor, intentando ser la influencia estable que su hermana necesitaba. Miró con desaprobación la minifalda minúscula de cuero negro y las botas altas que llevaba. En cuanto al top diminuto… solo entonces se dio cuenta de que llevaba un anillo en el ombligo.

–¡Mel! –gimió–. ¡Eres increíble!

–Ya lo sé –sonrió su hermana, sin el menor arrepentimiento–. Yo también te quiero.

Mel nunca había hablado en voz baja. David comprendió de pronto lo que podía suponer para su tremenda reputación el verse arrastrado por aquella mujer impresionante. El pensamiento bastó para que mirara con temor la puerta junto a la que pasaban.

La expresión de Stephen sugería que aquella era la escena más entretenida que había visto en mucho tiempo. Por desgracia, la expresión de Lisa sugería algo muy diferente. Consternado, David se dijo que era objeto de una conspiración para hundirlo. Cada vez que sentía que estaba ganando la estima de la doctora, algo le hacía caer. Lisa estaba junto a su paciente, con la confirmación absoluta de su pésima opinión dibujada en su hermoso y expresivo rostro.

El lunes siguiente, David había logrado olvidar el incidente e incluso se había convencido de que el mal humor de Lisa nada tenía que ver con él.

Su tono era cortante y formal y eso que llevaban una hora reunidos. También evitaba el contacto visual. Algo la molestaba y David no podía imaginarse qué era, y tampoco iba a preguntárselo. Ya recibía bastantes críticas como para meterse en terreno minado.

Por otra parte, podían trabajar juntos y el diseño del proyecto avanzaba rápidamente. Ya habían establecido los criterios para seleccionar a los pacientes y habían elaborado una lista de los factores de riesgo.

–¿Con cuánta claridad quieres definir el daño cerebral? –preguntó David tomando notas en su libreta–. ¿Hacemos una lista?

–No, prefiero una descripción simple. Con dos tipos de daños. El más grave, daños fatales, infarto, estupor o coma.

–¿Y el segundo tipo?

–Cualquier deterioro en las funciones cerebrales. Confusión, agitación, desorientación, pérdida de memoria, etc., sin evidencia de una lesión precisa.

–Es un poco arbitrario –señaló David–. Algunos pacientes experimentan esos síntomas como consecuencia de cualquier operación.

–Ya lo sé –Lisa habló en tono defensivo–. He establecido una lista neurológica con sus plazos que nos permitirá ver qué es y no es significativo. Y tenemos los escáners.

–¿En qué momento?

–Uno antes de la intervención, otro a los tres días y uno más a las dos semanas. Se puede hacer otro seis semanas después.

–¿Y te han dado permiso para eso? ¡Vaya! –David estaba impresionado.

–La empresa farmacéutica es muy generosa. Pueden llegar a ganar mucho más con Neurosil. He traído los presupuestos –Lisa buscó otra carpeta entre el montón.

–¿Puedes prestármelo? –dijo David mirando el reloj–. Son las ocho. Creo que es hora de que lo dejemos.

–Claro –Lisa se puso de pie al instante, como si se alegrara de perderlo de vista–. Espero no haberte retrasado.

–En absoluto –David observaba a Lisa mientras esta recogía sus papeles. Estaba tensa, pero no tan irónica como de costumbre. Había una inseguridad de fondo que despertó su curiosidad–. He decidido pasar una noche tranquila. Tengo que recuperarme del fin de semana.

–Ya me imagino –Lisa no lo miró, pero David supo por instinto que allí estaba el núcleo de su frialdad. Decidió ir un poco más lejos.

–Melanie es una compañía agotadora –siguió–. No he pegado ojo –y así era. Su hermana no había parado de hablar del nuevo amor de su vida. Un minero australiano que era fantástico, con el que se iba a casar, y que la tenía entusiasmada.

–Ya –la atención de Lisa parecía anclada en los papeles que ordenaba–. Parecía bastante… enérgica. Aquí está la lista neurológica. Puedes mirarla también.

David ignoró el documento que le tendía. Lisa parecía desaprobar a Melanie. Incluso hubiera jurado que estaba celosa. Pero no podía ser.

–También ha resultado un fin de semana un poco caro –dijo sin ton ni son, aunque era verdad. Melanie necesitaba dinero para ir a Australia a ver a su minero y David había cedido finalmente. Sabía que debía decirle a Lisa que Melanie era su hermana, pero la intuición de que la doctora estaba enfadada por su relación con otra mujer lo intrigaba y complacía.

–Seguro que valió la pena el gasto –por fin, Lisa miró a David a los ojos. David sostuvo su mirada, preguntándose qué había detrás del enfado de Lisa.

–¿Y tú? ¿Has tenido un buen fin de semana?

–Estupendo, gracias. Estuve esquiando con Sean Findlay.

–¿Cómo? –David exclamó su sorpresa y Lisa lo miró con similar desconcierto.

–¿Qué pasa?

David tragó saliva. ¿Qué le pasaba? ¿No sería él el que estaba celoso? Quizás Lisa buscara aquella clase de relación.

–¿Conoces mucho a Sean?

–Lo suficiente. Esquía muy bien. Cuando podemos subimos a las montañas.

Esquiar no era lo único en lo que Sean Findlay era bueno. ¿Debía decírselo? Él mismo se había enterado por la mañana. Había querido llevar a Melanie al aeropuerto, pero su coche no había arrancado, a pesar de la factura del garaje. Había tardado en encontrar un taxi y cuando por fin se disponía a salir para el hospital había coincidido con su vecino.

David no tenía nada contra las hazañas sexuales de Sean, pero la idea de que pasara fines de semana con Lisa Kennedy le ponía enfermo. No podía ser la clase de relación que ella quería.

–Verás, es que –David vaciló–… Algunos hombres, como sabes, solo buscan… relaciones superficiales –carraspeó–… No hubiera pensado que era tu tipo –dijo finalmente.

–¿Y cuál es mi tipo? –Lisa parecía indignada–. ¿Alguien como

tú?

David se sintió inexplicablemente nervioso. Él se había metido en aquel lío, por hacerse el listo. Y ahora no sabía cómo salir, aunque tenía un deseo irrefrenable de contestar afirmativamente. Por suerte, no tuvo ocasión.

–¿Qué problema tienes, David? ¿Melanie ha vuelto a los estantes de la biblioteca?

–¿Cómo? –David no captó la ironía–. No, se ha marchado a Australia. Solo venía a pasar el fin de semana.

–¿Y tienes la cara de acusarme a mí de tener relaciones superficiales? –la sonrisa de Lisa era heladora.

–¡Pero es diferente! –exclamó David.

–¿Por qué?

–Porque… porque eres una mujer –David se sentía escandalizado. La igualdad estaba bien, pero no tanto–. Las mujeres buscan relaciones más profundas –y si Lisa no era así, ¿por qué se había burlado de Lewis y de su anillo?

–¿En serio? –Lisa simuló el mayor asombro–. Lo has olvidado, David, soy una cardióloga, no una mujer.

–Me rindo –David sonrió y alargó las manos–. Tú ganas, como siempre –podía haber ganado una batalla, pero la guerra había cambiado de frente. David sonrió un poco más. Lisa estaba celosa… ¡de Melanie! Le gustaba la idea. Mucho.

–¿Qué te parece si nos vemos, pongamos que el miércoles? –añadió rápidamente–. Así tendré tiempo de estudiar el presupuesto.

–Por mí está bien –Lisa asintió, contenta al parecer de volver al terreno profesional, pero con aire de sentirse vagamente defraudada–. Me gustaría empezar lo antes posible.

–Podemos seguir ahora, si quieres. Pero cenando.

–No –Lisa miró el reloj–. Voy a ver a Stephen. No ha tenido un buen día. Parece que las funciones renales están empezando a fallar.

–¿Sabemos algo de la mujer en coma?

–Sí –Lisa se mordió el labio–. El marido parece haber aceptado la idea de que no se puede mantener a la mujer artificialmente con vida. Pero ha pedido una noche más.

–¿Y?

El labio de Lisa tembló.

–Considera la donación una mutilación. Se niega a dar su

autorización.

David le retiró una lágrima con el pulgar. Lisa tenía los brazos cargados de carpetas y no pudo soportar la visión de aquella solitaria lágrima en su mejilla. Su voz era un susurro.

–No podemos ganar todas las batallas.

David se sorprendió por la elección de las palabras. Se parecía demasiado a su propia descripción de su relación. No quería que Lisa perdiera ninguna batalla.

–Todavía no hemos perdido, Lisa –sus dedos seguían rozando la mejilla de la mujer–. Todavía no.

Siguiendo el rastro de la lágrima, había alcanzado el labio de Lisa. ¡Era tan suave! Sintió un deseo feroz de detener aquel temblor con un beso. David se inclinó hacia ella. Estaba tan cerca que podía tocarla. Pero el suspiro de Lisa rompió el embrujo. Eso y su huida. David la siguió sin querer, como si Lisa se estuviera llevando algo de sí mismo. Se detuvo en su puerta y se quedó pensando. ¿Nosotros? ¿Había dicho realmente «todavía no hemos perdido»? Aquella no era su batalla. David tomó su bata blanca y salió del despacho. Había comprendido que estaba metido hasta el cuello en aquella guerra. Y se negaba a perderla.

Entra por la derecha del escenario el cirujano. El héroe del día. Pero David no se sentía en absoluto heroico, sino humilde, una sensación poco habitual y que le hacía parecer más serio que en otras ocasiones.

Stephen estaba tumbado sobre varios almohadones, con una máscara de oxígeno que no ocultaba el color grisáceo de su piel y la mirada desesperada de sus ojos abiertos. Una mirada que repetían como espejos los ojos de sus padres sentados junto al lecho. La misma que había en las tres mujeres jóvenes, sus hermanas presumiblemente, y sobre todo en Lisa de pie junto al grupo. David había apartado las cortinas para entrar, lo que aumentaba la sensación teatral de la escena. Ahora su audiencia esperaba sus palabras.

Tenía una hoja en la mano.

–Esto es una autorización para la operación –dijo, con timidez. Tragó saliva y habló con mayor firmeza–. Para un trasplante.

Tenemos un donante.

El silencio y la falta de expresión del grupo le puso en guardia. La atmósfera era tan espesa que podía cortarse y David rompió la tensión al comenzar a sonreír. De pronto todos sonrieron y comenzaron a hablar a la vez. Hablaban, reían, se abrazaban y lloraban. Los brazos soltaban un cuerpo para abrazar otro. Las hermanas abrazaban a Stephen y a los padres por turnos. Todos abrazaban a Lisa. David los miraba con una sonrisa idiota en su rostro. Cuando Lisa abrazó al joven paciente, fue demasiado. David sintió que le picaban los ojos y se apartó. No podía comprometerse tanto en aquel momento. Él era el responsable de la cirugía y tenía que estar tranquilo. Masculló alguna excusa y salió de la escena. En el pasillo, respiró hondo y cerró los ojos para contener la emoción. Percibió los pasos rápidos de alguien, pero no estaba preparado para la fuerza con la que unos brazos se colgaron de su cuello.

–¡David! Gracias, eres increíble.

David sonrió al arrebolado rostro que lo miraba.

–Ya era hora de que te dieras cuenta, Lisa. Tú tampoco estás mal –la abrazó con firmeza. Sentía la curva de su espalda y la presión de sus senos. Sintió, mucho más abajo, la mordedura del deseo y no quiso negarlo. La deseaba y tenía que alejarse de ella, antes de que percibiera su inoportuna reacción.

Lisa lo soltó cuando se movió. No se había dado cuenta y seguía sonriendo con felicidad.

–¿Cómo lo has conseguido? ¿La autorización del marido?

–Ya te lo contaré. Ahora tengo que hacer los preparativos. Hay que reunir una serie de firmas de la familia.

–¿Hemos reservado el quirófano?

–Los dos quirófanos –asintió David–. Mañana a las siete. Gerry es el anestesista. Alan va a ayudarme. A Lewis no le molestó cedernos su turno.

–¿En serio?

David sonrió.

–No, pero lo convencí.

–Debes ser extraordinariamente persuasivo –murmuró Lisa.

–Oh, lo soy. Ya lo descubrirás.

David regresó a la sala. Esperaba que Lisa lo descubriera. De alguna manera tenía que persuadirla para que entrara en su vida. Y

en su cama.

Pronto.

# Capítulo 6

CREO que es hora de irnos a la cama.

–Exactamente lo que estaba pensando –David podía sentir la vibración del deseo. Si Lisa alzaba la vista y sus ojos se encontraban, surgiría la llama. «Mírame, Lisa», rezó en silencio. Daba lo mismo que fuera medianoche y que ambos llevaran toda la tarde trabajando. Nunca se había sentido menos cansado.

Lisa suspiró pesadamente.

–No puedes evitarlo, ¿verdad, David?

–¿El qué?

–Flirtear –no alzó la vista, pero su expresión era de decepción–. No puedes dejar pasar una oportunidad. Es tan automático en ti como respirar.

–A algunas mujeres les gusta.

–Oh, no lo dudo –la mirada de Lisa era tan altiva como su tono–. He notado cómo las enfermeras se matan por ayudarte. Siempre tienen a mano lo que necesitas, los resultados siempre están a tiempo. Incluso tus pacientes siempre están en la cama cuando haces la ronda.

David sonrió. No podía negarlo. Y había olvidado mencionar a su secretaria.

–Incluso tu secretaria es un elemento que hay que tener en cuenta –prosiguió Lisa–. ¿Sabes que se coló ayer para hacer unas fotocopias? Me dijo que tú necesitabas cierto informe.

–¿En serio? –David pensó en regalarle a Sue unos bombones, pero intentó poner cara de pesar.

–Yo sigo esperando unas actas que debería haberme enviado hace dos semanas. ¿Y qué me dices de la señora Judd?

–¿Qué pasa con ella?

–No me ha dejado examinarla esta mañana. Quería seguir paseando por el pasillo. Y se negó a volver a la cama hasta que te encontró y estuvo un rato charlando.

–Te juro que no he estado coqueteando con la señora Judd. Tuvimos una charla muy interesante, sobre bebés.

–Pues conmigo no funciona, David James, te lo advierto.

–¿Por qué no? –David sentía una genuina curiosidad–. Este es un trabajo muy duro, Lisa. Ayuda a aligerar el ambiente. Tienes sentido del humor, lo sé porque te he oído reír muchas veces. No creo que sea malo hacer que la gente se sienta atractiva y apreciada.

–Pero lo haces con mujeres y tus comentarios siempre aluden al sexo.

–Mis inclinaciones me llevan en esa dirección, es cierto –bromeó David.

–Es machista y pasado de moda –le regañó Lisa–. Y ese juego hace más difícil la carrera de una mujer. ¿Cuántas cardiólogas conoces, David?

David pensó un momento.

–Hay una mujer muy brillante en la clínica Mayo y…

–Exacto. Es un campo muy arduo para una mujer. Yo intento tener éxito, David, amo mi carrera. Por eso no puedo permitirme ese tono. A las mujeres nos desvaloriza.

David recordó de pronto su primer encuentro, sus bromas sobre el placer de trabajar con ella y sobre corazones rotos. Podía escribir un manual sobre cómo meter la pata con Lisa Kennedy. Y sin embargo, no parecía odiarlo. Más bien le estaba enseñando el camino correcto. Perfecto. Podía modificar más cosas que sus técnicas de cirugía.

–Lo he comprendido. Intentaré no flirtear.

–Seguro –sonrió Lisa–. Me basta con que no lo hagas conmigo.

–Pero ser amigos no puede ser malo. Mira la cooperación que hemos establecido en beneficio de Stephen. Creo que ya lo tenemos todo bien atado.

Lisa asintió de buen grado, pero sus ojos estaban llenos de preocupación.

–¿Has pedido la sangre?

–Tenemos unidades de sobra, células, plasma –recitó David–. Creo que todo está bajo control.

Lisa guardó silencio un momento y luego suspiró tristemente.

–Es maravilloso para Stephen, pero no me gusta perder de vista la otra cara. ¿Cómo se llama la donante?

–Stephanie Barry. Otra casualidad, su nombre. Su marido es Greg y llevan casados tres años. Ella tiene veinticinco años.

–¿Qué le pasó?

–Un accidente estúpido. Habían estado de juerga, celebrando una promoción de Greg y al volver a casa, Stephanie tropezó y se golpeó la cabeza con el picaporte. Insistió en que no era nada, se tomó una aspirina y se metió en la cama. Debió tener un derrame grave durante la noche y Greg no pudo despertarla a la mañana siguiente. Se siente horriblemente culpable, claro. Y ella era una mujer preciosa… –David carraspeó.

–¿Cómo lo convenciste?

–No estoy seguro. Después de hablar contigo, estuve en la unidad y tuve suerte. Greg necesitaba hablar y me contó la historia. Cuando terminó, le ofrecí contarle otra historia y aceptó –David hizo una pausa–. Le conté una versión de tu presentación del otro día. No tan bien expuesta, pero bastó.

Lisa asintió. Su sonrisa era cálida.

–Gracias de nuevo, David. Hiciste algo muy hermoso.

–¿Me merezco otro abrazo?

La mirada de la mujer se enfrió.

–¿Ya te has olvidado?

–Perdón. Ha sido un lapsus momentáneo, lo prometo.

–Espero que no seas amnésico –Lisa se puso en pie–. Duerme bien, David, mañana va a ser un gran día.

No solo para ellos, al parecer. Desde el momento en que David puso el pie en el hospital, apenas seis horas más tarde, pareció que ningún otro acontecimiento tenía la menor importancia para nadie. El hospital entero vibraba por la emoción del primer trasplante de corazón y David empezó a sentir cierta aprensión que no era propia de él.

Su visita a Stephen Taylor y su nerviosa, pero emocionada

familia fue un agudo contraste con lo que sucedía en cuidados intensivos. No había ninguna esperanza entre los parientes de Stephanie Barry. Solo una resignación que ocultaba el principio de un duelo que hasta ese momento se había pospuesto. La visita fue dura, pero David sentía que la joven y su familia merecían ser tratados como el resto de los pacientes antes de una intervención.

La misma triste dignidad pareció contagiarse al resto del equipo cuando David entró en el quirófano para operar a la joven, mientras que Alan Bennett, en el quirófano gemelo, preparaba ya a Stephen, colocándolo en el corazón artificial.

El quirófano de Stephanie estaba lleno de gente. Un equipo de urólogos se mantenía a la espera, listo para recibir sus riñones y otros órganos que podían ser trasplantados a varios pacientes en lista. Todo el mundo guardaba un respetuoso silencio mientras David realizaba su triste tarea.

Realizó el primer corte y abrió el pecho, dejando que el otro equipo se ocupara de los riñones. Luego metió la aguja en la aorta y señaló al anestesista que activara la sustancia que debía enfriar el corazón. Dos minutos después, David partía las arterias y venas principales y extraía el corazón. Lo colocó inmediatamente en una solución salina para mantenerlo helado y se dirigió hacia el quirófano vecino, dejando a su asistente para cerrar el cuerpo y darle el mejor aspecto posible.

Al llegar a ese punto, David no podía permitirse seguir pensando en la donante. Tenía que concentrarse en preparar el corazón, una tarea que llevó a cabo en una mesa junto a la de Stephen. El cambio en el ambiente lo ayudó mucho. Allí todo el mundo estaba concentrado en el aspecto positivo del drama.

Después de lavarse las manos, se dispuso a realizar la segunda parte: extraer el corazón de Stephen. Comenzó por felicitar al otro cirujano:

–La cánula está perfecta, Alan –dijo–. Vamos allá.

Se concentró en la tarea mientras Gerry le indicaba que no había problemas con la presión. Sacó el corazón enfermo del muchacho, sintiendo el sobresalto habitual al ver un cuerpo desposeído de su órgano vital. Aquello era algo verdaderamente extraordinario.

La atmósfera del quirófano cambió de nuevo cuando David comenzó la implantación.

–Esto es lo más fácil –anunció al equipo–. No es más que un poco de fontanería imaginativa –rompió el silencio tenso de la sala y comenzó a trabajar comentando lo que hacía en beneficio de los demás médicos que lo observaban.

–Comenzaremos con la vena pulmonar, suturar, gracias –David colocó un punto diminuto.

Todo el equipo trabajó brillantemente. David se alegraba de poder confiar en Gerry, dejando que vigilara las constantes vitales del paciente mientras él se concentraba por completo en suturar las venas. El trabajo era minucioso y largo, y en una ocasión se echó hacia atrás para estirar los músculos, consciente de la tensión de su cuello.

Pidió una jeringuilla para evacuar aire del ventrículo izquierdo y luego de la aorta, para disminuir las posibilidades de embolia posterior a la intervención.

Cuando David dio la última puntada, el corazón nuevo de Stephen comenzó a actuar, pero sin ritmo y sin fuerza. Una enfermera se acercó, con las palas diminutas que se utilizaban para la desfibrilación directa. David esperó, mirando el corazón hasta que dio una sacudida más vigorosa y Gerry habló con tono de triunfo:

–Tenemos ritmo sinusal, amigos.

–¡Sí! –David sonrió y se irguió.

El murmullo excitado de la conversación rompió en la sala. David hizo un gesto al equipo técnico responsable de la tecnología del corazón artificial.

–Empieza a ventilar, Gerry. Vamos a sacarle del corazón artificial.

Por fin terminaron. Stephen había superado el momento más difícil. Quedaban muchos riesgos, pero el resto del trabajo era rutina, observación y medicación para evitar el rechazo.

El dolor de espalda de David no mejoró con la palmada que le dio Gerry y el abrazo de Alan y de otra docena de médicos y enfermeras. Con el deseo de una ducha caliente, David escapó del ambiente festivo, observando cómo el quirófano vecino estaba de nuevo en plena actividad debido al trasplante de riñón. Un rato después, sin quitarse la bata, se dirigió a la habitación donde se recuperaba Stephen. Lisa ya estaba a su lado.

–¡Tiene muy buena cara! –exclamó Lisa con emoción–. La familia espera fuera. ¿Te importaría hablar con ellos?

Lo hizo. No había logrado llegar a la ducha cuando un equipo de la televisión local entró en la sala.

–¿Le importaría concedernos una breve entrevista, doctor James? –y al ver que David vacilaba–. Cuéntenos cómo ha ido el primer trasplante de corazón de Christchurch.

–No creo que la familia desee tener publicidad. Creo que la intimidad de mi paciente debe respetarse –declaró David.

–No nos importa –la que habló era la madre de Stephen–. Esto es un acontecimiento histórico y puede ser nuestra única posibilidad de dar las gracias a la familia del donante.

La cámara se dirigió hacia la mujer.

–¿Puede repetir eso, señora…?

David no pudo escapar. Todo el mundo quería felicitarlo. La televisión no hablaba de otra cosa y las flores y tarjetas para Stephen se amontonaban en el pasillo. Incluso Greg Barry, el marido de la joven donante, había sido identificado por una televisión. David había montando en cólera ante la invasión, pero extrañamente, Greg deseaba hablar.

–Me ha ayudado mucho tomar la decisión –explicó Greg a David cuando el cirujano lo llamó para pedirle disculpas en nombre del hospital–. No me importa que la gente lo sepa. A lo mejor ayuda a otros a darse cuenta de que algo bueno puede salir de una tragedia.

Era indudable que la noticia había permitido reavivar el debate sobre donaciones y había impulsado las llamadas de donantes en vida. En cuanto a Stephen, lo estaba haciendo bien. Tenía buen color y sus funciones renales se habían recuperado.

Por la tarde, David se escapó para tomar el aire. El parque que bordeaba el río, junto al jardín botánico, era un lugar ideal para relajarse y soñar. Se sentía mucho mejor cuando volvió al hospital. Al atravesar el aparcamiento reservado al personal, se detuvo ante la linea seductora del deportivo de Lisa. Pasó el dedo por la brillante pintura roja y se inclinó a mirar el interior.

–¿Te apetece un paseo?

La voz irónica de Lisa le sorprendió. David se apartó del coche.

–No me importaría. Pero tengo que hacer un informe. ¿Te marchas?

–Sí, ha sido un día duro. Necesito descansar y no hacer otra cosa que ver la televisión. Al parecer también eres la estrella del día.

David se sintió cohibido. El tratamiento cardiológico y la lucha de Lisa habían sido completamente ignorados en favor de la dramática intervención. Toda la fama era para el cirujano. Como siempre.

–Todo el mundo está impresionado –dijo Lisa mientras sacaba las llaves.

–Todos menos tú –David se acercó a la mujer y se interpuso entre ella y la portezuela.

–¿Por qué te importa lo que yo piense? –Lisa parecía desconcertada.

–Ojalá lo supiera –miró el rostro que llenaba sus noches de insomnio y sus sueños diurnos–. Eres la mujer más dura, cabezota y orgullosa que he conocido –tomó aire y decidió seguir–. También eres la más atractiva y excitante.

El tono de Lisa era llano.

–Quieres acostarte conmigo.

–Claro que quiero –pero incluso al decirlo, David supo que las palabras no expresaban cómo se sentía. No solo quería sexo. Quería estar con ella como nunca había deseado estar con ninguna mujer.

–¿Por qué no lo pides?

–Claro –David se molestó por su frialdad–. Eso me hubiera ido bien. Incluso mejor que coquetear contigo.

–Hubiera sido más sincero y quien sabe –algo brilló en el fondo de sus ojos negros–… Habría podido decir que sí. ¿Por qué no me lo preguntas ahora?

–¿Y que me apuntes en tu lista? No, gracias.

–¿No es eso lo que son tus conquistas para ti? –preguntó Lisa con calma–. Una diversión y luego un problema hasta deshacerte de ellas, de forma muy amable, claro está. Ojo por ojo, David.

–Esto es diferente.

–¿Por qué?

–Porque me siento diferente –David apoyó la mano en la puerta del coche. No iba a permitirle que huyera–. No quiero ser un número más. Quiero contar para ti.

–Pero no quieres que cuente para ti.

–¿Cómo lo sabes? –David alzó la voz. Se sentía dividido entre el deseo de explicarle lo que sentía, lo importante que le parecía aquello y el temor a que su reacción lo echara todo a perder. Le costaba un esfuerzo enorme expresarse y era típico de Lisa ponerse a discutir sobre sus sentimientos.

–Te vi hablando con Mike el otro día, cuando te contó que quiere volver con su mujer. Te hablaba de las maravillas de la vida familiar y tú lo mirabas con expresión de espanto.

–Porque van a cambiar mucho las cosas entre nosotros. Lo veré mucho menos.

–Así que buscas otro compañero de juegos. Está bien, pero te engañas si crees que buscas algo especial. No quieres casarte y desde luego no quieres hijos.

–Tú tampoco.

–Es cierto, no quiero.

–¿Cuál es el problema, entonces? Somos perfectos el uno para el otro. Te deseo, Lisa, y pienso que quizás –David se acercó más, y observó sus pupilas dilatadas con satisfacción–… Quizás tú también me deseas a mí.

–No en tus términos.

–¿Qué términos?

–Los términos de «algo especial». Especial significa que debe durar. Una relación que se desarrolla y lleva a algo más. Normalmente a vivir juntos y tener hijos.

–No necesariamente.

–En ese caso, «algo especial» significa una relación que va a causar mucho dolor cuando se acabe.

–¿Y por qué debería terminarse?

–Porque no hay compromiso. ¿Para qué iniciar algo que no va a ninguna parte o que va de cabeza al desastre? Eso es algo que procuro evitar.

David se sintió atrapado por una paradoja. No podía ganar con Lisa si ofrecía alguna forma de compromiso. Tampoco podía acostarse con ella sin hacerlo.

–¿Piensas seguir evitándolo?

–Sí.

–A lo mejor hay algo más que debes considerar.

–¿Qué?

–Esto –David le pasó la mano por detrás de la nuca y acercó su cabeza. Su gesto fue suave, pero firme. Al mismo tiempo, inclinó la cabeza y tomó su boca con una determinación que nunca antes había sentido.

Esperaba alguna forma de resistencia, una bofetada o incluso una patada, pero el temor a las consecuencias se disolvió en el instante en que rozó aquellos labios. Eran más suaves de lo que había soñado y más delicioso su sabor. Necesitaba más. Tomó su rostro entre las manos y se sintió incapaz de poner fin al beso. Al sentir la lengua de Lisa contra la suya, le invadió una oleada de calor y un sentimiento de triunfo.

Con un autocontrol que nunca hubiera creído poseer, David interrumpió el beso.

–Piénsatelo, Lisa Kennedy –su dominio de sí mismo permitió incluso que hablara con ligereza–. Si esto no es algo especial, no sé qué puede serlo.

A falta de otra cosa, el beso al menos la habría hecho pensar. David no buscó a Lisa durante el resto de la semana. Tenían tanto trabajo que incluso su cita para seguir con el proyecto debió posponerse.

La atención de los medios hacia el trasplante había decaído y Stephen se encontraba cada vez mejor. La ventilación mecánica pudo pronto ser reducida y eliminada. No aparecieron problemas en la sangre y las funciones respiratorias, cardiacas y renales eran satisfactorias. Stephen empezaba a soñar con volver a casa, aunque aún debía permanecer en observación unas semanas. Mike y Lisa le habían hecho la primera biopsia para analizar cualquier señal de rechazo. El resultado había sido excelente.

El miércoles por la mañana, David tuvo varios casos de problemas pulmonares, en particular un joven con una lesión menor que sin embargo sufrió complicaciones. Más tarde, tuvo que volver al quirófano por un accidente de coche. Estuvo horas luchando por salvar a un paciente hasta que tuvo que reconocer que lo habían perdido. A las cuatro de la mañana, David volvió a su casa, necesitado de sueño.

Estaba deprimido. Le esperaba otro día muy cargado e incluso el fin de semana no prometía tranquilidad. Estaba a una semana de la conferencia de Queenstown y David no había empezado a preparar su ponencia. Se sentía solo. Quería hablar con alguien de cómo se sentía cuando alguien se dejaba la vida en el quirófano.

Sabía que nadie podía entenderlo como Lisa. Nadie más tenía un grado tan alto de pasión y compromiso hacia su carrera. Lisa era como él y hablar con ella podría acercarlos. Gerry tenía razón. Los malos momentos son los que realmente cuentan, los que hacen crecer una relación. Las diversiones se olvidaban pronto.

¿Qué diversiones?, pensó David burlándose de sí mismo. ¿Un beso? La actitud de Lisa había cambiado, sin duda. Era menos combativa, pero también había en ella una cautela nueva. No había dado ninguna señal de querer ampliar su relación profesional a algo más personal y se había comportado como si fuera decisión de David posponer su reunión.

–Hazme saber cuando tengas tiempo –había dicho fríamente–. Seguro que yo estoy disponible.

Disponible, seguro. David se sentó en el borde de la cama, con los hombros caídos y un picor de ojos provocado por la falta de sueño. Disponible para el sexo, quizás. Pero eso no le bastaba. Quería algo más. Quería formar parte de su vida y quería que ella deseara su compañía. Quería… ¡Por Dios, no! Quería casarse con ella.

–Estás agotado –se dijo en voz alta, echándose agua fría en la cara. Agotado y sensible. Había sido una semana de emociones fuertes. ¡Pero de ahí a pensar en casarse! Era lo último que deseaba. Era lo último que Lisa deseaba. Podía ver su risa incrédula ante tal proposición. Y podía oír una respuesta del tipo de «¡Ni lo sueñes!»

David se enfadó con solo pensarlo. Se dijo que al fin y al cabo había sido idea suya. Se merecía cualquier reacción por una idea tan imbécil. De pronto se enfadó de nuevo con Lisa y hasta sintió lástima de Lewis Tanner y su anillo.

La solución era sencilla. No debía hacer nada. Se suponía que los hombres eran muy buenos haciendo que sus cabezas dominaran a sus corazones. Sabía que cada vez le iba a costar más olvidarse de Lisa y que ella había declarado no desear ninguna relación especial. David suspiró pesadamente y entró en la ducha. Eso era todo: no

debía dejar que nada comenzara entre ellos, o terminaría hecho polvo.

Pero sabía, incluso mientras el agua caliente despejaba su cabeza, que ya era tarde para dar marcha atrás. Aquello había empezado el día que puso sus ojos sobre Lisa, aunque lo hubiera negado un tiempo. Lo mejor que podía esperar era la lenta muerte de una semilla que no recibe alimento. Él mismo había esperado a veces que alguna de sus novias sintiera aquella frialdad y se olvidara de él.

Por vez primera, sabía lo que habían tenido que pasar. Decidió, con sinceridad, no volver a coquetear en su vida. El recuerdo de sus novias pasadas no lo animó. ¿Por qué no se habría enamorado de una de ellas? Una chica que lo quería y se alegraba de estar con él. Pero no. Había tenido que enamorarse de una mujer difícil, exigente, fría y que rechazaba su amor y no quería su compromiso.

La única que no deseaba lo que se sentía capaz de dar por primera vez en su vida. Un compromiso que fuera más allá de la amistad erótica. Un encuentro de dos almas y no solo de dos cuerpos. Algo que, como comprendió David amargamente, no podría volver a ofrecer a ninguna otra persona en el mundo.

# Capítulo 7

AHORA el recelo era compartido.

Se observaban a distancia. Cuando sus órbitas se cruzaban, creaban una tensión que igual hubiera podido resolverse en un estallido de ira que de pasión insensata. Por fortuna, la presencia de otras personas evitaba la colisión y David ponía tanto empeño como Lisa en no quedarse a solas con ella.

Le había escrito una nota, aprobando el presupuesto del proyecto y pidiéndole que hiciera los preparativos necesarios para presentarlo ante el comité de ética. Lisa había respondido al momento, también por escrito. A lo mejor conseguían realizar el proyecto por correspondencia.

Ambos tenían mucho trabajo. David estaba luchando para que el departamento gráfico tuviera a tiempo las ilustraciones que necesitaba para su conferencia. Ante la joven que se ocupaba de esa tarea, David había estado a punto de romper su promesa de no coquetear y ganarse con bromas y sonrisas la celeridad necesaria. Pero había resistido la tentación y había optado por hablar con Alan para pedirle que presionara en su favor.

–Claro que sí –sonrió Alan Benett ante el requerimiento y luego se extrañó–. Pero nunca pensé que te costaría convencer a Ginette de que lo terminara a tiempo. ¿Has perdido tu encanto?

–Lisa me ha curado –David respondió en tono humorístico, pero sabía que Lisa tenía razón. Usar la sexualidad en su favor era machista e inaceptable. Era un divertimento que podía hacer mucho daño y David había adquirido un repentino respeto por la fuerza de las emociones. El deseo no correspondido era algo poco recomendable. Era como una gripe fuerte que no mata pero permea

la vida y los sentidos. Quizás bastaría con esperar que se le pasara y confiar en estar vacunado.

Alan miraba a David con abierta curiosidad.

–¿Quieres tomar un café?

David siguió a su jefe al cuarto del personal y ambos se sirvieron café de la máquina. Alan rompió el silencio.

–¿De qué te ha curado Lisa?

–Del coqueteo –la sonrisa de David fue breve–. He dejado de creerme mejor y más sincero que el resto de los hombres. Ella no confía en mí.

Alan rio de buena gana.

–La confianza de Lisa no es fácil de obtener, pero su amistad dura para siempre.

David suspiró.

–¿Por qué me lo está poniendo tan difícil, Alan? Resulta un poco insultante que me juzguen por el mismo rasero que a Lewis Tanner –alzó las cejas con aire interrogativo–. ¿Cómo puedo superar la manía que le tiene a los hombres?

Alan miró a David en silencio. Lo que vio en sus ojos debió decidirle a hablar.

–Lewis no fue el primer hombre que la trató mal.

–¿En serio? –David olvidó el café y se inclinó hacia su jefe y amigo, ansioso por saber más. De pronto el pasado de Lisa le parecía de vital importancia–. La conoces bien, ¿verdad?

–Soy la figura paterna –sonrió Alan–. Aunque no le gustaría que yo dijera eso. No dedica mucho tiempo a su propio padre.

–¿Por qué?

–La madre de Lisa murió cuando ella era pequeña, diez u once años, creo. Y su padre no tardó en remplazarla. Lisa nunca pudo soportar a su madrastra.

–¿Tenía hermanos?

–Dos chicos. Eran más jóvenes y les resultó más fácil adaptarse. Lisa se rebeló, su padre apoyó a su nueva esposa y Lisa se sintió cada vez más rechazada y aislada. No ha conseguido perdonarle a su padre lo que vivió como una traición completa.

–Pero hace mucho de eso. Tiene treinta y uno, creo. Debe llevar años fuera de casa.

Alan asintió.

–Dejó su casa cuando empezó a estudiar Medicina, pero ya llevaba varios años en internados. En la Universidad tuvo una relación importante. Con un estudiante mucho mayor.

–¿Otra figura paterna?

–Puede ser. Para Lisa era una relación muy seria. No sé qué ocurrió, pero fue un desastre. La dejó tan mal que me dijo una vez que no pensaba permitir que nadie se acercara a ella de nuevo.

–Y para colmo apareció Lewis.

Alan volvió a asentir, pero sonriendo.

–Para entonces sus métodos de autoprotección ya estaban en forma. No le dolió, solo confirmó su mala opinión sobre los hombres. Ahora tiene una armadura.

–Ya lo he visto. Impenetrable.

Alan habló en voz baja.

–Ella piensa que es así, pero yo no lo creo. Tiene mucho que dar, pero si vuelven a herirla, se cerrará para siempre –miró a David con aire amenazante–. Lisa es una mujer muy especial, David, no le hagas daño.

–Ya lo sé –David susurró al ver a varias enfermeras que entraban en la habitación–. No tengo la menor intención de herirla –tomó su taza de café y se encogió de hombros–. Tampoco creo que vaya a tener la oportunidad.

La mujer del departamento administrativo sin duda hubiera colaborado con un poco de seducción por su parte, pero David supo que estaba curado cuando ni siquiera lo intentó. Su mes de residencia temporal había transcurrido y David tenía que abandonar el cuarto. ¡Qué podía importarle un problema más! Y le vendría bien dejar de ser el vecino de Sean Findlay. La noche anterior había abierto un resquicio de su puerta, al escuchar voces en el pasillo, para comprobar con alivio y vergüenza que el joven seductor no había convencido a Lisa para que practicara otros deportes que el esquí. Estaba volviendo a la adolescencia a pasos de gigante.

La postal exultante de Melanie no había mejorado su humor. Su hermana le decía que su amor le correspondía, pero que no estaban haciendo preparativos para la boda. De momento iniciaban un viaje juntos a la costa y Mel esperaba una declaración en tan bello paraje.

Queenstown era también una lugar ideal para declaraciones. De pronto David se vio esquiando junto a Lisa, deslizándose por la

nieve blanca bajo un cielo azul. Se detendría de pronto, con un elegante giro que la obligaría a frenar, y le diría: «Lisa, no puedo vivir sin ti, cásate conmigo».

David se estremeció. Estaba muy enfermo. Para empezar porque no tenía ni la menor idea de esquiar. Y ni siquiera estaba seguro de que Lisa fuera a asistir a la conferencia.

–Supongo que las actividades recreativas del domingo la tentarán –le dijo Mike el miércoles por la tarde mientras ambos se disponían a abandonar el hospital.

–Ni siquiera he mirado el programa –David se apoyó en la pared del pasillo–. ¿Qué han preparado?

–De todo. Esquí, excursiones, paseos a caballo, varias visitas culturales.

–Parece que hay más actividad social que médica.

–Claro –Mike sonrió–. ¿Para qué vamos a ir todos a un congreso?

–Supongo que Lisa irá a esquiar –dijo David tristemente.

–Más bien el trineo o las motos. Le encantan los deportes de riesgo.

–¿Ah, sí? –aparentemente no pensaba correr ningún riesgo con él. Después de su conversación con Alan Bennett, David podía entender que el temor a una lesión física fuera mucho menos intenso que la amenaza de una herida emocional. Él mismo compartía su preferencia.

La visión de Lisa, acompañando a un paciente nuevo a la sala provocó en él la habitual punzada, mezcla de emoción y frustración.

–A mí no me interesan –decía Mike en ese momento–. Sé exactamente dónde quiero pasar el domingo por la mañana.

–¿En el hotel?

–En el mismo lugar en el que pasaré el sábado por la noche, después de la cena. En la cama.

–Parece un plan descansado.

–No tanto. Anne viene conmigo.

–¿De verdad?

–Desde luego. Las cosas están mejor que nunca, Dave. La madre de Anne está fuera de peligro y su otra hija viene a cuidarla el fin de semana y se ocupará de Sophie. Vamos a estar los dos solos por primera vez en mucho tiempo. Pero ahora los dos sabemos que esto

va a salir bien.

–Es genial –David sonrió ante el optimismo de su amigo–. Oye, se me ha ocurrido una cosa. ¿Puedo quedarme con el piso que alquilaste durante la separación? Tengo que dejar el cuarto de la residencia la semana próxima.

–Lo siento, pero el casero tenía ya a una persona esperando el día en que le comuniqué mi decisión.

–Vaya –David expresó su decepción, pero de pronto su gesto cambió. El pasillo acababa de llenarse con un grupo nuevo, entre el que destacaba una mujer vestida de novia. David abrió la boca ante la visión de una joven con velo y ramo, rodeada de volantes blancos como un merengue. Era una locura. ¿No podía la gente vivir su vida sin hacer cosas tan arcaicas y absurdas como casarse?

¿Y por qué le perseguía aquella idea? Lo sabía, claro, y la imagen de Lisa vestida de blanco le hizo reír. Mike se volvió a mirar en el momento en que el grupo aumentaba. También subía el volumen de su agitada conversación. Parecían estar discutiendo todos a la vez.

–Vamos a descubrir que está pasando –dijo Mike saliendo de la habitación y dirigiéndose al festivo grupo–. ¿Os importaría entrar en la sala de espera? Hay que mantener cierto silencio. Hay gente realmente enferma por aquí.

La novia se echó a llorar.

–¿Se refiere a papá, verdad? ¿Se va a morir?

Un hombre joven en traje gris la miró.

–No me eches la culpa a mí se se muere.

–No quería que me casara contigo.

–No estás casada todavía, gracias al numerito de tu padre.

–¿Sugieres que mi marido ha simulado un ataque al corazón solo para interrumpir la ceremonia? –exclamó una mujer madura con un elegante traje beis mientras se enfrentaba al novio–. ¡Cómo te atreves! George tenía razón en su opinión sobre ti.

–¡Por favor! –gritó Mike en medio del follón–. Salgan todos. Por aquí.

El grupo se alejó a regañadientes. David miraba la escena fascinado, cuando se fijó en un hombre que avanzaba junto con el deprimido novio.

–¿No lo conozco? –preguntó.

–No creo –respondió el hombre rápidamente.

Otro hombre joven, vestido de padrino, miró a David con curiosidad.

–¿Ha comprado un coche recientemente?

–No lo llamaría un coche –sonrió David–. No se mueve.

–Suele ocurrir y seguro que ha pagado cinco veces su precio.

–¡Es un ladrón! –exclamó alguien.

La mujer del traje beis asintió con énfasis.

–Hable con mi marido, George –advirtió–. Si se recupera. Él le venderá algo decente.

Mike seguía intentando mover al grupo, aunque no podía evitar sonreír ante la conversación. Lisa salió en ese momento de la unidad de cuidados.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Ah, señora Kennedy –la madre de la novia se apresuró a acercarse–. Qué suerte que esté usted de guardia hoy. Para George es una bendición que haya alguien que lo conoce del club de coches antiguos. ¿Puedo verlo? ¿Cree que se pondrá bien? Ha sido el estres, sabe, esto ha sido demasiado para todos.

–Se pondrá bien, señora Hammond. Parece una angina de pecho. No hay señales de infarto. Es una pena que olvidara tomar su medicación.

–¡Se lo dije! –gimió el novio–. Lo ha hecho a propósito.

–¡Y tenía razón! –lloriqueó la novia–. Solo quieres casarte conmigo para trabajar en un negocio honrado.

–¡Será deslenguada! –intervino una mujer iracunda con un vestido fucsia–. Te dije que no era lo bastante buena para ti. Desde que venden BMW se han convertido en unos esnobs insoportables.

–Eso le vendría bien –dijo el padrino a David con objetividad–. Un BMW. Estoy seguro de que mi padre tiene uno para usted.

–¡Si no vendéis más que porquería! –habló la madre del novio.

Lisa parecía asombrada. Mike se reía abiertamente. La novia lloraba incontroladamente y David la observaba con interés antropológico.

–Yo garantizo lo que vendo –decía el padre del novio en ese momento, con una mano en el hombro de David–. Si quiere su dinero, joven, se lo devuelvo hasta el último céntimo.

–Bueno, yo… –David captó la mirada de Lisa y su intento de no

echarse a reír.

–Acepta la oferta ahora que tienes testigos –una nueva voz había intervenido.

–Cállate, Doreen. Esto no tiene nada que ver contigo.

–¡No me hagas callar! Sabes perfectamente que tu hermano es un ladrón. Y tú no eres mejor… engañando a Hacienda.

–¡Doreen, cállate!

–Y estoy segura de que tu sobrino dejó a esta chica embarazada a propósito. ¡Toda tu familia solo piensa en dinero!

–¡No estoy embarazada! –la novia lloró con más fuerza–. Solo creí que lo estaba.

–¡No nos casamos por eso! –protestó el novio–. Yo quiero a Charlene y ella a mí.

–No, ya no te quiero. No quiero casarme contigo –la novia se limpió la nariz con la manga–. Quiero ver a papá.

–Yo también –la señora Hammond pasó el brazo por la cintura de su hija–. Se va a poner muy contento, tesoro. Ya ves, todo ha salido bien. Y no te preocupes por el gasto, no tiene importancia.

David no había dejado de mirar a Lisa durante la discusión del grupo. Ambos estaban sonriendo, pero ya no era por la farsa que se representaba ante ellos. Estaban disfrutando de la diversión del otro. David sintió una oleada de emoción mucho más intensa que la diversión. El sentimiento de cercanía hacia otro ser humano, el placer de ver disfrutar a alguien, una sensación cálida que le llegó al alma.

Por instinto, reconoció el sentimiento. Tenía ganas de hacer oír su propia voz entre el griterío y exclamar: ¡te quiero! La situación era tan absurda que casi parecía apropiado, pero cuando David abría la boca, la señora Hammond tiró a Lisa del brazo para llevársela.

–Llévanos dónde está George, tesoro, queremos verlo.

El velo blanco se alejó flotando. Clive, el vendedor de coches, miró a la novia.

–Pues ya estamos. Vamos a tomar una copa, hijo –olvidando su oferta, apartó la vista de David–. No creo que te gustara vender BMW. No tiene ninguna gracia.

Mike logró empujar a los parientes que quedaban dentro de la sala de espera.

–Iré a mirar si George soporta bien la alegría de la noticia –sonrió a David–. ¿Quieres que le diga unas palabras en tu favor?

–¿Para qué? –durante un segundo David tuvo la insólita idea de que Mike se estaba ofreciendo para hablar con Lisa de su amor.

–El BMW –rio Mike–. No deberías dejar pasar la oportunidad.

–No te preocupes –le aseguró David. No pensaba dejar pasar más oportunidades. Había decidido dejar de evitar a Lisa y por el contrario, buscarla en todo momento. Tenía que convencerla de que podía confiar en él. Tenía que probarle que por nada del mundo la traicionaría.

La conferencia de Queenstown, afamado destino turístico, debería haberle proporcionado cientos de oportunidades, pero lo cierto es que el domingo por la mañana David empezaba a desesperar.

Había viajado en un vuelo fletado para la ocasión y repleto de médicos, entre los que no se encontraba Lisa. El resto del día no había parado un momento entre la apertura, las primeras reuniones y presentaciones de los grupos de trabajo. Después de la comida, David había presentado su ponencia seguida de una mesa redonda que duró casi toda la tarde.

David hablaba entre Mike Foster que presentaba una visión global del estado del diagnóstico en cardiología y otro especialista en enfermedades congénitas del corazón. Él debía poner al día a sus colegas sobre los últimos avances en intervenciones quirúrgicas. Luego se abrió una ronda de preguntas entre el público. El debate fue vivaz y solo al final David observó a Lisa, sentada al fondo del auditorio junto a Alan.

La empresa farmacéutica que subvencionaba el evento había preparado una velada llena de diversiones. La cena exigía etiqueta y David luchaba con su pajarita de camino al salón, después de haberse dado una ducha rápida al finalizar la última conferencia a la que había querido asistir.

Los salones del hotel estaban decorados con cientos de globos rojos con la forma de corazones. El número de asistentes se había doblado, puesto que se permitía la asistencia de acompañantes y David se sintió decepcionado al comprobar que los asientos habían

sido dispuestos de manera a mezclar a los asistentes de diferentes centros y especialidades. A él le correspondió compartir mesa con un cirujano australiano y su esposa, un cardiólogo de Aukland acompañado por su mujer y su hija y un residente de Dunedin que iba, como David, sin acompañante.

Mike y Anne estaban en la mesa vecina y David tuvo que contener una oleada malsana de celos al comprobar que Alan y Lisa se sentaban juntos, como si fueran pareja. Lisa estaba guapísima. Se había recogido el pelo en un moño alto, cuidadosamente deshecho, y su vestido negro desvelaba lo que en opinión de David era una excesiva cantidad de su hermosa piel bronceada. David suspiró mirando el paté en forma de corazón que les habían puesto de entrada y se preguntó si sería capaz de disfrutar de la cena.

Pero no tuvo más remedio que hacerlo. Habían contratado a una compañía de cómicos con talento suficiente para inventar nuevas bromas y situaciones sobre médicos y cardiólogos, y el ambiente se fue haciendo más alegre mientras los camareros llenaban incansablemente las copas de champán.

Mientras servían el postre de helado en forma de corazón, los cómicos distribuyeron entre las mesas canastas con objetos variados. El juego consistía en que cada una organizara una operación de corazón con los objetos y la explicara al resto de las mesas. David se encontró pronto muy entretenido jugando con globos, clips, cuerdas y otros materiales con los que organizaron una intervención que fue expuesta por el cirujano australiano entre carcajadas del público.

Pero el grupo que más éxito tuvo fue el de Alan, al tumbar a Lisa sobre la mesa con un globo sobre el pecho y explicar con la mayor seriedad su nuevo e improbable método de angioplastia al champán.

Hasta David tuvo un ataque de risa cuando el globo estalló repentinamente y los cómicos se ofrecieron para un trasplante inmediato.

La cena terminó pasadas las doce. David vio como Mike y Anne se marchaban apresuradamente, agarrados de la mano. Ni siquiera tuvo la oportunidad de charlar con Lisa, al verla rodeada de gente que les felicitaba por su genial improvisación. Harto y frustrado, David se deslizó fuera y se encaminó a su cuarto.

El vestíbulo se estaba llenando de gente cuando bajó a la mañana siguiente. David se interesó por la lista de actividades propuestas, pero antes de decidir quería saber dónde iría Lisa. Los grupos se iban formando y se dirigían hacia los autobuses aparcados delante del hotel. La mayor parte de los deportes de riesgo estaban ya completos y no tenía sentido apuntarse a esquiar. Por fin, vio los nombres de Lisa y Alan en la excursión al cañón Skippers y se inscribió apresuradamente, ocupando el único lugar libre en la camioneta de seis plazas. Sería el tercero en discordia, pero prefería eso a no ver a Lisa en todo el fin de semana.

El conductor, un hombre de unos cuarenta años y sonrisa simpática, estaba fumando un cigarrillo apoyado en su autobús. David pensó que sería el primero en tomar asiento, pero el hombre comentó al verlo:

–Vaya, otro cliente. Pensé que todo el mundo se había acobardado.

Por supuesto, era Lisa la que se había adelantado. Y no solo eso: había ocupado el mejor sitio, junto al conductor, disponiendo así de toda la vista.

–Hola –David simuló cierta sorpresa–. Pensé que estarías en la montaña, con tu pasión por el esquí.

No pretendía bromear a su costa, pero el gesto de Lisa se endureció.

–Puedo esquiar siempre que quiero. Además es muy aburrido hacer siempre lo mismo.

–¿Verdad? –David respondió educadamente, pero no estaba de acuerdo. Podía pensar en una actividad que no le importaría repetir eternamente, siempre que le acompañara ella–. Oh, perdona. ¿Habías reservado este sitio para Alan?

Lisa lo miró con curiosidad y luego habló con cierta timidez rara en ella. ¿Acaso se había sobresaltado por el contacto involuntario de sus muslos al sentarse él a su lado?

–Alan ha decidido no venir –dijo Lisa–. Tiene un poco de resaca –sonrió y tomó aire–. Siéntate dónde quieras.

–Aquí estoy bien –afirmó David con mala idea. Se puso más cómodo y observó cómo Lisa desviaba la vista y miraba por la ventana, pero sin intentar apartar la pierna.

El cardiólogo de Aukland que había compartido mesa con David

se acercó en ese momento al chófer.

–Lo siento, pero alguien ha advertido a mi mujer de que este viaje es bastante agitado. Se marea siempre y hemos decidido cambiarlo por una visita al parque natural.

–No importa –dijo el conductor–. A mí me pagan igual –subió al autobús y sonrió a sus dos pasajeros–. Iremos un poco más rápido con menos carga. ¿Alguno de los dos quiere abandonar y darme el día libre?

David y Lisa negaron la posibilidad. El conductor suspiró teatralmente y se dispuso a arrancar.

–Pónganse cómodos. Hay sitio de sobra.

David y Lisa miraron por la ventana mientras el coche arrancaba. Ninguno hizo ademán de moverse.

–Me llamo Harry –el conductor apartó la vista de la carretera lo que pareció un tiempo excesivo para saludar a los dos ocupantes–. Tuve que dejar de ser monitor de esquí cuando me rompí las dos piernas. Echo de menos a las esquiadoras, pero esto es mucho más divertido.

Lisa alzó las cejas y se encontró con la sonrisa de David.

–¿Hay algo sobre este viaje que yo deba saber?

–Es más bien espectacular. He oído decir que pone los pelos de punta.

–Siempre puedes apretarme la mano –se ofreció David galantemente. Esperaba un exabrupto, pero Lisa se limitó a murmurar:

–Lo tendré en cuenta.

David miró su perfil serio y tuvo la tentación de tomar la mano que reposaba en su regazo, pero una exclamación entusiasta de Harry le hizo desistir.

–¡Qué idiotas!

En un antiguo puente, ahora abandonado, un montón de gente se amontonaba a la espera de algo. De pronto, un cuerpo cayó del puente con un grito de terror. La cuerda se tensó y detuvo la caída con una sacudida que provocó nuevos gritos.

Harry aceleró de nuevo, expresando su indignación.

–Me pone enfermo cuando hacen cola para eso. Es muy peligroso.

En pocos minutos, David empezó a preguntarse si ellos habían

elegido una opción más sensata. La estrecha y curvada carretera sin asfaltar parecía esculpida en el cañón y la vista sobre el acantilado cortaba el aliento. Harry iba explicando el paisaje.

–El camino original lo hicieron hace más de un siglo los buscadores de oro. Aún puede verse por allí.

Señaló la ventana, pero David observó que esta vez no apartaba los ojos de la carretera. Quizás era más responsable de lo que parecía.

–¿Hay mucho tráfico en esta pista?

–Bastante. Sobre todo en verano.

–¿Y qué pasa si viene un coche de frente?

–Uno tiene que retroceder –rio Harry–. Es muy gracioso. Hay que tener mucho cuidado con las caídas de piedras y a veces, si llueve, puede desaparecer media carretera –miró con atención el cielo por la ventana abierta–. Parece que va a llover –anunció alegremente–. O quizás nieve. Pero no os asustéis. Llevamos mantas y bebidas.

Se detuvieron para visitar un pequeño museo con recuerdos de la ruta del oro y minerales de la zona y luego continuaron bajo unas nubes negras amenazantes hasta llegar a la atracción del paseo, el increíble puente colgante construido sobre el cañón.

–El puente original se construyó en 1868 y fue remplazado por este en 1901. Cuelga a cien metros sobre el río, lo que lo convierte en el más alto del país.

David y Lisa habían salido del autobús y seguían a Harry por los primeros pasos del puente.

–Las torres son de cemento, algo poco usual en la época –proseguía Harry.

Los dos admiraron la bella incongruencia de aquella maravilla de ingeniería colgando en una carretera que no llevaba a ninguna parte.

–¿Para qué fue construido? –preguntó Lisa, adelantándose a David.

–En ese momento la mina al final del cañón era una gran industria. Pero ya estaba en decadencia cuando hicieron el puente y cerró seis años más tarde –Harry rio con genuino placer–. Creo que fue la típica falta de visión política. A lo mejor seguimos pagando la factura de esta locura –miró el reloj–. Debemos volver. Pronto

empezará a llover y creo que tenéis que tomar un avión.

David asintió, pero Lisa comentó:

–Yo no. Me gusta conducir.

–Muy bien –bromeó Harry encendiendo un cigarrillo–. Puedes llevar el autobús de vuelta, si quieres.

–No, gracias –Lisa declinó la invitación, riendo.

Volvieron al interior del vehículo, en los mismos asientos. David disfrutaba del mal estado de la carretera y de los saltos que le obligaban a chocar con Lisa, mientras las curvas la hacían apoyarse involuntariamente en él. El regreso era menos enervante, aunque las primeras gotas de lluvia habían empezado a caer. Harry puso en marcha el limpiaparabrisas y se puso a silbar con aire de tener bajo control la situación. Al menos hasta que cayó el primer rayo.

El estallido de luz fue mucho más espectacular que cualquier efecto preparado para los turistas. El rayo cayó directamente en el cañón mientras el trueno simultáneo mostraba lo cerca que había estado. Lisa dio un brinco y palideció. David se sintió igualmente impresionado, pero el efecto en Harry fue catastrófico.

–¡Maldita sea! –estalló. De pronto su rostro perdió todo color y cayó hacia adelante como un peso muerto sobre el volante.

Con el pie apoyado en el acelerador, el vehículo dio un salto e inició una loca carrera por la pendiente.

La reacción de David fue tan explosiva como la del conductor. Saltó para apartar a Harry del volante y en segundos logró sujetar el cuerpo con un brazo y agarrar el freno de mano con fuerza. Lisa estaba blanca, mirando aterrada como el minibús se dirigía directamente al precipicio.

Cuando David frenó, el coche ralentizó su marcha, pero siguió deslizándose. Con un gesto de determinación sombría, David agarró el volante y lo movió. El autobús giró y se inclinó hacia un lado, el lado del abismo. Lisa soltó un grito de terror, pero David ya estaba alzando el freno de nuevo hasta que el vehículo se tambaleó y dejó de moverse. Un horrible silencio se impuso.

David abrió la puerta y tirando del cuerpo de Harry lo sacó del camión. La camioneta tenía una rueda en el vacío y pareció oscilar al cambiar el peso. Lisa estaba sentada, paralizada de terror, blanca y con las manos agarrando su asiento.

David volvió a entrar. Trepando lentamente por el asiento, se

inclinó hasta estar a centímetros de Lisa. Acarició su mejilla blanca y dijo con calma:

–Ven, cariño. Te necesito.

El autobús volvió a vacilar sobre el abismo al ponerse Lisa de pie. No fue más que un movimiento imperceptible, pero los ojos de Lisa se abrieron por el miedo. David la tomó entonces por las axilas y la sacó del autobús.

–No se va a caer –dijo–. Solo hay una rueda fuera de la carretera, nada más.

–¿Nada más? –la voz de Lisa era inaudible. David le permitió que siguiera aferrada a él unos segundos más.

–Tenemos que ayudar a Harry –susurró entonces–. A lo mejor tiene un infarto. Necesita un médico de verdad.

Lisa logró reír nerviosamente y desprenderse de los brazos de David. Este vio con orgullo como la joven olvidaba su pánico para concentrarse en el paciente. Aunque se había hecho eterno no había pasado ni un minuto desde su colapso, pero su color mostraba una peligrosa falta de oxígeno.

Lisa se puso inmediatamente a hacerlo el boca a boca, mientras indicaba a David dónde presionar el pecho del conductor. Tras varios minutos le dijo que parara y buscó su pulso.

–Tenemos pulso –dijo con alegría y se pegó a la boca de Harry–. Está respirando. Ojalá tuviera un electro a mano.

–¿Crees que ha sido un infarto?

Lisa negó con la cabeza.

–No, ha sido demasiado rápido. No ha sentido náuseas, ni dolor.

–A lo mejor tiene un problema que no conoce.

–Puede ser. Pero ha reaccionado por el susto del rayo.

–Ha sido aterrador –sonrió David viendo como Lisa comprobaba la mejoría de Harry con un gesto triunfante.

Pero su sonrisa se borró al escuchar el sonido de un coche que se acercaba. Estaban junto a una curva y David echó a correr para advertir al conductor que se detuviera.

El conductor del otro minibús era un colega de Harry y pareció muy afectado. Su expresión se repetía en los rostros del grupo de japoneses que llevaba de excursión.

–¿Ha sido un ataque cardiaco? ¿Va a ponerse bien? Llevo años diciéndole que deje de fumar.

–Tenemos que llevarlo al hospital lo antes posible –explicó Lisa, inclinada sobre Harry que acababa de recuperar la conciencia–. Aún no sé lo que ha pasado.

–Ya he pedido ayuda –el guía del grupo mostró su teléfono móvil–. La patrulla de rescate viene en un jeep equipado.

Se aproximó para observar el minibús cuya rueda estaba, en opinión de Lisa, algo más que un poco fuera de la carretera. No encontró palabras y se limitó a mover la cabeza y silbar.

–¿Sabéis la suerte que habéis tenido?

David y Lisa se miraron. Fue Lisa quien habló en voz baja.

–Lo sabemos, ¿verdad, David?

–Oh, desde luego –David asintió de todo corazón–. Creo que sabemos exactamente la suerte que hemos tenido.

–La próxima vez me tiraré de un puente.

–Desde luego. Mucho más seguro.

–Me has salvado la vida, David –los ojos de Lisa se ensombrecieron al pensar en el horror vivido, pero su rostro había recuperado el color. Esperaban a la puerta del pequeño hospital de Queenstown.

–Y tú has salvado la vida de Harry –dijo David–. Yo hubiera apostado por un infarto, pero tú acertaste. Síndrome de QT con arritmias y paradas cardiacas. A lo mejor lo envían a Christchurch para estudiar su caso.

–Sí –Lisa estaba mirando un avión que se alejaba en el cielo–. Has perdido tu avión –comentó con objetividad.

David sonrió.

–Te iba a pedir que me llevaras. Me apetece un paseo en un deportivo rojo.

Lisa le devolvió la sonrisa.

–Iba a ofrecértelo. No tenías que salvarme la vida para conseguirlo.

–Oh, sí, tenía que hacerlo –David tomó la barbilla de Lisa con una mano.

–¿Por qué? –la joven seguía sonriendo.

–También estaba salvando mi propia vida. Sin salvarte a ti, no hubiera tenido mucho sentido.

Lisa dejó de sonreír, pero no de mirarlo a los ojos.

–Tenías razón, David. Eres algo especial.

La boca de David había alcanzado su objetivo, y no replicó. La besó tiernamente. No era momento ni lugar para dejar que su pasión se desatara. Podía esperar. Pero no demasiado.

–Vamos, doctora Kennedy. Llévame a casa.

# Capítulo 8

NUNCA se había sentido tan bien.

David no se atrevía a moverse, aunque tenía un calambre en la pierna izquierda. Lisa dormía abrazada a él, con la cabeza hundida en el hueco de su hombro y un brazo olvidado sobre su vientre. Podía sentir los leves soplidos de su respiración que le cosquilleaban el pecho y sentía cómo ese roce lo excitaba de nuevo.

Ni siquiera se habían detenido a comer cuando llegaron a la casa. Lisa había llevado a David a su dormitorio sin decir una palabra. Él no se había atrevido a hablar por temor a romper el sortilegio que había favorecido el milagro.

Y había sido un milagro. David había imaginado la naturaleza apasionada de Lisa y predicho lo bueno que sería su encuentro, pero no había esperado su propia respuesta. Por primera vez en su vida había entendido lo que era hacer el amor. Más preocupado con la satisfacción de Lisa que con la suya propia, no había esperado la intensidad abrumadora y alegre de su placer.

El recuerdo bastaba para avivar los rescoldos de su pasión y tuvo que estirarse para distraer las sensaciones.

Lisa se movió pero no abrió los ojos. La mano sobre su vientre se movió también, en una suave y despreocupada caricia que hizo que David contuviera el aliento.

–Mmm –la mano se detuvo un instante en una invitación irresistible.

David inclinó la cabeza hacia su pecho con un gemido feliz. Las horas de conocimiento ardiente de la noche anterior le habían dado la certeza de que cualquier cosa que hicieran, sería perfecto. Se entendían maravillosamente y Lisa parecía pensar lo mismo.

Cuando el despertardor sonó, un rato después, Lisa lo ignoró.

–¿Qué me has hecho, David? Normalmente me despierto mucho antes de que suene.

–Exactamente lo que quería hacerte desde el primer momento en que te vi –murmuró David–. Aún no puedo creerme que hayas cambiado de opinión.

–No he cambiado de opinión.

David abrió los ojos y alzándose sobre un codo, estudió el rostro sonriente de Lisa.

–Tuve ganas de hacer cosas perversas contigo desde que entraste en mi despacho. Perdón, en tu despacho.

–Pues lo disimulaste bien.

–Claro. Estoy acostumbrada.

–¿Quieres decir que sueles tener ganas de hacer cosas perversas con muchos hombres?

–¡No! –Lisa le dio un puñetazo en el hombro–. Quiero decir que tengo mucha práctica ocultando mis sentimientos. Es importante en este oficio. Además, tu reputación te precedía, gracias a Mike y a Jane. Estaba decidida a odiarte.

–Esa impresión me dio.

–Y luego apareciste con la rosa, cuando yo acababa de readmitir a Desmond Knight y estaba furiosa con todos los cirujanos.

–Tuve mucho miedo –confirmó David con seriedad–. Pero me seguías gustando igual.

–Y entonces, te oí decir esa estupidez sobre la biblioteca y las mujeres y supe que eras igual que todos.

–Era una broma –protestó David–, y nunca lo hubiera dicho delante de una mujer. Además, no comparto esa opinión –ya no, se dijo en silencio. Deseaba con toda su alma decirle que la quería y que no volvería a desear a nadie en su vida. Pero una alarma sonó en su cerebro. Lisa no deseaba escuchar algo tan grave en aquel momento.

–¿Y tu famosa reputación? –preguntó Lisa–. A juzgar por lo que dicen, parece que saliste con todas las mujeres del hospital.

–Eso espero –confesó David seriamente–. Pero creo que se me escaparon una o dos.

Lisa volvió a golpearle tiernamente.

–Pero no me acosté con todas –David agarró la mano de Lisa y la

inmovilizó–. Soy muy raro. ¿Y tú? ¿Qué hay de Alan Bennett y de Sean Findlay?

Lisa abrió la boca, indignada.

–¡Son amigos! ¡Eso es todo!

–Touché –declaró David sin soltar las manos de Lisa. Se inclinó a besarla–. ¿Dónde estábamos?

–¡No! Tengo que levantarme. Es lunes –Lisa se escabulló–. Nuestras profesiones nos esperan. Además, Mike y yo tenemos guardia.

–¿Adivina quién ha ingresado esta mañana? –Lisa mordió con apetito su bocadillo mientras almorzaban en la cafetería.

–¿Harry?

–Sí, él pidió que lo trasladaran aquí. Está en la lista para colocarle un desfibrilador mañana.

–No sé si podré hacerlo –se quejó David–. Podías habérmelo dicho.

–¿Por qué? –Lisa lo miró, divertida–. Siempre lo hacemos nosotros.

–Pues es tarea de un cirujano.

–¿Qué es tarea de un cirujano? –Mike repitió la frase tomando asiento junto a ellos–. ¿Ser un héroe? –dejó la bandeja sobre la mesa–. ¿Sabéis que sale una foto de vuestro autobús en el periódico de hoy? ¿Os habéis dado cuenta de lo cerca que estuvo de caer por el precipicio? –Mike suspiró–. Tendríais que haber seguido mi consejo y quedaros en la cama. Los dos.

David miró a Lisa y Mike alzó la vista de su sopa a tiempo de captar la complicidad del ambiente. Sonrió ampliamente.

–¿No me digas? –asintió con evidente satisfacción y orgullo–. Ya os había dicho que erais perfectos el uno para el otro. Otro problema resuelto, colega.

–Desde luego –David guiñó un ojo a Lisa–. La frustración es pésima para el trabajo.

–Me refería a tu alojamiento –Mike dio un sorbo de café.

–¿De qué hablas?

–A David le echan esta semana de la residencia. Necesita quedarse en algún sitio.

–¿Y?

David se estremeció al escuchar el tono frío de Lisa.

–Pues que puede vivir contigo.

–Oye, no te pases, Mike –David intervino, temeroso de que Lisa hablara primero–. Estás yendo muy rápido.

–Claro, claro, vosotros solo pensáis en vuestras carreras. Ya os conozco –Mike se lanzó sobre una ensalada–. Pero deberíais pensar en ello. Teniendo en cuenta la cantidad de horas que trabajáis, solo podréis veros… y otras cosas… ¡Ay! –Mike se interrumpió y miró a Lisa con reproche–. Dar patadas a tu jefe bajo la mesa no es un buen método para ascender, doctora Kennedy. Ya sé que estás detrás de mi puesto.

–También está detrás del mío –bromeó David, contento de cambiar de tema–. Quiere implantar un desfibrilador. Eso es propio de un cirujano.

–Nos encanta hacernos los cirujanos –sonrió Mike–. De hecho, pensaba hacerlo yo mismo –se echó hacia atrás en la silla–. Pero no veo motivo para que no lo hagamos todos juntitos. Tú abres y Lisa y yo nos ocupamos de las pruebas.

David miró a Lisa.

–¿Te parece bien?

–Sí. Harry estará encantado de ver a un verdadero médico –Lisa hizo una mueca.

–Otra bromita sobre el tema y serás tú la que recibas patadas bajo la mesa. Tengo un interés especial en este paciente –amenazó David.

Mike se levantó y recogió los platos vacíos.

–Me largo, tengo trabajo. Os dejo con vuestros jueguecitos bajo la mesa. Pasarlo bien.

–Yo también me tengo que marchar –anunció David con pereza–. ¿Te veré luego? –bajó la voz–. Me encantaría verte luego.

Lisa se sonrojó.

–Tengo guardia. No sé a qué hora saldré –vaciló y luego lo miró a los ojos–. A mí también me gustaría verte.

Hubo una pausa y David supo que ambos estaban pensando en la sugerencia de Mike. Por fin, Lisa habló:

–Quizás tenga suerte. Te llamaré si no hay mucho lío.

No lo llamó y Lisa parecía tan cansada al día siguiente que

David no tuvo que preguntar. Pero tampoco se disculpó ni mostró mayor pesar por no haberle visto.

–Harry ha firmado la autorización, pero creo que está asustado. ¿Puedes pasar a hablar con él? Yo tengo que colocar un marcapasos temporal a uno de los pacientes recién llegados.

Efectivamente, Harry parecía asustado.

–¿Quieres decir que primero me matáis para ver si luego conseguís resucitarme? Me parece que prefiero marcharme a casa y dejarlo correr, David.

–El riesgo es el mismo con el que vives, Harry. Cualquier susto o presión o dolor puede hacer que tu corazón sufra una arritmia y se pare. Puede ser algo tan tonto como una tormenta –David hizo una pausa y dejó que Harry se sintiera mal por lo ocurrido.

–Lo que te ponemos dentro es esto –David le enseñó un pequeño objeto plateado.

–No me caben los cigarrillos ahí dentro –sonrió Harry.

–Me has dicho que has dejado de fumar.

–Y lo he hecho –suspiró el hombre–. ¿No basta con eso para curarme?

–Te sentirás mucho mejor, pero no cambiará tu problema. Si tu corazón llegara a pararse, este aparatito le da una descarga eléctrica minúscula que lo pone de nuevo en marcha. No creo que tengas la suerte de tener siempre una cardióloga a mano.

–Eso dijo Lisa. Ojalá hubiera estado despierto mientras me hacía el boca a boca –Harry suspiró, pero al ver el gesto serio de David, sonrió–. ¿Va a funcionar?

–Desde luego –con paciencia, David volvió a explicarle el procedimiento de la operación y las pruebas que llevaban a cabo antes de la implantación.

Harry tragó saliva.

–¿Y si no sale bien?

–Si surge cualquier problema mientras lo probamos, tenemos el mejor equipo para reanimarte. Corres mucho más riesgo yendo así por la vida.

–¿Estaré dormido?

–Sí, no te enterarás de nada.

–Hagámoslo pues.

Se trataba de una intervención menor. David hizo una incisión en el pecho de Harry, para abrir una bolsa dónde colocar el desfibrilador. Localizó la vena subclavia donde debía deslizar el cable.

–Vamos a probarlo.

Lisa le colocó el aparato de rayos X sobre el pecho y todos miraron la pantalla.

–Ha llegado al hígado –advirtió Lisa.

David retiró con cuidado el tubo y lo colocó en su sitio.

–Tiene buena pinta –declaró David–. Vamos a inducir una fibrilación ventricular. Le daremos dos descargas y si no reacciona utilizaremos la reanimación.

–Bien –Lisa ajustó la máquina y activó la descarga que detenía el corazón de Harry–. Parada cardiaca.

Mike sostenía en su mano el minúsculo aparato y anunció:

–Lo ha recibido, se carga… –hubo un clic y las manos de Harry se contrajeron un segundo–. Funciona.

David se dispuso a colocar el desfibrilador en la bolsa que había creado bajo la piel. Lo probaron de nuevo, con éxito, y cerraron la herida. Luego preguntó:

–¿Cuándo repetís la prueba?

–El viernes por la mañana. Pero lo hacemos con sedantes, sin anestesia y no hace falta quirófano. Puedes venir si quieres.

David se acercó a Lisa mientras ambos abandonaban el quirófano.

–¿Estás libre esta noche?

–Sé que voy a estar agotada. Anoche no dormí. ¿Qué tal mañana?

–Me toca guardia –David sonrió con ironía–. Pero a lo mejor hay suerte.

No tuvieron suerte. David llamó a Lisa a las ocho de la noche.

–Lisa, lo siento, pero no puedo moverme. Tengo un niño de tres años que se ha tragado un globo y vamos a operarlo.

El jueves David comenzó a impacientarse. Su noche con Lisa empezaba a parecer un vívido sueño. Una visión del paraíso que quizás no volviera a repetirse. Por primera vez en su vida, se preguntaba si valía la pena tener una profesión que interfiriera de

tal manera con la vida privada. Lisa aparentaba tomárselo con más calma. El viernes David decidió que no solo estaba frustrado, sino angustiado. Cuanto más tiempo pasara, más oportunidades tendría Lisa de cambiar de opinión. Cuando a media tarde vio a Lisa entrar en su despacho, la siguió, cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en esta, como si la médica fuera a intentar escapar.

–Lisa, me estoy volviendo loco. ¿Nunca vamos a tener tiempo de estar juntos? –una máquina se puso en marcha en el laboratorio y David gimió–. Ni siquiera podemos tener una conversación en paz.

Lisa se acercó a David y toda angustia se desvaneció. La besó en los labios y se asombró ante su forma de cerrar los ojos y gemir débilmente. Si tenía que suplicar, lo haría.

–Por favor, Lisa –dijo–. Esta noche.

Lisa lo miró con tristeza.

–No puedo. Mike y yo nos vamos a Timaru. Hay una cena de médicos locales y les damos un curso sobre diagnóstico. Hace meses que prometimos asistir –se mordió el labio y miró a otra parte–. Y tengo guardia el fin de semana.

El suspiro de David fue tan intenso que pudo oírse a pesar del estruendo. Lisa seguía torturando su labio y de pronto alzó la vista hacia David.

–¿Has encontrado un sitio dónde vivir?

David dijo que no y rio sin ganas.

–Si no encuentro tiempo para verte, ¿cómo quieres que encuentre tiempo para algo que ni siquiera deseo hacer?

–A lo mejor Mike tiene razón –dijo Lisa con timidez–. Vivir en la misma casa puede ser la única forma de vernos. Tengo un cuarto de invitados.

David no pudo evitar un gesto de incredulidad.

–¿De verdad pretendes que esté en la misma casa contigo y duerma en otra cama?

Lisa bajó los ojos y un color intenso coloreó sus mejillas.

–No, es que… no es algo que haya hecho antes. No quisiera que me malinterpretaras, David.

–No lo hago –David levantó la barbilla de Lisa con un dedo, y comprendió que la joven estaba dando un paso para confiar en él. Un gran paso–. Sé lo que quieres, Lisa. Y sé lo que no quieres. Siento lo mismo que tú –su voz se quebró–. Confía en mí.

Lisa seguía dudando.

–¿Y las demás?

–¿Las demás?

–Sí, la técnica de ecografías, Jenny. Y esa… Melanie…

David se hubiera echado a reír, de no haber sido por las consecuencias que tendría su engaño. Podría haberle dicho la verdad cuando surgió el tema, pero no lo hizo. No lo hizo para disfrutar el placer de ver celosa a Lisa. La había engañado deliberadamente.

Y ahora le estaba pidiendo que confiara en él. El momento era demasiado crucial para hacerlo peligrar. Lisa lo miraba con la ansiedad impresa en sus bellos ojos. Quería confiar en él, pero tenía miedo de una nueva decepción. Ella corría un gran riesgo y si la defraudaba, aunque fuera un poco, la perdería. Y David odiaba perder.

–No hay nadie más en mi vida, Lisa. Solo tú.

No podía poner en duda su sinceridad. Al fin y al cabo, no mentía.

–Bueno –Lisa se relajó visiblemente–. Podemos probar, supongo. No me gustaría verte en la calle –volvió a mirarlo, recuperada su confianza–. ¿Sabes cocinar?

–Por supuesto –David sonrió y se estiró al escuchar su busca–. ¿Y tú?

Lisa lo miró con recelo.

–Eso depende. Te daré una llave. Si estoy en casa, puedes cocinar mañana por la noche.

–¿Estás segura, Lisa? –preguntó David con dulzura–. Lo entenderé si cambias de opinión.

–¿Quieres decir si estoy segura de los turnos para cocinar? –la mirada de Lisa era ahora humorística–. Claro que estoy segura. No vas a escaparte.

–No pretendía escaparme –masculló David.

–Toma tu llave –Lisa sacó la llave de su bata. Sus dedos temblaron brevemente al dársela y David supo que la enervaba el riesgo.

La idea despertó su instinto de protección. Apretó su mano y murmuró:

–No te preocupes. De verdad que soy un gran cocinero.

El bypass del miércoles por la mañana resultó un maratón. Tuvieron que realizar cinco pruebas y la intervención se alargó, pero David se sentía muy satisfecho cuando salió del quirófano.

Las últimas noches con Lisa habían sido tan perfectas como la primera que pasaron juntos. Mejores, porque ahora sus camisas colgaban en una parte del armario, junto a las blusas de Lisa y su cepillo de dientes acompañaba al de la doctora en la repisa del baño.

–Cierra bien la pasta de dientes cuando la uses –le había dicho Lisa por la mañana–. No soporto que se seque.

–Ven a la ducha conmigo, Lisa –respondió David asomando la cabeza por la cortina–. Tengo ganas de llenar de jabón ese maravilloso cuerpo tuyo.

Lisa vaciló.

–¿Tienes guardia esta noche?

–Sí –asintió David, observando cómo Lisa deshacía lentamente el nudo de su bata–. No sé cuando volveré a casa.

Dejó sitio para que entrara en el baño. No había esperado que Lisa se arriesgara a llegar tarde y respondiera a su invitación, pero empezaba a descubrir que la eficiente doctora era impredecible. Capaz de ser insoportable si tenía ganas de pelea o completamente adorable si deseaba complicidad. Nunca sabía cual podía ser su respuesta. La vida se había vuelto un asunto muy emocionante con ella.

El sentimiento de felicidad lo acompañó durante toda una semana de duro trabajo, y solo cambió cuando su último paciente del jueves entró en la consulta. El hombre tenía setenta y cuatro años, respiraba con dificultad y su mujer estaba asustada. David supo en seguida que no iba a poder reconfortarlos.

–Tengo todos los informes, señor Parkinson, y las pruebas respiratorias, incluidas las de los bronquios. ¿Le ha explicado el doctor Wallace los resultados?

El hombre asintió con un gesto.

–Más o menos.

David asintió a su vez. La confirmación de la presencia de un tumor solía dejar a los pacientes atónitos e incapaces de asimilar

más información.

–Tiene un tumor canceroso en una parte importante de su pulmón izquierdo –David mostró el área en la radiografía–. ¿Es fumador?

–Sí.

–¿Cuánto tiempo lleva fumando?

–Unos sesenta años. Mi padre también era un gran fumador –añadió, como para disculparse.

–¿Y qué le pasó?

–Cáncer de pulmón.

La señora Parkinson abrió su bolso y sacó un pañuelo que apretó contra sus ojos. David se deprimió un poco más.

–Las pruebas respiratorias muestran que el sistema no funciona muy bien –David tomó aire–. Eso hace que una intervención sea un riesgo importante, sobre todo si tenemos que sacar un pulmón. Tenemos que evaluar los riesgos y las posibilidades para que usted pueda tomar una decisión.

El señor Parkinson asintió lentamente.

–El riesgo a largo plazo es el cáncer, claro está –continuó David–. El riesgo a corto plazo es la operación. Hay posibilidades de que no soporte la operación o los días posteriores.

–Lewis no lo tocaría.

–Ya lo sé. Sus resultados estadísticos deben ser formidables.

–Los mejores –Lisa apoyó la cabeza en el hombro de David y dobló sus piernas en el sofá. La televisión estaba dando las noticias de última hora, pero ninguno de los dos atendía.

–No tiene derecho a rechazar a un paciente por juicios de valor –declaró David con indignación.

–Él cree que sí. Y aduce razones médicas, como no.

–Complejo de Dios –murmuró David–. Lo odio.

–Yo también.

–La adicción al tabaco es una enfermedad –continuó David–. Podemos prevenirla, pero si se produce debemos tratarla como tratamos la diabetes o la hipertensión.

–Lo que me recuerda que hoy hemos readmitido a Serafina Judd. Su angina ha empeorado y está en la lista de Lewis para ser

operada. La reunión del lunes va a ser divertida.

David la miró con asombro.

–¡No puedo creerlo!

–Ya verás –Lisa lo miró–. Piensa que la obesidad es un fallo personal, como fumar. Se negará a operar…

David estaba sonriendo cuando interrumpió a Lisa.

–¿Cómo dices que se llama?

–Serafina.

David soltó una carcajada.

–¡Es genial! Hace pensar en querubines y hadas esbeltas.

Lisa se echó a reír también.

–Ha perdido diez kilos en las últimas semanas, pero aún no vuela.

David miró los ojos risueños de Lisa y dejó de reír. El sonido de su risa y el brillo de sus ojos habían capturado su corazón. Su felicidad le parecía más importante que nada. El rostro de Lisa se congeló al percibir la intensidad del momento. La mirada que intercambiaron no podía ser rota por palabras y el final fue inevitable. David se sentía más capaz de expresarse con sus manos y sus labios que con una declaración de amor que quizás no fuera bien recibida. Y Lisa parecía dispuesta a aceptar su abrazo.

No hablaron, por lo tanto, de lo que sucedía bajo los besos. Aquello parecía una regla de oro que iba haciéndose más firme según pasaban los días. David era tan feliz que temía romper cualquier regla que hiciera posible su relación.

Mike había tenido razón. El tiempo era para ellos precioso. El domingo disfrutaron del raro regalo de un día completo para ellos dos. El aire era primaveral y tomaron el descapotable de Lisa para salir de la ciudad y dirigirse a la costa. Lisa gritó de alegría cuando dejaron la autopista y emprendieron la subida a una montaña por una carretera llena de curvas.

–¡Ahora verás lo que puede hacer!

David agarró su puerta con nerviosismo, pero terminó igual de excitado por la velocidad que su acompañante. Luego se calmaron al llegar al pequeño puerto de Akaroa, asentamiento francés en su origen. Pasearon de la mano, tomaron café en una terraza, disfrutando de la vista del mar y los yates del puerto deportivo.

–Quedémonos esta noche –propuso David de pronto.

–¡No hemos traído ropa!

–¿Quién necesita ropa? –David guiñó los ojos con cómica perversidad.

–David, pensaba en el trabajo. Mañana es lunes.

–Saldremos pronto para tener tiempo de cambiarnos. Olvida el trabajo. Hay cosas más importantes. Como nosotros.

La velada fue una delicia. Incluso compensó el madrugón para llegar al hospital a las siete y media. Necesitaban momentos así, puesto que la vida diaria del hospital era impredecible.

La escena del martes por la noche no era rara entre ellos:

–Siento llegar tan tarde –dijo David–, pero hemos tenido una emergencia. Una mujer ha sido apuñalada por su marido.

–Pensé que era el turno de Lewis.

–Lo era. Pero estaba en medio de una operación en Greenpark y alguien tenía que hacerlo o la mujer hubiera muerto.

–¿Está bien?

–Saldrá adelante. La tenemos en observación unos días. Igual luego me paso a verla. ¿Has cenado?

–Tomé un resto de pizza –Lisa arrugó la nariz con desagrado–. Creí que habías dicho que sabías cocinar.

–Y sé –insistió David–. Cuando tengo tiempo –por suerte no iba a tener que probarlo, a juzgar por la carga de trabajo.

–Habrá que verlo –sentenció Lisa–. De momento, solo has traído comida preparada. Debes ser el mejor cliente de los restaurantes locales.

–Pues sí –sonrió David sin arrepentimiento.

–Mañana no tienes guardia, ¿verdad?

–No.

–Yo tampoco.

–Pues podemos jugarnos a suertes quién cocina.

–Es tu turno.

–¿Por qué? –David intentó parecer indignado–. Tampoco yo he tenido el gusto de probar tu talento culinario.

–¿Cómo? Hice una tortilla la semana pasada.

–¿Era una tortilla? –David comprobó que Lisa no tenía a mano ningún misil potencial–. Creí que era un trozo de cartón. Ya sabes,

las tortillas tienen que ser… ¿esponjosas?

–Yo nunca he dicho que fuera buena cocinera. Lo dijiste tú. ¿Por qué crees que te invité a vivir aquí?

–Por el sexo –dijo David, acercándose–. Solo te importa mi cuerpo.

–Mmm –Lisa también dio un paso hacia él–. Es cierto. ¿Cómo lo habré olvidado?

El roce de sus labios borró todo pensamiento. Incluso disipó la sensación de David de que Lisa no bromeaba. Todo lo que le pedía era una buena relación física. Compartían una adicción al cuerpo del otro. ¿Era eso lo que los mantenía unidos?

David llegó pronto al hospital al día siguiente, gracias al deportivo de Lisa.

–Deberías deshacerte de tu montón de chatarra –le advirtió Lisa–. No es bueno para mi reputación tener eso aparcado en la puerta de mi casa.

Su reputación. Su casa. David se sentía excluido.

–No puedo comprarme un coche nuevo, por ahora. ¿Por qué crees que vivo contigo? –esperó la reacción de Lisa, pero esta solo sonrió.

–Ya –dijo, y su mirada le recordó la sesión de la última noche y le hizo sonrojarse de placer–. ¿Por qué no tienes dinero, David?

–Lo he tirado –dijo David, pensando que no mentía. Acababa de enviar un cheque a Melanie, pero también había decidido que sería el último. Ya iba siendo hora de que su hermana se ocupara de sus asuntos. Quizás se casara con el minero, pero el tono de su carta no dejaba presagiar nada bueno. Parecía que su hermanita regresaba a casa, y sola–. ¿Me querrías más si fuera rico? A lo mejor puedo conseguir un BMW.

Lisa aparcó el coche.

–No –sonrió con timidez–. Me gusta que no te importe el dinero. La noche en que te encontré con tu coche roto en mitad del tráfico pensé que quizás me había equivocado contigo. No eras como los demás.

–No siempre seré pobre –comentó David recogiendo su cartera del asiento trasero–. Tengo deudas, pero pronto las habré liquidado.

–¿Deudas? –Lisa alzó la ceja–. ¿Me vas a contar que tienes una ex mujer o que eres jugador?

David se echó a reír.

–Mis padres me pagaron la Universidad con gran esfuerzo. Les compré una casa el año pasado.

–¿De verdad? –Lisa abrió los ojos–. No mucha gente hace eso.

–La gente no tiene padres tan espléndidos –vaciló David–. Me gustaría que los conocieras, Lisa. ¿Por qué no vienes a Aukland conmigo un fin de semana? –David se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. Todo brillo había desaparecido de los ojos de Lisa.

–Paso –dijo con ligereza y abrió la puerta.

–¿Por qué no? –le había animado a proponerlo sus comentarios sobre sus finanzas. De nuevo le cerraban la puerta en la cara, y no le gustaba nada.

–¿Qué pensarían tus padres?

–Pensarán que al fin he encontrado a la mujer perfecta y estarán emocionados.

–Claro, ¿y qué pensarán luego?

David se apresuró para seguir el paso de Lisa. Guardó silencio. Era evidente que sus padres esperarían que anunciaran su boda, o al menos planes a largo plazo. El silencio se hizo más denso. David luchaba contra el deseo de decirle a Lisa que la quería y que la idea de matrimonio había dejado de asustarlo. Quizás tenía que encontrar las palabras adecuadas para convencerla, pero no sabía dónde buscarlas.

–Dejemos a las familias fuera de esto –sugirió Lisa finalmente–. No necesitamos más complicaciones.

–Ligereza –murmuró David.

–¿Cómo dices?

–Ligereza. En nuestra relación –añadió–. Nada de complicaciones.

Lisa asintió, pero sus ojos estaban fijos en su reloj de pulsera.

–Ligereza, pues. Que tengas un buen día, David.

David se dirigió a la guardia de cardiología y entró en la habitación dónde la señora Judd acababa su desayuno.

–¿Señora Judd?

–Hola, cielo. Qué alegría verte. ¿Cómo está el bebé? –la señora Judd estaba en la cama, rodeada de monitores para controlar su angina de pecho.

–No era mío –le recordó David. Tomó una silla y se sentó.

–Pero necesito más consejo. ¿Sabe algo de tortillas, señora Judd?

–Llámame Serafina, por favor. ¿Tortillas, dices?

–Mmm –murmuró David, inclinándose hacia ella–. Tortillas esponjosas y… ligeras.

# Capítulo 9

LA REPENTINA dimisión de Lewis Tanner del equipo de cirugía del hospital creó algún escándalo, aunque no sorprendió a nadie.

–Ha sido culpa tuya, sabes –regañó Lisa a David. Estaban en la cama, su lugar de encuentro y de conversación. Saciada la pasión, ninguno sentía deseos de dormir.

–Me da la sensación de que tú has participado un poco –David acarició el brazo desnudo de Lisa y luego la tomó la mano.

–Hablaba de la dimisión de Tanner –le corrigió Lisa–. Has sido la gota que ha colmado el vaso.

–¿Eso piensas? –David parecía encantado–. ¿Por qué?

–Durante la última reunión, te acuerdas cuando él estaba justificando por qué no podía operar a la señora Judd y tú levantaste la vista de tus papeles y dijiste con la mayor inocencia: «¡Pero, Lewis, si no fuma!» –Lisa no pudo evitar reírse al recordarlo–. Creí que se iba a marchar en ese instante.

–Creo que fue más bien cosa de Alan cuando sacó el reglamento y dijo que la negativa a operar a un paciente tenía consecuencias penales.

–Y debió influir el hecho de que no estuviera de guardia cuando llegó aquella mujer apuñalada. Incluso la dirección le llamó la atención.

–Lo que bien acaba… –sentenció David–. Lo único malo es que tendremos mucho trabajo hasta encontrar a alguien –de nuevo David se echó a reír–. ¿Quién iba a decir que Serafina sería la paciente número uno de nuestro experimento?

–¿Cómo estaba esta noche?

–Genial. Tuvimos una larga conversación… sobre tortillas.

–¿Cómo? –Lisa se alzó sobre el hombro.

–Tengo que confesar. ¿Recuerdas la tortilla que preparé aquella noche?

–La única noche en que has cocinado, sí, ¿cómo iba a olvidarlo? Estaba buena.

–¿Verdad? Muy ligera –David suspiró–. La señora Judd me explicó cómo hacerlo –su voz se hizo aguda al imitar a su paciente–. Tienes que batir las yemas y las claras por separado, querido. Añade una gota de leche o de agua a la mezcla y junta todo con mucho cuidado, sin dejar que se escape el aire…

Lisa tenía un ataque de risa.

–¡Tramposo! Y yo que pensé que sabías cocinar.

–Y sé… hacer tortillas.

–Pues harías bien en ampliar el repertorio. He invitado a Mike y Anne a cenar la semana que viene. Logré descubrir una noche en que los cuatro estamos libres.

–¡Oh, no! ¿No podemos tomar pizza?

–Ni hablar. Estoy harta de comida basura.

–Pues cocina tú.

–Ni hablar –Lisa sonreía con maldad–. Yo arreglo los coches. No cocino.

–¿Por qué invitaste a gente a casa? Es tu problema, Lisa. Y no creas que voy a salvarte la vida. Tortillas y punto.

–Los invité por ti, David. Mike estaba lloriqueando porque ya nunca te ve. Insinuó que te estoy acaparando.

–Yo no me quejo –David se alzó para besarla–. Acapárame más.

–Mmm –Lisa alargó los brazos para acercarlo–. Pero no puedo cancelar la cena. Mike dijo que estaba deseando ver cómo cocinas.

–Seguro –masculló David–. Sabe que soy un inútil –comenzó a besar el rostro de Lisa–. Vamos a negociar –sugirió luego–: Yo hago el plato principal y tú el postre. Piensa que es como nuestra investigación, una colaboración –la miró con seriedad–. Se nos da bien eso, ¿verdad?

–Oh, sí –Lisa tiró de David para besarlo–. Somos muy buenos colaborando.

Había pasado un mes desde que David se había instalado en casa

de Lisa. Lo que había sido perfecto al principio, se enrarecía cada vez más. Algo faltaba en su relación y David sabía perfectamente qué era. Era aquello que Lisa no quería. Compromiso. Era fácil olvidarlo. Apenas se peleaban y cuando estaban juntos, ambos disfrutaban de su mutua compañía. La atracción física los mantenía unidos y eso era precisamente lo que preocupaba a David.

Pero no quería presionar. Ni siquiera le había dicho a Lisa que la quería, aunque en varias ocasiones se había tenido que morder la lengua para evitarlo. Se había limitado a entregarse en la cama y agradecer que su respuesta fuera igualmente apasionada. Pero ya no era suficiente. Quería más. Y temía que ella lo rechazara.

Ya iban por el cuarto paciente en su investigación. Lisa hablaba ya de crear un programa informático que analizara los datos estadísticos sobre la marcha. Tenía razón. Eran muy buenos trabajando juntos y mostraban el mismo rigor y el mismo entusiasmo.

Serafina Judd debía ser dada de alta al terminar la semana. Los dos se habían sentido felices por su magnífica respuesta a la cirugía. Si alguien hubiera visto a David sentado junto a su cama, tomando notas en una libreta, no habría juzgado inusual la escena. De haberse acercado a escuchar la conversación, su opinión hubiera sido muy otra.

–Pasa la carne por la sartén con aceite muy caliente. Luego pon las verduras junto con la carne en la cazuela y cúbrela con media de agua y media de vino tinto. Los guisos son muy cómodos cuando hay invitados, no hay que estar haciendo cosas de última hora.

–Y me da la oportunidad de trinchar –sonrió David–. En eso seguro que soy bueno.

Desmond Knight había visitado la consulta externa de David aquella tarde y fue el tema de conversación con Lisa durante la noche.

–Se queja de un dolor en el pecho y no duerme bien. Está angustiado.

–¿Qué te parece? –preguntó Lisa con preocupación.

–Voy a hacerle un escáner, pero creo que no tiene ningún problema clínico. La herida del esternón está muy tierna aún. Me

temo que una nueva formación ósea no salga en el escáner.

–A lo mejor es sensible a los cables.

–Puede ser. Le he puesto antiinflamatorios. Y le veré dentro de una semana, después del escáner.

Por su parte, Harry, el conductor del minibús, visitó a la doctora Kennedy en la consulta. David se alegró de saber que volvía a su casa.

–Le da pena renunciar a conducir –le contó Lisa–, pero se alegra de no ir a morirse en cualquier momento.

–¿Qué va a hacer?

–Parece que ha conseguido un trabajo de guía turístico y se va a ocupar de la gente que salta del puente. Dijo algo como: «estoy deseando empujar a esos imbéciles al vacío».

–Debe estar recuperado. Esperemos que no se le ocurra probar. No sé si el desfibrilador podría soportarlo.

Stephen Taylor era también un paciente que compartían. Tenía que seguir al menos dos meses en el hospital antes de poder mandarlo a casa con total seguridad. Habían pasado seis semanas desde el trasplante y mejoraba cada día. El día antes de la cena con Mike y Anne, Lisa llamó a David al busca.

Se encontraron en la puerta de la habitación privada de Stephen. Lisa llevaba la bata blanca, guantes y máscara que utilizaba para visitar a Stephen que precisaba aún un gran aislamiento. Tenía unas pruebas bioquímicas en la mano.

–No acabo de saber qué sucede –le dijo a David con ansiedad–. Pero sé que algo no está bien. No ha hecho los deberes del colegio y no ha escuchado música. Ni siquiera ha hojeado una revista de coches clásicos que le he traído.

–¿Algo raro en las pruebas?

–La temperatura un poco alta, pero nada alarmante. Y el resto parece estar bien. Dice que se siente un poco «bah».

–Sé lo que es «Bah» –bromeó David–. Nos dieron una conferencia sobre eso en la escuela.

–Puede ser casi cualquier cosa –sonrió Lisa–. A lo mejor estoy exagerando.

–¿Qué has previsto?

–Análisis de sangre, rayos X, cultivo de orina y sangre…

–¿Biopsia?

–Por supuesto… es lo primero mañana, pero me preguntaba si debo intentar que se lo hagan esta noche. Quería hablar contigo primero y si te parece bien, ir juntos a ver a Mike.

–¿Has mirado los niveles de ciclosporina?

–Está en la lista. A Stephen no va a hacerle gracia la cantidad de sangre que pretendo sacarle.

–Le distraeré mientras lo hacen –David tomó una máscara y un gorro de una caja junto a la puerta–. ¿Te importa pasarme esos monísimos botines, Lisa?

Hicieron la biopsia aquella noche. La temperatura de Stephen había subido cuando hablaron con Mike y se quejaba de dolor en el pecho. Nadie quería correr el más mínimo riesgo de un rechazo. Mike hizo la biopsia tomando tejido del nuevo corazón del joven con el fin de descubrir cualquier intento del sistema inmunológico de destruir el cuerpo extraño.

Los resultados tardarían un par de horas y David y Lisa decidieron continuar con el plan de hacer la compra en un supermercado abierto hasta la medianoche. Lisa llamó al hospital en cuanto llegaron a la casa, pero todavía no había resultados.

–No debe ser una infección –comentó David–, y no parece que haya ningún fallo cardiaco. Incluso si fuera rechazo, no es grave. Lo superaremos.

–Claro –Lisa miró los productos que David sacaba de las bolsas–. ¿Vas a saber hacer ese redondo de ternera?

–Estará mejor que la tortilla –prometió David–. Y no voy a regatear. Prometiste ocuparte del postre.

–Ya. ¿Lo ves?

David miró la caja rectangular que Lisa le mostraba.

–Comprar una tarta no vale.

–Pero voy a batir la nata para acompañarla y quizás la decore. Haremos como si yo la hubiera cocinado, ¿vale?

–No admito trampas –David dejó las zanahorias que tenía entre las manos, repentinamente serio–. Simulamos que una cosa funciona bien cuando no es verdad, y alguien acaba herido, o defraudado –de pronto David estaba embalado–. Es como simular que vivimos juntos.

–Y vivimos juntos.

–En tu casa. Ni siquiera me dejas pagar el alquiler, Lisa. Me siento como un invitado.

–Pero es que tú compras montones de cosas… toda la comida preparada.

–Bueno, pues me siento como un servicio de comida rápida, si lo prefieres. Pero no siento que formo parte de tu vida –David sabía que pisaba terreno peligroso. El rostro tenso de Lisa mostraba que acababa de romper las reglas.

–Formas parte de mi vida más que nadie antes –Lisa parecía fascinada por la tarta–. Vivimos juntos. ¿No te vale?

–Depende de la definición de vivir juntos. ¿Estás intentando que no me meta demasiado en tu vida? ¿Te sientes más tranquila si soy solo una visita?

–Si me hubiera preocupado por mi tranquilidad, no estarías aquí –pareció que le arrancaban la confesión.

Hubo un momento de silencio y luego David habló muy lentamente:

–¿Quieres que me marche? ¿Es lo que deseas?

–¿Tú que quieres, David?

–Yo quiero –David sintió la tensión de acertar con las palabras adecuadas. O más bien de no decir aquellas que le venían a la mente. Te amo, Lisa, quería decir, y me muero por escuchar que tú me amas también. ¿Y si ella le contestaba que no lo quería, que no había lugar en su vida para aquello? David no estaba preparado para oír algo así.

–Quiero lo que quieras tú, Lisa –dijo–. ¿Quieres que me marche?

Lisa parecía presa de la misma lucha interior que él. El silencio parecía interminable. El futuro de David estaba en juego. Se sentía como si hubiera iniciado una partida de ruleta rusa. ¿Estaría cargada la pistola?

–No –susurró Lisa por fin, sin mirarlo a los ojos–. No quiero que te marches.

–Bien –David estaba ronco por la emoción–. Porque te juro que no quiero irme.

Pero el espacio que los separaba seguía lleno de silencio y tensión. David reconoció la ocasión de dar un paso en aquel espacio y expresar parte de sus sentimientos. El sonido agudo, alarmante,

del teléfono le detuvo como una descarga dolorosa.

–¿Parece un rechazo leve? –David miró el rostro de Lisa mientras ésta hablaba–. ¿Puedes pasarme con el laboratorio? Quiero saber cómo están los niveles de ciclosporina.

Ambos aprovecharon la tregua para hablar del caso de Stephen y de la terapia adecuada. Era un rechazo muy ligero, y bastaría con ajustar la medicación que paralizaba el sistema inmunológico del muchacho.

Su mutuo reconocimiento de que querían seguir juntos vibraba entre ellos mientras hablaban, pero no dijeron nada más. Sin embargo, David pudo sentir una dimensión nueva en su forma de hacer el amor aquella noche. Fue como una confirmación de su necesidad de estar juntos, por muy complicado que el futuro se presentara.

Al día siguiente, Stephen no daba muestras de ningún fallo cardiaco que hubiera señalado un empeoramiento de su condición. Lisa y David se escaparon del hospital antes de lo habitual y David se metió en la cocina nada más llegar a casa.

–No entres –ordenó a Lisa–. Tengo que llevar a cabo una operación muy seria. Y necesito concentración.

–Pero yo tengo que hacer el postre.

–¡Vamos! –se burló David–. Cinco minutos para batir la nata, eso es lo que necesitas –la empujó hacia la puerta–. Puedes salir a comprar vino. Y trae cerveza también. Yo la he olvidado.

Cuando estuvo solo, abrió el cuaderno con las notas que recogían la sabiduría de la señora Judd. Poco tiempo atrás, la cerveza hubiera sido la primera de la lista a la hora de preparar una velada. O quizás la única. Las cosas estaban cambiando.

Lisa tardó tanto en regresar que David pensó que los invitados se le adelantarían. Cuando entró, le costó encontrar un lugar vacío en la cocina donde depositar las botellas.

–Por Dios, David, parece que ha estallado una granada.

–Pues sí –David siguió su mirada por la desastrosa cocina–. Tendrías que haberte quedado, querida. Necesito un pinche de cocina.

–¿Qué es esa cosa que hay por todas partes?

–Peladuras de patatas. ¿Nunca las habías visto?

–No en las paredes –la expresión de Lisa mostraba su asombro–.

Lo has debido hacer con cierto entusiasmo –olfateó con cautela–. Pero el caso es que huele bien.

–Está delicioso –declaró David–. Puedes ir preparando el postre. Yo voy a cambiarme.

Lisa miró de nuevo a su alrededor.

–¿Y dónde se supone que debo hacer el postre? ¿En el baño?

–Si te empeñas, pero pensaba darme una ducha.

Sonó el timbre diez minutos más tarde, cuando David acababa de asearse. Mike llevaba cerveza. Anne llevaba al bebé. Lisa miró a David con gesto de temor y Mike captó la mirada.

–Perdón, hemos tenido que traer a Sophie. Nuestra canguro está enferma y la madre de Anne todavía no está para muchos trotes.

–No molestará –prometió Anne.

Sophie miró a David y se puso a llorar.

–Siempre le pasa eso con las mujeres –rio Lisa.

Anne jugó con la niña para calmarla y de pronto sonrió con placer:

–¡Qué bien huele! ¿Qué es?

–Eso es cosa de David –Lisa contemplaba a Sophie como si una mirada severa bastara para acabar con su llanto. David la observó con tristeza. Era verdad que no le gustaban los niños. ¿Por qué la confirmación le hacía sentirse tan defraudado?

Mike tendió una caja de cervezas a su amigo y siguió a David a la cocina.

–Eso tengo que verlo. ¿Cuándo has aprendido a cocinar?

–Es un aprendizaje reciente –dijo David con modestia, pero Mike no le hizo caso.

–¡Por Dios, hombre! ¿Qué has estado haciendo aquí?

–Cocinar –declaró David con firmeza y empujó a Mike fuera, sin evitar que este viera la tarta que oscilaba peligrosamente entre la harina y los restos de verduras. La visión le hizo silbar de admiración.

–¡Colega! Eres una especie de genio.

–Lisa ha hecho el postre –David miró a Lisa que se sonrojó. Abrió la boca, claramente para confesar su fraude, pero optó por cerrarla, devolviéndole a David su sonrisa impertinente.

Sophie estaba ahora gateando por el salón y golpeando dos trozos de madera con delectación.

–Pronto se dormirá –anunció Mike.

David repartió cervezas y puso aperitivos sobre la mesa del salón. Sophie soltó sus piezas de madera y señaló con autoridad la mesa.

–Una jovencita que sabe lo que quiere –sonrió David–. ¿Puede tomar una patata?

Anne asintió con indulgencia y David le ofreció una patata a Sophie. La niña lo aceptó y examinó el presente con adoración antes de llevársela a la boca. De pronto se arrepintió y la tendió a David con una sonrisa entregada.

–Es para ti, pequeña –dijo David, disimulando una sonrisa de placer–. Qué mona, ¿verdad?

–Oh –el tono de Mike era burlón–. Se está poniendo tonto. Ten cuidado, Lisa.

Pasó un ángel. David rompió el silencio incómodo con una risa que llegó un segundo tarde.

–Ni hablar, Mike. Los niños no entran en nuestros planes, ¿verdad, Lisa? –apartó la vista de Sophie que rampaba hacia él a gran velocidad.

Lisa lo miraba con aire desolado y David ahogó un gemido. Había vuelto a meter la pata cuando solo intentaba tranquilizarla. Sophie había alcanzado la mesa central. Agarró un cuenco con frutos secos con tanta energía que lo volcó y los cacahuetes salieron volando por el aire.

–¡Oh, no! –Anne se puso en pie y se puso a recoger–. No teníamos que haberla traído, Mike. Mira la que ha armado.

–No te preocupes –Mike sonrió con calma–. Deberías ver cómo está la cocina.

–¿No deberías mirar el guiso? –el comentario de Lisa hizo que David corriera hacia su olvidada responsabilidad que debía estar quemándose.

Pero por algún motivo, todo estaba en su punto, la carne tierna y sabrosa, la ensalada impecable. El talento de David con el cuchillo fue objeto de bromas mientras trinchaba la carne.

–No es tan fácil como parece –se quejó.

–Ten cuidado –bromeó Mike–. Acabas de cortar la arteria principal.

Nadie se quejó ni bromeó mientras cenaban. Incluso Lisa emitió

sonidos de admiración y David se dejó mecer por la gloria de su último éxito. Sophie se entretuvo sin molestar, buscando patatas y frutos secos en la alfombra y gritando de placer cada vez que encontraba alguno. David se dio cuenta de que sus ojos se sentían irresistiblemente atraídos por la niña.

¿Cómo sería tener un hijo propio? ¿Cómo sería tener un hijo con Lisa? Se concentró en la verdura, pensando que probablemente de aquella unión naciera un monstruo, cabezota, orgulloso, apasionado. Una alegría absoluta lo invadió.

–¿Perdona? –David no había escuchado la pregunta de MiKe.

–Preguntaba cómo sigue Melanie.

–A punto de meterse en otro lío, como siempre.

El tenedor de Lisa se quedó en el aire, a medio camino de su boca. David la vio juguetear con los restos de su cena antes de que comprendiera la causa de su repentina pérdida de apetito. Dada la norma que se habían impuesto de no mezclar a las familias, nunca había tenido que explicarle a Lisa que Mel era su hermana. Pero era mejor confesar la verdad, como una táctica amorosa de los primeros tiempos, a dejar que Lisa pensara lo que estaba pensando.

–Espero que Melanie se case pronto y deje de darme quebraderos de cabeza –suspiró, divertido.

–No lo creo –Mike se sirvió patatas–. Nunca te la quitarás de encima.

David se sobresaltó. Si pudiera llevarse a Lisa a la cocina, podría deshacer el malentendido antes de que estallara una crisis. Pero, ¿cómo hacerlo delante de sus invitados?

–¿Dónde está ahora?

–Australia –masculló David, mirando a Mike para insinuarle que dejara el tema–. ¿Más ensalada, Anne?

–Está buenísimo todo, gracias. Jamás se me ocurrió que fueras domesticable, David. Estoy sorprendida.

Lisa había vuelto a masticar y David se relajó.

–También sé hacer tortillas –informó a Anne–. Y limpio la casa.

Anne señaló a Mike con su tenedor.

–Eso es algo que tú nunca haces, Mike. Toma nota.

Lisa intervino riendo.

–Ten cuidado, Anne. David utilizó un suavizante de la lavadora para limpiar los platos.

La carcajada fue general. Solo David se sonrojó.

–¡Cómo iba a saberlo! Estaba en la caja de los productos, con todo lo demás.

Mike seguía riendo.

–Menos mal que lo has contado. Empezaba a creer que David había puesto el listón imposible para cualquier marido.

–No soy un marido –protestó David–. Lisa y yo somos colaboradores. Socios.

Lisa asintió.

–El matrimonio no entra en nuestros planes, ¿verdad, David?

David no sabía si el comentario era una pregunta o una declaración de principios. Miró a Lisa y sonrió, esperando reconfortarla.

–Nos movemos en el principio de la tortilla.

–¿Cómo? –Mike volvió a reír.

Lisa se sonrojó levemente mientras explicaba:

–Hay que mantener la relación ligera. Sin complicaciones, como contratos o expectativas. ¿No es así?

–Tú mandas –dijo David, turbado. Su explicación había sonado a amenaza.

–Creí entender que erais socios –Mike no parecía tener ni idea del juego subterráneo que había provocado.

–Llegamos al postre –anunció David–. Le toca a Lisa lucirse.

Anne ayudó a Lisa a retirar los platos, mientras Mike y David hablaban de un partido de rugby. Cuando Lisa apareció en la puerta con su hermosa tarta decorada con nata, sonó el teléfono. Dejó la bandeja sobre la mesa del salón y esquivando a Sophie, descolgó. Escuchó en silencio un minuto y luego tendió el auricular.

–Mike, es mejor que te pongas –Lisa no volvió a la mesa y parecía preocupada–. Es Stephen. Le ha bajado mucho la presión sanguínea y respira mal. El médico dice que parece congestionado.

Mike colgó un minuto más tarde.

–Tengo que marcharme –explicó con calma–. Menos mal que solo hemos tomado cerveza. Vamos a tener que intervenir y colocarle un catéter.

–Yo voy también –dijo Lisa al instante.

–Y yo. Es también mi paciente –David se puso en pie y todos miraron a Anne.

–Tendrás que tomarte la tarta tú sola, cielo –suspiró Mike, apenado.

–No lo creo –el rostro de Anne mostraba su desolación–. Mira.

Sophie tenía pedazos de tarta por la cabeza y el cuerpo. Su rostro estaba casi cubierto por nata montada y parecía feliz.

–Lo siento, Lisa –se disculpó la madre–. ¡Tu maravilla de tarta! Yo lo limpiaré.

–No te preocupes –Lisa estaba ya buscando sus llaves–. El que ha trabajado aquí es David. Lo mío era de mentira.

David abrió la puerta a sus colegas que se habían abrigado en un minuto y Lisa pasó ante él, sin mirarlo. El último comentario seguía sonando en sus oídos. ¿Se refería Lisa únicamente a la cena?

¿O era una velada alusión a la totalidad de su relación?

# Capítulo 10

TODOS se habían reunido para la intervención.

La enfermera que había preparado la habitación para el tratamiento no se sorprendió al ver la cantidad de médicos presentes en el procedimiento de insertar un catéter a Stephen Taylor. El ambiente era de tensión. Todo el mundo quería que Stephen saliera adelante y los que conocían al muchacho no estaban preocupados por la reputación del hospital, o la decepción popular que causaría un fracaso. Solo les importaba quién era Stephen y no lo que representaba.

La enfermera terminó de envolver el torso de Stephen con paños esterilizados y luego tendió a Mike la jeringuilla con la anestesia local.

–Te dolerá un segundo –explicó Mike al chico–. Aprieta los dientes.

Stephen estaba tumbado, con el rostro ligeramente ladeado. Lisa comprobó el oxígeno y pidió una lectura automática de la presión sanguínea.

–Saqué mi coche a dar un paseo por Akaroa el pasado fin de semana –mientras actuaba, Lisa no dejaba de charlar con Stephen–. ¡No sabes cómo tomaba las curvas de aquellas montañas! ¡Increíble! En cuanto te dejen salir de aquí, te llevo conmigo. Y quemaremos los neumáticos.

Mike estaba retirando la jeringuilla de la aguja que ya había introducido en el pecho de Stephen. Lisa se reía ahora por un comentario de Stephen.

–¡Sí, claro! –rio con ironía–. ¿Desde cuándo tienes carné de conducir?

Mike hizo una seña al técnico en radiografías que encendió la unidad. David asintió con satisfacción al ver como Mike ensartaba el catéter en la arteria pulmonar.

–Toma aire, Stephen. Muy bien y ahora tose –Mike retiró con delicadeza la funda de plástico–. ¡Ya está listo! –anunció–. Cose ese extremo en mi lugar, David. Así no te sentirás completamente inútil.

Lisa siguió charlando con Stephen mientras Mike y el técnico preparaban los transductores de presión e iban recogiendo los primeros sofisticados datos sobre el funcionamiento del corazón que el catéter proporcionaba. Luego Lisa y la enfermera colocaron un goteo en el brazo de Stephen. Mike y David salieron de la habitación para discutir la terapia médica que el chico necesitaba con el fin de restablecer el equilibrio.

Más tarde, Lisa decidió quedarse a pasar la noche en el hospital y entregó a David las llaves de su coche para que regresara a casa. De esta forma, a las tres de la mañana, David tuvo que enfrentarse con una cocina devastada. Anne había arreglado los desperfectos creados por su hija en el salón y dejado una nota dónde se disculpaba por tener que marcharse a acostar a Sophie. También deseaba suerte a David y le recomendaba el uso de un detergente apropiado.

David se pasó más de una hora limpiando y recogiendo y durante todo ese tiempo se preguntó si la vida doméstica le convenía. Desde que estaba con Lisa parecía que sus papeles sexuales se habían invertido. Ella anteponía su carrera a cualquier otra prioridad y él… fregaba los cacharros.

¿Qué pasaría si su acuerdo se hacía permanente? ¿Le esperaba una larga vida de cenas, limpiezas, y cuidado de niños? Aquello no era la idea que tenía David de un buen matrimonio. Una cosa era ser iguales, y otra que él se ocupara de todo. El comentario de Lisa era lo que realmente le estaba trastornando. Quizás fuera cierto que él estaba poniendo el esfuerzo y el entusiasmo y ella solo simulaba vivir con él.

La idea provocó en él un sentimiento de insatisfacción que no dejó de crecer en los días siguientes. Lisa solo se ocupaba de Stephen y pasó la noche siguiente en el hospital. Incluso cuando empezó a mostrar una mejoría clara, Lisa siguió leyendo, en sus

horas libres, cuanto libro y artículo caía en sus manos sobre el problema del rechazo de órganos trasplantados.

David empezaba a sentir que el corazón nuevo de Stephen no era lo único que corría el riesgo de rechazo. Él sabía lo que quería. Y creía saber qué quería Lisa. El problema es que en ese caso sus deseos no iban a encontrarse jamás y David se preguntaba si tendría que conformarse con una relación de segunda categoría si no quería perderla.

No se dio cuenta de lo distraído que estaba, pensando en alguna solución para su dilema.

–Estás nervioso –dijo Lisa alzando la vista de la revista.

–Tengo cosas en que pensar.

–¿Cómo qué?

David miró a su alrededor.

–Compremos una casa, Lisa.

–¿Cómo? –Lisa soltó definitivamente la revista–. ¿Qué tiene de malo mi casa?

–Nada de malo –David se encogió de hombros, intimidado. No podía decir que no se sintiera bien. La decoración era moderna, las paredes estaban llenas de libros, los papeles del hospital desbordaban por las mesas. En realidad, se sentía en una extensión de su despacho–. Solo que es tuya.

–¿Y por qué te importa eso? Está cerca del hospital. Y tampoco pasamos tanto tiempo en casa.

–Quizás sea ese el problema –David tamborileó sobre el brazo del sofá–. ¿No sientes a veces que te falta algo, Lisa? ¿Qué le pides más a la vida que una profesión?

Lisa lo miró, con la expresión peligrosamente neutral.

–Me dijiste que te aburre hacer siempre lo mismo –siguió David–. ¿No te hartas de ir y venir entre el hospital y la casa? ¿No te aburre que no sepamos hablar de algo que no sea el trabajo?

–¿Estás aburrido?

–No… Estoy –David se puso en pie y comenzó a caminar por el salón–… No sé cómo estoy –se pasó la mano por la frente–. Estoy cansado, creo. Vamos a la cama –no habían hecho el amor desde la noche de la crisis de Stephen. Quizás ese era el motivo de su inquietud.

–Ve tú primero. Quiero terminar de leer este artículo –Lisa

recogió la revista y pareció sumirse en la lectura.

David no se movió, mirándola fijamente. No le gustaba la tensión que emanaba de su gesto. Quizás su inquietud no fuera más que intuición del final de su relación. Y en ese caso no estaba seguro de querer acelerar lo inevitable.

Sin embargo, todo debía desencadenarse y antes de lo que David sospechaba. A la mañana siguiente fue a entregarle a Lisa el escáner de un paciente al que habían aplicado el Neurosil en la intervención. De pronto sonó su busca y preguntó:

–¿Puedo usar tu teléfono?

–Por favor, haz como en casa –Lisa miró el escáner y David sintió que tu tono era frío y que lo rehuía.

La noche anterior no estaba dormido cuando Lisa se acostó a su lado, pero no se había movido, para ver si ella hacía algún gesto para despertarlo. Pero no lo hizo y David empezó a pensar que quizás el sexo fuera también una actividad de la que se había cansado. Su tono de buena educación le había dolido por la mañana y al parecer iba a continuar. Tenía el efecto de mostrarla distante y al mismo tiempo hostil, sin que él pudiera reaccionar.

David suspiró pesadamente y llamó a la centralita, preguntándose si tendría el aguante suficiente como para convencer a Lisa. Sabía que su manera de soportar la tensión era cerrarse y simular frialdad. Sabía también que él era la causa de la tensión que sentía Lisa. De pronto habían dejado de ser felices.

–Es una llamada exterior para usted, doctor James –dijo la operadora–. Una llamada a cobro revertido desde Australia. ¿Acepta la llamada?

–Sí, pásemela, gracias –David intentó, sin lograrlo, no deprimirse más.

–¿Dave? Oh, Señor –los sollozos del otro lado de la linea eran tan audibles que Lisa alzó los ojos de sus papeles.

–¿Melanie? ¿Qué te pasa? –David miró con desesperación a Lisa y se pegó el auricular a la oreja para tapar en lo posible la conversación. Lisa se dio la vuelta, concentrándose de nuevo en los resultados del experimento.

–¡Oh, no! –gimió David–. ¡Otra vez no! –de pronto alzó la voz–: Cálmate, deja de llorar, Melanie –esperó que los sollozos se calmaran y habló más bajo–: Dime qué retraso tienes –ojalá hubiera

respondido a aquella llamada en su despacho.

Habían decidido no complicarse la vida con sus familias y si alguien tenía la capacidad para generar complicaciones, esa era Melanie.

–¿Te has hecho una prueba? ¿Por qué no? –David escuchó en silencio unos instantes.

Por encima del hombro podía ver la espalda de Lisa cuya falsa indiferencia lo decía todo. Allí estaba una mujer que no quería lo que él podía ofrecer. Y del otro lado del hilo, otra mujer que le pedía más de lo que él quería ofrecer. De pronto, David alcanzó el límite de su resistencia. Eran especies separadas. Estaría mucho mejor sin ninguna de ellas.

–¡Por favor, Melanie! –estalló–. No puedes esperar que el hombre sea siempre responsable del control de natalidad. Te he dicho mil veces lo que opino de eso. ¡Hazte la maldita prueba! Llámame luego y hablaremos de lo que haga falta –David colgó el teléfono con un gruñido exasperado.

Lisa dejó el informe sobre la mesa.

–¿Parece que no es la primera vez que pasa? –preguntó con serenidad.

David seguía furioso.

–No, y no será la última. Yo que sé. ¡Mujeres!

–¿Y no quieres hacerte responsable?

–¿Por qué debería hacer eso? –David miró a Lisa con enfado–. No es mi problema.

Sean Findlay entró en ese momento en el despacho y se paró en seco.

–Perdón. Parece que interrumpo. Pero tengo un pequeño problema.

–No me digas, colega –replicó David–. Pues has llegado al lugar adecuado. A mí me sobran.

Lisa no se presentó en la reunión del departamento de la tarde. El alivio de David por la segunda llamada de Melanie se evaporó al no encontrarla. Esperó a que la reunión se disolviera para acercarse a Mike.

–¿Dónde está Lisa?

–No estoy seguro. Estaba pálida esta tarde y le dije que se fuera a casa. No he vuelto a verla. ¿Sabes que le hemos quitado el catéter a Stephen esta tarde? Está reaccionando de maravilla.

David intentó sonreír ante las buenas noticias, pero la ansiedad lo invadió. ¿Lisa no se sentía bien? ¿Por qué no le había dicho nada? Su preocupación cubrió las siguientes palabras de Mike.

–Haremos otra biopsia el jueves, pero creemos que el rechazo ha sido superado –Mike hizo una pausa–. Tampoco tú tienes muy buena cara. ¿Qué está pasando aquí? –miró con intensidad a su amigo–. ¿Has vuelto a usar el suavizante para fregar el baño?

–Tengo que irme, Mike. Es urgente.

Mike sonrió con simpatía.

–Espero que te mejores, colega. No quisiera que enfermaras.

David se sentía enfermo. Enfermo de preocupación. Intentó llamar al busca de Lisa, pero estaba apagado. Salió al aparcamiento, pero no encontró el llamativo deportivo rojo. Dio la vuelta al edificio para dirigirse a la entrada principal y paró el primer taxi que pasaba. En pocos minutos, entraba en la casa.

–¿Lisa? ¿Estás bien? –no estaba en el salón ni en la cocina. David interrumpió su frenética búsqueda al acercarse al dormitorio. Allí estaba Lisa. Una maleta estaba abierta sobre la cama. David miró la maleta, perplejo.

–¿Qué haces?

–Hago el equipaje –Lisa no lo miró, pero David supo que había estado llorando. Tenía los ojos rojos, la cara hinchada y su voz sonaba débil y ronca.

–¡Por favor, Lisa! –en dos pasos estuvo a su lado y la tomó por el brazo–. ¿Qué demonios ha pasado?

–Tú. Eso ha pasado –Lisa apartó el brazo con ira–. Yo tenía razón desde el principio. Nunca debí confiar en ti.

–Maldita sea, Lisa. ¿Qué he hecho? –David observó como Lisa sacaba el cajón donde guardaba la ropa interior y lo vaciaba entero en la maleta.

–¿Cómo has podido hacerme esto, David? La última vez que amé a un hombre –Lisa sollozó– hizo lo mismo. Dejó embarazada a una chica y me abandonó para casarse con ella.

David sintió una oleada de confusión.

–¿Lewis?

–¡No! –Lisa tiraba camisas y trajes sobre la cama, sin ni siquiera sacarlos de las perchas–. El hombre por el que dejé… por el que estaba dispuesta a dejar mi profesión –los ojos enrojecidos de Lisa miraron a David–. Tuve unas notas horribles, pensando que le amaba más a él que a mi carrera. Y casi suspendo al año siguiente, intentando olvidarlo –Lisa se inclinó y sacó varios pares de zapatos del armario–. Eso me curó para siempre. Decidí que nadie iba a arruinar mi vida. Y eso va por ti, David. ¡Me marcho!

–Pero si esta es tu casa –David no acababa de entender el malentendido y no sabía cómo convencerla. Por otra parte, las palabras iban despertando un eco nuevo en él. Lisa había dicho que había amado otra vez a un hombre… ¿Quería eso decir que lo amaba a él?

–Oh, vale –Lisa volcó la maleta con rabia y todo cayó al suelo y a la cama–. Pues márchate.

–Pero sigo sin entender, Lisa. ¿Por qué tenemos que separarnos?

–¿Cómo te atreves a preguntarlo? Melanie está embarazada y no quieres hacerte responsable. Eres un canalla, David.

–¿Cómo? Lisa, tú sabes que Melanie es mi hermana.

–¡Yo qué voy a saber!

–Pero te lo dije… la noche en que vinieron a cenar Anne y Mike…

–Me quedé a dormir en el hospital, ¿lo recuerdas?

David gimió.

–Y también la noche siguiente. Y luego estaba tan preocupado con lo que pasaba entre nosotros que olvidé decírtelo. En todo caso ha vuelto a llamarme. No está embarazada, por fortuna.

–Mejor para ella –espetó Lisa–. Me da igual. Estoy harta, David. He confiado en ti. Me dejaste creer que tenías una relación con Melanie. Podrías haberme dicho que era tu hermana desde el principio.

–Ya lo sé –la sonrisa de David mostraba su arrepentimiento–. Me gustaba demasiado la idea de que a lo mejor estabas celosa. Pero no dije nada que no fuera verdad.

–Me dejaste que lo pensara –replicó Lisa–. Y te pregunté muy claramente sobre ella, antes de que te vinieras a vivir aquí. Y no me dijiste la verdad.

–No –David no podía negar la evidencia. Un sentimiento de

fatalidad empezaba a apoderarse de él–. Y sabía lo difícil que era para ti confiar en mí, Lisa. Tenía miedo de que me lo reprocharas y echarlo todo a perder.

–Pues ahora lo has echado todo a perder –concluyó Lisa con rabia–. Si tú no te marchas, me iré yo.

David dio un paso atrás y cubrió la puerta con su cuerpo.

–No te atrevas a dejarme.

–¿Por qué no? –el rostro de Lisa mostraba una tristeza absoluta.

–Porque no puedes.

–¿Por qué no puedo?

David tomó aire.

–Porque voy a casarme contigo.

–Ni hablar –Lisa cerró los puños y aunque David deseaba tomarla entre sus brazos, sabía que no era posible. De momento.

–¿Por qué no? –la parodió dulcemente.

–Porque no compras libros, ¿recuerdas? Tienes toda una biblioteca para servirte.

David reprimió la sombra de una sonrisa. La agresión infantil mostraba que Lisa estaba deshecha. Y solo podía estar deshecha si lo quería.

–Es verdad –reconoció con alegría–. Y he elegido. El libro más complicado e interesante que he visto en mi vida, y no tengo la menor intención de dejarlo a medias.

Los puños de Lisa se habían relajado, pero seguía echando chispas.

–No pienso casarme contigo.

–¿Por qué no? –algo se relajó en el interior de David. Un calor que había estado apagado durante días y que ahora renacía.

–Por un motivo. No me lo has pedido.

–Vale –la sonrisa de David era ahora más amplia–. ¿Quieres casarte conmigo, Lisa?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque no quieres tener hijos.

–Ni tú tampoco. Pusiste cara de terror cuando trajeron a Sophie a la cena.

–Solo porque creí que te disgustarías. Dijiste que no entraban en nuestros planes, ¿te acuerdas?

–Lo dije para tranquilizarte. Porque sabía que tú no querías niños.

Lisa se miró con detenimiento la punta de los pies descalzos.

–A lo mejor he cambiado de opinión.

–A lo mejor yo también –David dejó caer el brazo que había apoyado en el marco de la puerta–. Quiero una casa llena de niños. Quiero una casa muy grande, con la alfombra llena de tarta de nata y un perro pulgoso.

La esquina de la boca de Lisa se inclinó levemente.

–¿Y quién va a cuidar de todos esos niños y limpiar la casa y hacer esa tarta que terminará en el suelo?

–Melanie necesita trabajo. Quizás eso la ayude a no meterse en líos una temporada. Y el perro puede limpiar la alfombra.

–No voy a tener hijos para dejar que otra persona se ocupe de ellos –Lisa intentaba parecer enfadada, pero todo el calor de la pelea se había extinguido.

–Podemos llegar a un acuerdo –David dio un paso hacia ella–. Creo que formamos un gran equipo, Lisa.

Lisa lo miró a los ojos, solemne.

–Puede ser. Pero no voy a casarme contigo.

–¿Por qué? ¿Porque quieres quedarte aquí y discutir conmigo hasta el final de los tiempos?

–No –los aterciopelados ojos de Lisa se oscurecieron–. Porque no voy a casarme con una persona que no me quiere.

–¿Quién dice que no te quiero?

–Nunca me has dicho que me quisieras.

Se miraron unos segundos, repentinamente callados. Sin tacones, Lisa tenía que alzar la cabeza para mirar a David. Y sus ojos le dijeron todo lo que necesitaba saber. Sus sentimientos se dibujaban sin disimulo sobre su adorado rostro. David inició una sonrisa tierna y los labios de Lisa temblaron al imitar su gesto.

–¿Lisa?

–¿Qué?

–Te quiero –David tomó sus dos manos–. Me vuelves loco y no puedo vivir sin ti.

–Bien.

–¿Eso es todo? ¿Te declaro mi amor y te digo que me vuelves loco y solo se te ocurre decir «bien»? ¿Ni siquiera vas a

discutírmelo?

–Esta vez, no –Lisa se alzó para besar la mejilla de David–. Quería decir que está bien que no puedas vivir sin mí. Yo también te quiero, David. Y no creo que te de la oportunidad de vivir sin mí.

–¿Quiere eso decir que estamos de acuerdo? ¿Podemos seguir con nuestras carreras y tener hijos, y perro y tarta de nata?

–Haré la tarta –prometió Lisa–. Incluso si me sale tan mal como las tortillas. Pero, una cosa antes…

–¿Mmm? –los labios de David estaban tan cerca de la boca de Lisa que le hacían cosquillas sus palabras. Pensó que ya no necesitaba oír más, pero cuando ella habló supo que se había equivocado.

–¿Te importaría si nos casamos antes?